

Club DEL MISTERIO

Bill Ballinger
**RETRATO
DE HUMO**



se

Lectulandia

Krassy es una mujer hecha a sí misma. Nacida y criada en un Chicago rudo y deprimido por los azares de la vida, educada en un mundo hostil donde el instinto de supervivencia puede marcar la diferencia entre el éxito y la muerte, desde muy pequeña ha aprendido que nada te es concedido si no lo tomas por tu cuenta. A sus diecisiete años, convertida en un atractiva *femme fatale*, su único recurso para salir del estercolero donde vive consiste en seducir y manipular a incautos pretendientes que la ayuden a hacer realidad todas sus ambiciones. Su próximo objetivo, Danny, parece el último eslabón de una larga cadena de víctimas de sus encantos, pero quizá Danny no sea tan bobo como en principio aparenta. Y quizá la tan deseada meta de Krassy sea más difícil de conseguir de lo que jamás pudo imaginar.

Lectulandia

Bill S. Ballinger

Retrato de humo

Club del misterio - 26

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2018

Título original: *Portrait In Smoke*
Bill S. Ballinger, 1950
Traducción: Mario Montalbán
Diseño portadilla V Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium

epub  libre



Más libros,
más libres



DANNY

Si cuanto ha sucedido se lo contase a alguien, podría considerarme hombre muerto.

Además... ¿quién iba a creerme?

Nadie, puesto que el asunto, considerado en su conjunto, carece de sentido. No, no puede en absoluto comprenderse. Lo he examinado y estudiado desde todos los ángulos posibles, y continuamente le doy vueltas en mi cerebro. Y para que mi angustia sea aún mayor, sueño con ello. Pero todavía hay más. No entiendo cómo sucedió. Cada vez que, detalle a detalle, reconstruyo el suceso, se me presenta más confuso. Exactamente igual que si quisiera pintar un cuadro con una paleta, a base de humo.

Lo primero que destaca claramente, con perfecta precisión, es el retrato de Krassy. Luego, se distorsiona ligeramente el contorno de la imagen y empieza a esfumarse el conjunto del cuadro. Se confunden todos los detalles, el contorno se encoge formando unos torbellinos vertiginosos, y unos arremolinamientos de infinita imprecisión. Y, al final, nada queda del retrato. Deseo grabarlo en mi mente, repasando una a una sus facetas, a fin de conseguir una visión global, pero se desvanece como envuelto en humo, desapareciendo todas sus características. Por fin, sólo queda el humo azulino y neblinoso que oculta la tela.

Así se presenta ante mí el asunto, y tal vez por esto mismo llega a captarlo mi imaginación. Me refiero al humo, porque el día en que se inició la serie de acontecimientos era brumoso, uno de esos días de niebla, tan corrientes en Chicago. El humo que despedían las chimeneas de las factorías se mezclaba con el aire húmedo procedente del lago, y toda la ciudad se hallaba cubierta por una bruma espesa, semejante a un manto gris y palpable que lo mojaba todo. El aire húmedo, convertido en niebla, y el humo que se mezclaba al mismo, formaban una mescolanza suspendida e inmóvil en la atmósfera, razón por la que todos los transeúntes murmuraban entre dientes:

—¡Diantre, vaya día!

El humo y la niebla dominaban la parte superior de los edificios, dejando libre la parte inferior, o sea sin tocar el verdadero Chicago, compuesto de casas sucias, de dos o tres plantas, que se extienden por toda la ciudad, de un extremo a otro, hasta donde llega la vista. El humo no era tampoco obstáculo para las tiendecitas pudibundas, en cuyos escaparates con rótulos pintados a mano, se anuncian reparaciones de bicicletas, prendas de vestir masculinas «casi nuevas» y con una rebaja del cincuenta por ciento, trajes lavados en pocos minutos, o bien el cambio de los muebles viejos por otros nuevos. También hay anuncios luminosos en las salas de billar, tabernas con cerveza de barril, espectáculos con exhibición de la anatomía femenina, con las chicas más hermosas de la ciudad, o habitaciones de hoteles sin ascensor, en los que hay que llegar al vestíbulo tras subir dos rellanos.

En algunas ocasiones, el humo se filtra como una bruma por entre las luces de neón, que desde cierta altura, iluminan las calles. Sus reflejos finales se balancean en el aire, y cuando conectan la corriente eléctrica y se encienden los anuncios luminosos, proyectan unas figuras alocadas y unas sombras imprecisas sobre las aceras remendadas. El humo oculta muchas cosas desagradables, pero no todas.

Fue un día como el descrito cuando recibí una nota comunicándome que mi abuelo, el viejo Charlie April, acababa de fallecer dejándome una herencia de dos mil quinientos dólares. Mi primera reacción fue dirigirme a un bar próximo a mi apartamento para tomarme unas cuantas copas, mientras reflexionaba sobre el difunto y procuraba entristecerme. Pero lo último me resultó imposible. Siempre había odiado a mi abuelo por su carácter ruin y tacaño.

Era mi único pariente, y de niño viví con él. El viejo trabajaba como fogonero en el ferrocarril de Erie, embriagándose a menudo, por lo que los viajes solían concluir con alguna pelea. A veces, llegaba a casa aún con la borrachera a cuestas. Es posible que solucionar los asuntos a puñetazos le procurase una gran satisfacción; por mi parte, sólo puedo afirmar que una noche en que su borrachera era más fenomenal que de costumbre, me propinó unos zurriagazos tan fuertes que no me mató de milagro. Tras eso, lo planté.

A la sazón, yo tenía quince años.

Vine a Chicago y me dediqué a diversas tareas. Por fin conseguí colocarme en la Agencia Internacional de Cobros. No era un empleo ideal, pero continué en él una temporada. Mi trabajo consistía, en su mayor parte, en escribir unas cartas amenazadoras a los estafadores que no pagaban sus deudas, y buscar el rastro de las personas crédulas, fáciles de engañar, así como de los acreedores enojosos.

Sólo percibía de cuarenta a cincuenta dólares semanales, que me permitían habitar en un cuartucho del tercer piso de un hotel sin ascensor. Todos mis muebles consistían en una cómoda barata y un lecho de hierro, con una alfombra raída que cubría el suelo de madera. En un rincón había una lámpara y un sillón con la tapicería deshilachada, que dejaba ver la crin. En el otro extremo, había una palangana descansando encima de un estante apoyado a la pared. Sólo había un grifo que dejaba salir un misérrimo chorrito de agua. Fuera, en el pasillo, había un cubo de agua que diez personas distintas intentaban acaparar para su uso personal.

Tenía por costumbre tenderme en la cama, imaginando toda clase de escenas representadas en los gastados visillos de la ventana. Los rayos del sol que se filtraban a través de sus agujeros proyectaban toda clase de dibujos, que cambiaban de forma al cerrar uno u otro ojo, en continua sucesión. A veces, bastaba para ella con mover ligeramente la cabeza. Las paredes de aquellas habitaciones eran tan delgadas, que el único aislamiento que podía gozar consistía en permanecer tranquilamente en cama, acompañado de mis pensamientos. Mas mi situación económica no me permitía ser exigente, por lo que continué viviendo allí y trabajando en la Agencia Internacional de Cobros.

Fue entonces cuando recibí la nota manifestándome que mi abuelo April me había dejado como herencia el importe de su seguro de vida, y por primera vez en mi existencia, vislumbré una oportunidad.

Me marché a Indiana para asistir al funeral. En realidad, no experimentaba tristeza alguna ni me encontraba desamparado, pues ya hacía años que no mantenía el menor contacto con el viejo. No asistió nadie a los funerales, aparte del director de la empresa de pompas fúnebres y mi modesta persona. Aquél por obligación; yo como único pariente del muerto.

Durante el viaje de regreso, fui meditando cuál sería la mejor manera de invertir aquel dinero llovido del cielo. Sabía que, de llevarlo encima, apenas duraría algunas semanas.

Por fin, decidí adquirir algún pequeño negocio con el importe de la herencia.

Pero con dos mil quinientos dólares no era posible hacer milagros. Una vez en Chicago, indagué afanosamente, y me enteré de que un anciano llamado Clarence Moon deseaba traspasar una agencia de cobros. Pensé que aquel negocio era preferible a un puesto de bocadillos y cerveza, o al arrendamiento de una gasolinera, porque, por lo menos, era un trabajo en el que ya poseía bastante experiencia. Fui, pues, a visitar a Clarence Moon.

El viejo era un individuo excesivamente gordo, de aspecto desaseado, y de unos sesenta años. Tenía el cráneo totalmente pelado, aparte de una especie de flequillo de pelos blancos que colgaba precisamente por detrás y delante de sus orejas. La parte superior del cráneo la tenía tan sucia que quedaban marcadas en la piel las rayas de sus uñas cuando se rascaba la nuca. Su oficina estaba compuesta por dos habitaciones situadas en la parte superior de una casona, colindante con el edificio de la Opera Cívica.

En el primer cuarto había sólo un escritorio decrepito, cubierto por un pedazo de cristal astillado, una silla giratoria detrás de la mesa y otra de madera para los clientes. Junto al escritorio se veía una mesita rodante con una máquina «Underwood» modelo 1929. En la habitación contigua había una docena de amiantos verdes que hacían las veces de ficheros, con tres cajones cada uno. Apilados encima de los armarios, como remetidos en los rincones, aparecían recortes de periódicos viejos, revistas y correspondencia. Me instalé en la silla giratoria, en tanto el viejo me observaba de arriba abajo. Por mi parte, le obsequié con una mirada similar. Dada su forma de mirar y su aliento, intuí que se trataba de un borrachín empedernido.

—Me llamo Dan April —me presenté—, y según me han dicho, usted desea traspasar esta oficina.

El viejo trató de abrocharse el chaleco. Sólo le quedaban tres botones, y la carne de su enorme panza sobresalía y temblaba por debajo de la prenda.

—Bien, sí, vendería todo esto —admitió— si hallara la persona adecuada.

—¡Tonterías! —exclamé—. Para usted será una suerte traspasarlo todo al primero que llegue, ¿cuánto quiere por todo?

—Tres mil seiscientos dólares —fue su rápida respuesta.

Luego, abatió la mirada, empezando de nuevo a jugar con los botones del chaleco.

Reflexioné profundamente. Un negocio de cobros es un asunto de picaros. Sólo entra dinero en caja cuando se cobran facturas, puesto que, en realidad, no es ningún negocio reconocido como tal. Cuando se dispone de alguna empresa que entrega las facturas de cobro difícil, es posible, con cierto éxito, mantener al cliente varios años. Naturalmente, no hay que adquirir maquinaria ni mercancía alguna, ni hay que preocuparse de los proveedores ni buscar clientela para el género, ni nada semejante. Pero es preciso tener la ventaja de continuar tratando con los mismos clientes y cobrando las facturas en su nombre.

—¿Desde cuándo tiene montado este negocio? —quise saber por fin.

—Llevo aquí treinta y cinco años —replicó con tono orgulloso.

De nuevo se llevó las manos al chaleco, y entonces vi que le temblaban irresistiblemente.

—Si lo necesita, puede tomarse una copita —observé.

—No bebo nunca cuando trabajo —repuso con firmeza.

Pero poco después le vaciló aquella firmeza, abandonándolo como el agua sucia que se escurre por un desagüe.

—Bien, hace unos días que padezco de artrismo y tal vez me sentará bien un traguito.

Abrió un cajón del escritorio y exhibió una botella de menta sin descorchar. Extrajo el tapón, que tiró al suelo, y bebió a chorro una generosa ración del verde líquido.

Luego, se agachó para recoger el corcho y me ofreció la botella.

—Gracias, no bebo —rehusé, observando que dejaba la botella a un lado de la mesa—. ¿Cuántos clientes tiene?

Intentó contestarme, pero calló antes de proferir palabra. Comprendí que deseaba mentirme, sin atreverse a hacerlo. Por fin dijo:

—Seis. Seis seguros. Llegué a contar con treinta y cuatro. Pero desde... mi enfermedad, sólo conservo seis.

Comprendí. Clarence Moon había perdido casi treinta clientes debido a sus frecuentes borracheras. Mas si conservaba seis, ello significaba que probablemente también los conservaría yo.

—¿Puedo ver los libros? —pregunté.

Abrió el cajón del centro del escritorio y me entregó el Mayor, muy viejo y con las páginas arrugadas. Su contenido quedaba limitado a una columna de números con las fechas de las operaciones. Al final de cada mes había la suma total. Eché una ojeada al resumen del año anterior, observando un ingreso de tres mil dólares en bruto. Fui hojeando el libro y vi que las entradas eran regulares y esperanzadoras, trabajando para media docena de empresas modestas que constituían la parte más

voluminosa de su negocio.

Continué interrogándole hábilmente. La empresa no valía mucho, y el viejo marrullero lo sabía perfectamente. Finalmente, me puse de pie con intención de largarme.

—Bien —exclamé de repente—, ofrezco dos mil dólares por todo.

El viejo comenzó a proferir objeciones.

—De acuerdo, por el momento vamos a dejarlo —le interrumpí—. Volveré mañana para saber su respuesta definitiva. Si me conviene, esto será mío. De lo contrario...

Salí a tiempo de vislumbrar cómo cogía nuevamente la botella de menta.

Supe entonces que el asunto ya estaba decidido.

Aquella noche, en la cama, me apliqué a calcular mentalmente. Pensé que con un poco de suerte, no tardaría en obtener algunos beneficios. Y si lograba los mismos ingresos que el viejo Moon, el negocio resultaría rentable. Cuando por fin concilié el sueño, pasé casi toda la noche soñando con el viejo Clarence Moon, a quien confundía con la figura de mi abuelo. Al día siguiente por la mañana me desperté odiando al viejo Charlie y experimentando cierto pesar por el borrachín de Moon.

Después de almorzar entré en una cabina telefónica para ponerme en contacto con Moon. Sabía que era una estupidez, pero el anciano me inspiraba compasión, sentimiento que no conseguía desterrar de mi ánimo.

—Oiga, Moon, he reflexionado sobre su oferta y voy a hacerle la mía. Le pagaré dos mil pavos en el acto... y otros mil dentro de un año.

Por lo que creí oír, el viejo tragó saliva con dificultad al otro extremo de la línea.

—De acuerdo —replicó—. Puede usted considerarse dueño absoluto de la Agencia de Cobros Clarence Moon.

Primera Parte

DANNY

Lentamente me dirigí al edificio State y Van Buren, donde se hallaba instalada la Agencia Internacional de Cobros. Llegué a la oficina hora y media después de la hora señalada. La muchacha que se cuidaba de la centralita exclamó al verme:

—Caramba, Danny, vaya caradura. Crenshaw ha preguntado por ti varias veces.

Pausadamente me quité el abrigo y el sombrero, dejando ambas prendas en la sala de espera.

Me senté luego a mi mesa, en el despacho general, donde trabajaban otros cinco empleados, y empecé a vaciar mi escritorio. No había en él muchos cacharros, pero deseaba dejar aquel empleo cuanto antes.

Crenshaw, el director de la oficina, al verme se dirigió a mí con tono irritado:

—¿Cómo demonios llega a esta hora, April? ¿Dónde estaba?

—Por ahí...

—¡Por ahí! —exclamó, riendo, con su tono nasal—. Creo preferible que esté en su escritorio a la hora indicada si quiere conservar el empleo.

Calló, esperando seguramente una disculpa que no proferí.

—Tiene usted mucha gracia, Crenshaw —le espeté en cambio—, pero, en realidad, es como si me hiciera cosquillas.

No supo qué contestar, poniéndose encendido como la grana. Cuando estaba a punto de abrir de nuevo su enorme y asquerosa boca, le interrumpí:

—¡Cállese! Llevo cinco años aguardando el momento de propinarle un puntapié en la espinilla y creo que ha llegado la ocasión.

El despacho se convirtió en el reino del silencio. Crenshaw se retiró con la cabeza gacha, volviendo a su escritorio. Me llené los bolsillos con mis escasas pertenencias personales y volví a la sala de espera. Al llegar a la puerta, miré hacia atrás. En el despacho todos seguían inmóviles. Agité la mano en señal de despedida hacia Bud Blasgow, cuyo escritorio estaba próximo al mío, y salí definitivamente de allí.

Al llegar a la Agencia de Cobros Clarence Moon, éste ya no estaba. Aparte de la botella de licor, no había cogido nada de la mesa, habiendo dejado en sitio visible la llave de la puerta y una nota escrita a máquina:

Apreciado señor April:

Vendré mañana a cobrar el dinero acordado.

Buena suerte.

Afectuosamente,

Clarence Moon

En un cajón lateral del escritorio hallé un montón de cartas de los últimos tres meses. Me senté a la máquina y empecé a contestarlas.

Por la noche, después de cenar, volví a la oficina para inspeccionar las fichas de los viejos armarios verdes de la segunda estancia. Se hallaban atestados de manera desordenada con la correspondencia de varios años y tarjetas de información. Para cada cobro se llenaba, por lo visto, una ficha con todos los datos referentes a la persona cuyo cobro había de intentarse: lugar de residencia, domicilio, estado, edad, empleo, salario, cuál era su reputación, los plazos que abonaba regularmente, si los pagaba, qué clase de género tenía por costumbre quedar a deber y otros datos semejantes. Cuando se trata de un individuo que suele atrasarse constantemente en sus pagos, la tarjeta siempre se lleva al día para cada cobro.

Con estas tarjetas de información, un cobrador prevé fácilmente las dificultades que pueden presentársele al pretender cobrar la pasta. Asimismo, economiza mucho tiempo que, de lo contrario, perdería al buscar tal información.

El viejo Moon conservaba todas las tarjetas de información desde que iniciara el negocio. La mayor parte resultaban inservibles por anticuadas, y las de los últimos años poseían una información sumamente escasa, con una escritura casi ilegible debido al temblor de sus manos de alcohólico. Las tarjetas no se hallaban debidamente clasificadas; sólo estaban agrupadas por años. Fue una tarea larga y enojosa colocarlas en un orden práctico, tras lo cual arrojé las inservibles al cesto. Durante un mes, cada noche regresé a la oficina, dedicando varias horas a ordenar el fichero.

Una noche me dediqué a clasificar las fichas de diez años atrás. Al cabo de dos horas hallé una tarjeta informativa cuyo epígrafe rezaba: *Krassy Almauniski*. Sujeto con un clip había un recorte de periódico amarillento, con el retrato de una joven.

En el retrato, la muchacha sonreía de un modo especial, con mezcla de satisfacción y orgullo. Dejé a un lado el recorte de prensa, aunque luego volví a cogerlo para estudiarlo con mayor detenimiento. La joven tenía unos ojos claros, de color gris azulado, pestañas largas y pobladas, y unos cabellos rubios con varias trenzas rodeándole la cabeza. Era muy joven e, indudablemente, se trataba de una de las chicas más guapas que había visto en mi vida.

El pie de la fotografía decía:

La señorita Krassy Almauniski de South Hempstead 4120 1/2, que hoy ha sido proclamada ganadora del Concurso de Belleza organizado por la revista Stockyard Weekly News. La señorita Almauniski, seleccionada entre treinta concursantes, percibirá cien dólares, como premio de la Stockyard Weekly

News; una espléndida maleta de cuero cedida por Objetos de Cuero Browser y Compañía; un elegante vestido de los Almacenes de Confección Solomon; un maravilloso abrigo y un bello sombrero de la famosa firma de Elena Mae; una sesión de manicura y peinado del salón de belleza Glamour; un abono de cupones de taxi por valor de cinco dólares de la Red-Top Taxi Company, y un lote de botellas de cerveza, de la Deep Well Brewing Company.

Aquel retrato poseía algo especial, que obligó a mi memoria a rememorar antiguos recuerdos. Presentí que se trataba de algo triste, algún suceso desdichado, sin lograr precisarlo. Y de repente, lo recordé. Claro, ¿cómo podía haberlo olvidado? Era un recuerdo de mis primeros tiempos en Chicago, cuando yo no era más que un jovencito aturdido y solitario en medio de la inmensa urbe a la que, pese a todo, me amoldé rápidamente. Hasta aquel instante casi ignoraba que en el mundo existiesen mujeres, y que sería muy interesante relacionarme con alguna. No conocía a ninguna ni a nadie que pudiera presentármelas, y yo era aún demasiado tímido para trabar amistad con una joven por propia iniciativa.

No obstante, ello no me impedía soñar.

Ocurrió en verano. Una noche bochornosa, como casi todas las de Illinois, sin la menor brisa ni ráfaga de aire, fuera de las orillas del lago. Las playas estaban completamente atestadas de gente adulta y chiquillería, y varias parejas sentadas en la arena. Todos aguardaban una bocanada de aire fresco a través del lago, o simplemente quedarse dormidos. La mayoría de mujeres se habían despojado del vestido, y estaban sentadas pacientemente embutidas en sus albornoces, reflexionando seguramente si no sería preferible volver al calor de sus viviendas y dedicarse a lavar los platos y los demás quehaceres domésticos. Sus maridos iban desnudos de cintura para arriba, y debían pensar en el trabajo que al día siguiente les esperaba en sus respectivos empleos.

Aquella noche tampoco podía dormir en mi habitación y me dirigí a la playa, pasando por la avenida del Norte, para continuar por la escollera de hormigón que se interna en el lago como un brazo curvado.

Me senté, haciendo balancear los pies por el borde del dique, con una sensación de incomodidad, calor y soledad. Me dediqué a pasear la vista por el lago, divisando de vez en cuando, en lontananza, las luces de un vaporcillo de excursión, y las lucecitas, parecidas a luciérnagas, de las embarcaciones particulares, escuchando la música de una radio procedente de alguna barca, entremezclada con voces y risas.

Estando allí, abstraído en mis pensamientos, empecé a odiar a aquellas barcas y a sus propietarios que, debido a su maldito dinero, podían adquirirlas y mantenerlas, así como a las jóvenes que les acompañaban. Comparé los mil equilibrios que yo debía hacer para ganar un par de pavos repartiendo telegramas por dos centavos, o descargando verdura de los camiones por treinta y cinco, y a cuánto me veía obligado con tal de mantenerme a flote.

Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad reinante, y distinguí a una joven que estaba sentada en la escollera, a unos tres o cuatro metros de mí. Tenía las piernas como pegadas entre sí, abrazándolas con sus manitas, y la barbilla apoyada en las rodillas. Igual que yo, miraba a lo lejos, como esperando algo... o ver alguna cosa insólita. Estaba completamente inmóvil. Me resultaba imposible adivinar si llevaba allí mucho tiempo, puesto que debido a la oscuridad no había logrado divisarla. Quizá llegó hacía poco sin hacer el menor ruido. Bien, cuando la vi por primera vez me causó una impresión singular.

No distinguía bien sus facciones, pero hasta en medio de las tinieblas comprendí que era joven y encantadora, posiblemente de mi misma edad. Continué mirándola con el deseo de dirigirle la palabra, mas la muchacha no parecía haber reparado en mi persona, la mirada siempre fija en el lago. Pensé algo ingenioso para iniciar la conversación, a fin de tener una excusa para presentarme a ella. Pero no sólo no se me ocurrió nada, sino que temía que mis balbuceos la hicieran reír. Era incluso posible que llamase a la policía.

Por lo tanto, continué sentado, más inquieto por su presencia a cada instante, y sin saber qué hacer. De repente, en silencio, la muchacha se puso de pie y a lo largo de la escollera, se dirigió lentamente hacia la playa. La imité sin vacilar, siguiéndola algún tiempo, a prudente distancia. La joven iba hacia la playa, como he dicho, siguiendo la curva de la escollera, hasta llegar al sitio donde la calzada desciende al paseo inferior que se hallaba repleto de gente. Mientras la seguía, cruzaban por mi cerebro mil ideas alocadas. Deseaba acercarme a ella, situarme a su lado y, sin pronunciar una sola palabra, cogerla del brazo. O preguntarle si me permitía acompañarla a su casa... a pesar de carecer de coche. En la penumbra se destacaba su espalda desnuda, muy blanca en la oscuridad, y adivinaba más que veía el balanceo de su cuerpo en tanto descendía lentamente por el paseo. Desembocó en la avenida del Norte, y torció hacia el oeste en dirección a la calle Clark. Dos manzanas de casas más lejos, en la esquina de Clark y Norte, había una cafetería de precios módicos, en la que ella penetró. Al llegar a la puerta del establecimiento, me detuve a mi vez, viendo cómo la joven se encaramaba a un taburete y pedía una Coca-Cola. Entonces, gracias a la iluminación del local, conseguí verla, por primera vez, perfectamente. Tendría unos dieciséis años, y era guapa en grado superlativo, con una cabellera dorada de largos y ondulados cabellos. Llevaba un vestidito barato, de algodón, de un color azul descolorido, sin espalda; un vestido que había sido lavado muchas veces hasta adquirir su azul un tono desvaído, delicado, que armonizaba maravillosamente con sus cabellos. Era el color azul que tan bien conocen todas las familias pobres. Observé que no debía vivir cerca de la playa, porque la piel de su espalda y de sus brazos mostraba un bronceado muy tenue, ese bronceado que sólo se consigue exponiendo el cuerpo al aire libre sin que se logre jamás el tostado de la playa.

En aquel momento, observé que la muchacha hablaba con el dependiente del mostrador y le sonreía. Sentí celos de aquel tipo y habría dado la mitad de mi vida

por tener ocasión de hablar con ella y recibir una sonrisa en premio. El dependiente no hizo funcionar la máquina registradora, y cuando ella quiso abonar la consumición, el individuo se limitó a mover la mano negativamente. La joven saltó del taburete y se dirigió a la puerta. Rápidamente, me situé de espaldas, contemplando un escaparate de la otra acera, mientras ella pasaba por detrás de mí. Oí sus pasos apresurados, como si hubiese echado a correr, y al volverme la vi subir a un tranvía en dirección al Loop. Por un momento, entreví la posibilidad de encaramarme al mismo vehículo, pero una breve meditación me hizo comprender lo impracticable de tal acción. No podía pagar el importe del trayecto. Precisamente, al día siguiente tenía que buscar una colocación, puesto que me había quedado sin trabajo.

Aquella fue la única vez que la vi. Pero durante mucho tiempo continué pensando en ella. ¿Quién era? ¿Dónde vivía? ¿Dónde podía verla? Preguntas que quedaron sin respuesta, pues no volví a encontrarla nunca más, ni siquiera en la playa adonde fui muchas veces con tal propósito. Solía hacer mil conjeturas, proyectando qué haría si volvía a verla. Solía imaginarme que poseía una gran fortuna, que la invitaba a bailar, ataviado con unos pantalones de franela blanca y una chaqueta cruzada, de color azul, con zapatos de color blanco y negro... Ella lucía un vestido de noche, y los dos hacíamos una buena pareja. También soñaba otras fantasías por el estilo.

De joven suele soñarse a menudo, y el recuerdo de aquella muchacha me obsesionó largo tiempo. Hasta que conocí a otras, a las que olvidé fácilmente. A veces analizaba mi pasado, sorprendiéndome al sentirme cohibido ante la idea de volver a ver a mi bella desconocida. Finalmente, la olvidé por completo. Durante muchos años dejé de pensar en ella.

¡Hasta la noche en que encontré aquel recorte de periódico!

A pesar de todo, no estaba seguro de que se tratara de la misma joven. Sólo la había visto una vez y sus facciones se habían borrado ya de mi memoria. Pero existía cierta semejanza entre el retrato de Krassy Almauniski y la muchacha de la playa, por lo que me acordé de ésta. Entonces, descubrí que no la había olvidado completamente. Cogí de nuevo el recorte.

Estaba fechado el 31 de marzo de 1940. Estudié la tarjeta de información sujeta con el clip y vi que fue redactada en septiembre del mismo año; o sea, unos seis meses después del concurso de belleza. En la tarjeta se leía una relación de los objetos adquiridos por la joven, incluyendo planchas, radios, maletas, relojes, joyas baratas... y ropa. En conjunto, la cantidad ascendía a unos mil doscientos dólares, o sea un buen pellizco. Al observar aquel total lancé un silbido de admiración, pero todavía silbé más fuerte al leer en la tarjeta un apartado que decía: «Cobrado el importe total». Tal vez debido a un presentimiento, o a una excesiva curiosidad, hojeé el libro Mayor de 1940.

Tras una prolongada búsqueda, lo encontré escondido en el cajón inferior de un armario-fichero. Busqué el mes de septiembre, y examiné la lista de cobros

correspondientes al mismo. No había la menor referencia a Krassy Almauniski, ni tampoco en octubre, noviembre y diciembre. Pero la tarjeta aseguraba que el dinero había sido pagado en su totalidad.

Me encogí de hombros. ¡Qué diablos, las facturas ya habían caducado! Dejé a un lado la tarjeta informativa y me metí la foto en el bolsillo. Pasé el resto de las horas clasificando otras tarjetas, sin lograr olvidar a Krassy Almauniski. Por fin, decidí telefonar a Moon y averiguar qué sabía él del asunto.

Al día siguiente por la mañana, tan pronto abrí los ojos, acudió a mi memoria la imagen de Krassy. El viejo Moon había tardado más de un mes en presentarse a cobrar su dinero, aunque me había dejado su número telefónico. Le llamé, y una voz insolente y descortés me comunicó que el viejo había desaparecido hacía varias semanas. Colgué el receptor y me dirigí a la Agencia. Durante el día, saqué el retrato varias veces de mi bolsillo, para contemplarlo detenidamente. Parecía sonreírme con sus ojos plácidos, y hasta intenté leer sus pensamientos. Maldije mi curiosidad, y decidí ir al número 4120 1/2, para verla en persona. Alegaría que mi visita estaba relacionada con el negocio.

El 4120 1/2 de la calle South Hempstead era un edificio estrecho y maloliente, encajonado entre dos casas más grandes aunque igualmente desvencijadas. Unos peldaños de madera agrietados ascendían desde la acera hasta un pequeño portal. La escalera tenía una barandilla de hierro oxidado. Las ventanas que daban a la calle, bajo el portal, estaban tapiadas con listones de madera clavados desde el exterior. Alguien había pintado alguna vez el inmueble, pero, con el paso de los años, la suciedad y la mugre lo habían dejado como si tuviese viruela. Una chimenea de ladrillos rojos asomaba discretamente la nariz en el centro del tejado, y los canalones del desagüe, oxidados y corroídos, se adherían como una costra bajo el alero.

Subí la escalera y llamé a la puerta. Las ventanas de cada lado estaban herméticamente cerradas y muy puercas. Se movió una cortinita. Por fin, se abrió la puerta y en el umbral apareció una mujer con un busto enorme y unos tobillos exageradamente delgados, que me estudió con mirada desconfiada. Llevaba una bata echada por las espaldas y dejaba entrever un pecho voluminoso que se balanceaba encima de su vientre, como un par de globos desinflados.

—No necesito nada —me espetó, pretendiendo cerrar la puerta.

—¡Un momento! —grité—. He de hablar con usted.

—No necesito nada ni compro nada —repitió, intentando cerrar de nuevo.

Lo impedí con la punta del pie, mientras decía:

—Quiero hablar con Krassy Almauniski.

Me contempló con suspicacia. Levantó una mano rojiza y arrugada, con las venas moradas y salientes, a fin de alisarse el mugriento cabello que le caía por encima de las orejas.

—Aquí no vive ningún Almauniski —refunfuñó.

Saqué del bolsillo un dólar. Cinco habrían aumentado su desconfianza. Le

entregué el billete.

—He de hablar con Krassy Almauniski. Tengo que darle... un mensaje.

La vieja cogió el billete meneando la cabeza.

—¿Viven aquí sus padres?

—¡Aquí no vive ningún Almauniski! —repitió—. Almauniski falleció hace tiempo.

—¿Murió su padre?

La mujer asintió con el gesto.

—¿Y su madre?

—No hay ninguna madre —gruñó secamente.

—¿Qué ha sido de Krassy?

La mujer se limitó a encogerse de hombros, antes de repetir por tercera vez:

—¡Aquí no hay ningún Almauniski!

No quise insistir, y bajando la escalera salí a la calle. Saqué del bolsillo la foto de Krassy y la estudié nuevamente. Era imposible que una belleza tan esplendente hubiese podido vivir en un tugurio como aquél. No tenía dudas respecto a mi segunda diligencia. Continué por la calle South Hempstead, y entré en el primer bar que encontré. Pedí una cerveza y me llevé el vaso a la cabina telefónica. Busqué en la guía la sección de editores de prensa. Cuando encontré la dirección de la *Stockyard Weekly News*, la fijé en mi memoria. Tras apurar la cerveza, me dirigí a la redacción de la revista, situada unas cinco manzanas de casas más abajo.

La *Stockyard Weekly News* se hallaba en un edificio de dos pisos, construido en ladrillo. La casa estaba dividida por un muro de cemento en dos partes iguales. A la derecha de la planta baja había una barbería y una tienda de licores. Al otro lado del muro de cemento, la revista se hallaba en el segundo piso de la parte izquierda del edificio. Por lo visto, sólo constaba de algunas estancias en estado ruinoso.

Después de la entrada y a un par de metros de la puerta, había un mostrador viejo y sucio que ocupaba toda la anchura de la estrecha oficina. A un extremo del mismo se abría una puerta de vaivén. Detrás, había una mesa de escritorio con persiana, estilo buró americano, y otra mesa de oficina larga y desvencijada, con ejemplares de la revista, atados como a punto de envío. Un tabique de madera de metro y medio de altura permitía entrever una prensa anticuada y varios chibaletes con caracteres de imprenta.

Un joven, que contaría unos veintisiete o veintiocho años, estaba sentado detrás del escritorio recortando y recopilando recortes de otras revistas. Cuando me vio, clavó sus ojos en mí.

—¿Puedo ver al editor? —inquirí.

—Soy yo —fue su respuesta.

Abandonó lentamente el asiento y se acercó a mí, como encogido. Entonces comprendí que era un tipo duro. Un valentón de taberna. Tenía la tez tostada y la nariz rota, seguramente a puñetazos. Sus cabellos, lisos y brillantes, peinados hacia

atrás, estaban excesivamente untuosos, exhalando una gran peste a colonia barata. Colocó las manos planas sobre el mostrador y apoyó en éste todo su cuerpo.

—¿En qué puedo servirle? —indagó.

—Desearía una información. Y como el lugar más idóneo para ello es la redacción de un periódico, por eso estoy aquí.

Mis palabras tuvieron la virtud de apaciguarlo.

—¿Qué desea saber?

—Estoy tratando de localizar a una joven llamada Krassy Almauniski. ¿La conoce?

—¿Por qué trata de localizarla?

—Hace diez años firmó una póliza de seguros —mentí—, y dos años atrás dejó de pagar. No obstante, le pertenece un pequeño reembolso y quisiera abonárselo a fin de saldar su cuenta en nuestros libros. Pero hasta ahora me ha resultado imposible encontrarla.

—Hace diez años que no la he visto —repuso finalmente el editor.

—Entonces... ¿la conoce?

—Sí, la conocía.

—Ganó el primer premio en un concurso de belleza organizado por esta revista, ¿verdad?

Soltó una breve carcajada.

—Seguro —asintió—. Ganó un concurso de belleza. En aquella época, el viejo era el editor del periódico. Cuando salí del instituto comencé a trabajar en la redacción, en calidad de botones. Fue entonces cuando conocí a la joven.

Apartó las manos del mostrador y se las metió en los bolsillos.

—¿Cuál es su nombre? —me preguntó.

—April, Danny April. ¿Y el suyo?

—Mike Manola.

—¿Sabe usted si tiene algún pariente?

—No. Su padre era un polaco chiflado que vivía con una fulana, que no era más que un saco de grasa. Falleció de un accidente en las manufacturas Gary un par de años después de la desaparición de su hija. El saco de grasa sigue habitando en la misma casa. Fuera de esto, no tiene ningún pariente, a mi entender.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Krassy?

—El día que ganó el premio, aquí mismo. Estuvo en la oficina para llevarse los premios y se marchó. No he sabido nada más de ella.

—¿Eran importantes los premios que recibió? —pregunté.

Manola bajó la mirada, fijándola en el mostrador, como estudiándolo, antes de contestar.

—Sí —asintió con sequedad—, recibió unos buenos premios.

Dio media vuelta en redondo y regresó a su escritorio.

Comprendiendo que no obtendría ya más datos de él, abandoné la redacción. Ya

en la calle, no resistí la tentación de echar otro vistazo al retrato de Krassy. No obstante, ahora ya podía ver su rostro aunque cerrase los ojos.

Segunda Parte

KRASSY

Krassy Almauniski abrió los ojos y se desperezó en la cama. Luego, permaneció unos instantes muy quieta y tiesa antes de volver a estirar los brazos.

«Vamos por los diecisiete... día de san Patricio —murmuró para sí, con cierta satisfacción—. ¡El día de mi cumpleaños!».

Saltó de la cama y, descalza, dirigióse, por las frías losetas de la habitación, hacia un espejito colgado de un alambre atado a un gancho de la pared. Se desabrochó la camisa masculina de seda desteñida, que le llegaba casi hasta las rodillas, y se la quitó.

«A partir de hoy —continuó monologando—, todo será distinto».

A los diecisiete años tenía ya el aspecto de una mujer perfecta. Sus formas se habían desarrollado plenamente a partir de los catorce años. Tiró la camisa al suelo, se puso un abrigo y sin hacer ruido salió al pasillo. Rápidamente se metió en el pequeño y sucio lavabo. Abrió el grifo y salió un pequeño chorro de agua, que no hizo ruido; se lavó entonces la cara y las manos, con la esperanza de no ser oída por su padre, que dormía con María en la habitación contigua.

Se arrebujó de nuevo en el abrigo y, con el mismo silencio de antes, volvió a su habitación.

Empezó a vestirse apresuradamente. Mientras trataba de ceñirse el sostén de tela rosa ordinaria, observó una magulladura larga y colorada sobre el pecho.

—¡Maldito sea Mike Manola! —exclamó enojada.

Pero aun cuando lo maldecía, comprendía que debía proceder con toda cautela para evitar que Mike se enfadara y dejase de prestarle su ayuda pecuniaria. Le necesitaba, aunque esto significara estar de pie en los portales oscuros mientras él la besaba y abrazaba.

—No me quieres —se había quejado más de una vez Mike.

—Sí te quiero, chico —contestaba ella.

—Entonces, ¿por qué no cedes?

—Me encanta besarte y que me beses...

—Besarse es cosa de chiquillos —replicaba Mike, acercándosele en la oscuridad.

La muchacha notaba que él le acariciaba un muslo y después la cintura. En las tinieblas del portal, Krassy adivinaba el cuerpo de Mike más cerca a cada instante. De pronto él, perdiendo la cabeza, le mordió un labio.

—¡No, Mike, oh, no, por favor! —exclamó ella, apartando la boca y pretendiendo retroceder.

Mike también se separó.

—¿Por qué no, Krassy? ¿Por qué motivo? —susurró Mike Manola, falto de aliento a causa de la emoción experimentada.

—No lo soporto —repuso la joven—, no me gusta... Tus manos me causan cierto malestar...

Mike, con un furor insensato, le oprimió los dedos con gran fuerza y ella exhaló un chillido de dolor. Mike, asustado, retiró la mano y ambos abandonaron el portal. Durante el resto del camino hasta llegar a su casa, el pecho le dolió por culpa de los apretones de Mike.

Vestida ya, Krassy volvió a ponerse el abrigo y se dirigió apresuradamente hacia la escalera. El crujido de una tabla rompió el silencio y la voz de su padre tuvo la virtud de detenerla en seco.

—¿Eres tú, Krassy?

—Sí, papá.

—¿Adónde vas tan temprano?

—He de llegar pronto al colegio. Además, es el día de mi cumpleaños y Mike Manola me invitará en una cafetería.

—Hoy te quedarás a almorzar en casa.

—Mike me paga el almuerzo, papá... ¡Es mi cumpleaños!

Sin esperar respuesta, descendió corriendo y salió a la calle.

En la cafetería de Miller la aguardaba Mike sentado ante el mostrador, con el rostro hosco, recordando aún su fracaso de la noche anterior. Krassy se instaló a su lado en un taburete.

—Eres muy amable invitándome a almorzar en el día de mi cumpleaños —inició ella la conversación.

—Sí —asintió él—, debo de estar loco. Con la de chicas que hay chifladas por mí, y en cambio tú... ¡Dios mío, qué imbécil soy!

—Mike, ayúdame a ganar el premio del concurso de belleza y te aseguro que no te pesará —murmuró Krassy, con tono lleno de promesas.

Mike lo dudaba, mas pese a ello preguntó con insolencia:

—¿Es una promesa formal?

—Seguro, Mike.

—Seguro... seguro... Con tal que no se trate de otro subterfugio... Cuando intento demostrarte mi cariño hallas siempre una gran cantidad de obstáculos. «No lo soporto... no me gusta...». —Mike fingió la voz, imitando el tono de Krassy la noche anterior.

—Te aseguro que cuando haya ganado el premio no será así, Mike, y también que serás el primer hombre que... que habrá vencido mi resistencia.

—¡Diantre! —se animó Mike—. Bien, por ahora pensemos en algo más práctico y prosaico: el almuerzo. ¿Qué deseas comer?

Krassy, contemplando el bronceado rostro de Mike y su arrogante nariz, con su vacua sonrisa, pensó:

«No está mal este chico... De todos modos, es mejor que el que tenía antes...».

—Decídete, Krassy —la espoleó él.

La joven escogió el almuerzo número uno, consistente en jugo de tomate, dos huevos, dos lonjas de jamón, pan tostado, mermelada y café. En conjunto, cuarenta centavos. Mike pidió lo mismo.

Después de almorzar cogieron el tranvía y se dirigieron a la Escuela Superior. Por el camino, Mike le expuso a Krassy su estrategia.

—El motivo de este concurso de belleza es un proyecto que acaricia mi padre desde hace tiempo. Desea facilitar una nueva promoción de anunciantes, que le ayuden a sufragar los gastos de la revista. Para esto, ha recorrido tiendas y almacenes solicitando premios para la vencedora del concurso. Hace dos semanas que prepara todo este andamiaje. Y entrega papeletas junto con los ejemplares de la revista para que cada comprador pueda enviar su voto, a partir de cada diez centavos de objetos o artículos que adquiera en dichas tiendas. De este modo, el comprador puede poner en la papeleta el nombre de la candidata que más le guste. Y cuando haya sido proclamada la ganadora, las tiendas insertarán nuevos anuncios felicitando a la bella vencedora.

—Todo esto me importa un rábano —replicó Krassy—. Lo que a mí me interesa es ganar.

—No temas —asintió Mike—, no puedes perder. Mi padre me ordenará contar las candidaturas, ya que él tiene demasiado trabajo. Yo tengo ya en la oficina todas las papeletas falsas que sean necesarias, en el caso de que no ganes en la votación oficial. ¿Entendido? —Mike levantó la cabeza y se echó a reír—. ¡Es muy fácil! —añadió, con expresión más grave—. ¡De todos modos, es preciso que papá no se entere, de lo contrario me mataría!

—¡Oh, Mike, eres maravilloso! —exclamó Krassy.

Le palmeó el brazo y se le acercó ligeramente. Observó que el joven se movía inquieto en la silla. La joven sonrió de manera imperceptible.

—Ah, Mike... pronto, muy pronto... —murmuró.

Salieron de la Escuela, y Krassy volvió de prisa a su casa. Dane Tingle se le puso al lado, acompañándola.

—¿Quieres que vayamos al cine el sábado por la noche? —le propuso el muchacho.

—No puedo, Dane. He de salir con Mike.

—¿Estás prometida con él?

—Aproximadamente, Dane.

—Con ese individuo terminarás muy mal, chavala.

—Lo cual no te importa en absoluto —replicó Krassy, plantándolo en seco.

«No terminaré mal con Mike... ni con ningún otro hombre —pensaba sonriente, en tanto se dirigía a su casa—. Son muy fáciles de manejar, si una sabe hacerlo. Por ejemplo, María y mi padre. Desde que vive en casa esa mujer tan gruesa y

desgarbada, papá se limita a sentarse en la maloliente cocina, bebiendo vasos de vino sin cesar. Luego, ambos se van a la cama para amarse la noche entera. El sexo debe de ser una cosa muy importante para los hombres, porque al parecer sólo piensan en eso...

»Si Mike me ayuda —continuó reflexionando—, ganaré el concurso. Y entonces, huiré de aquí, donde nadie me conozca, y aún conozcan menos a papá. Viviré como una señorita y vestiré con elegancia. Algún día podré prescindir de toda ayuda interesada».

Sus pensamientos se concentraron de pronto en el problema más inmediato.

«Si gano el concurso adquiriré un vestido y ropa interior, y me haré la permanente. Ya acicalada, me esfumaré de este ambiente miserable. Pero... me hará falta dinero —consideró la cuestión largamente—. Mike tendrá que darme pasta, aunque ya sé que dispone de poco dinero. Tal vez será mejor buscar otro sistema para obtenerlo...».

Subió los peldaños, franqueó el portal y penetró en el pasillo descascarillado. Oyó a María moviéndose por la cocina.

—Hola, papá, ¿no trabajas hoy?

Un hombrón enorme se hallaba tumbado en un sofá-cama tapizado y medio desvencijado por el peso que debía sostener. Levantó la cabeza y la contempló hoscamente.

—¿Por qué diablos no te quedas alguna vez en casa? —se enfureció—. Ve a ayudar a María.

—Sí, papá —accedió la muchacha con mansedumbre.

—¡Sí! ¡Sí! —se sulfuró su padre—. ¡Eso es lo que les contestas a todos los mocosos que te persiguen! Sí, Richard; sí, Victor; sí, Fulano de Tal...

—Estás equivocado, papá.

—Tal vez, pero sí sé que te pasas el día entero rondando por la calle... y lo que es peor, las noches. ¡Vaya, vete de mi vista y ayuda a María antes de que estalle!

Krassy puso el abrigo sobre el respaldo de una silla y entró en la cocina, donde estaba encendido un fogón de hierro, renegrido y atestado de carbón. María lucía un quimono de tela ligera y unas zapatillas de fieltro, llenas de grasa, esperando pacientemente delante de la fregadera de esmalte gris, agrietada y abollada. El agua caía lentamente del grifo, llenando una cazuela que ella sostenía.

—¿Qué hay de cena? —inquirió Krassy.

—Macarrones.

—¿Sólo sabes guisar macarrones, María?

—Es una comida sana y alimenticia.

—¡Te aseguro que no te irás de rositas a la cama —barbotó el padre desde su sofá-cama—, si te muestras tan endiabladamente refinada y te niegas a comer macarrones!

—Sí, papá —asintió Krassy, añadiendo para sí: «Pronto dejaré de comerlos».

Una semana más tarde, Krassy penetró en la redacción de la *Stockyard Weekly News*, para ver a Mike. El joven se hallaba ausente, pero no así su padre, César Manola. Era un individuo de cuarenta años, de expresión inquieta e inquietante. Su esposa estaba inválida, muriendo lentamente de tuberculosis, y él luchaba valerosamente para hacer frente a los gastos de la revista con los menguados ingresos que le proporcionaba. La peste de un matadero que se esparcía por todo el distrito de la concentración ganadera, era un signo de miseria para César Manola y la mayoría de habitantes de la zona.

En uno de los distritos peores del mundo entero, César se ganaba el sustento escribiendo artículos patéticos que trataban de las vulgaridades del vecindario, cobrando anuncios de los comerciantes, abocados constantemente a la quiebra, componiendo y compaginando los textos que él mismo imprimía en su imprenta... Cuando los sábados repartía su revista para su distribución a varios chiquillos de todas las razas, blancos, negros, amarillos y café con leche, aquéllos la repartían de casa en casa, cobrando diez centavos por hora de labor.

César Manola no había gozado de horas muy felices en su vida, de ningún placer, y por ello carecía de esperanzas. En aquel momento se hallaba sentado mecanografiando las facturas de los anunciantes. Krassy Almauniski avanzó hacia el mostrador y preguntó por Mike.

—No está aquí —repuso César.

—¿Tardará mucho en volver?

—Dentro de diez o quince minutos. ¿Quiere esperarlo?

Krassy obsequió a César con su luminosa sonrisa.

—No es preciso. Sólo deseaba saber qué tal iba la votación.

—¿Es usted una de las candidatas?

—Sí, señor, soy Krassy Almauniski.

—Sí, recuerdo el nombre —asintió César, expresando su aprobación—. Hizo usted bien en venir. Entre y tome asiento. Cuando llegue Mike, se encargará de contar los votos, como suele hacer cada semana.

Krassy se dirigió hacia la puerta de vaivén, acercándose al escritorio. La enorme mesa de oficina se hallaba atestada con las pruebas de la última revista, libros y otros artículos de la profesión, todo en un gran desorden. Krassy se instaló en una esquina de la mesa de César, sonriendo.

—He oído hablar mucho de usted —balbució.

—¿A quién? ¿A Mike? —indagó César, devolviéndole la sonrisa.

—¡Oh, no! A Mike apenas le conozco. Sólo le he visto un par de veces. Soy mucho mayor que Mike... —calló y tras una breve pausa continuó—: Sí, ya sé que aparento menos edad, pero en realidad ya he cumplido los veintiuno.

Balanceó graciosamente el peso de su cuerpo de un lado a otro. César se fijó en la pierna de la joven, que colgaba sobre el borde de la mesa. Intentó alejarla de sus pensamientos.

—Resulta difícil calcular la edad de las mujeres. Las maduras tratan de aparentar menos años, y las jóvenes desean parecer más viejas... Y esto resulta muy divertido. Sin embargo, no recuerdo haberla visto nunca, señorita.

—Hace cuatro años me diplomé en la Escuela Superior —explicó ella—, y hasta hace dos semanas trabajé en la ciudad de Michigan. Hace muy poco tiempo, por tanto, que estoy en Chicago.

—Ah... —exclamó César, mirando a la joven por el rabillo del ojo, y admirando la suave curva de su fina y bien torneada pierna.

—De todos modos, me sorprende... —prosiguió Krassy.

—¿El qué, jovencita? —preguntó César, apartando la mirada de la pierna con dificultad.

—Sí, me sorprende que la revista no ofrezca ningún premio.

—El periódico sólo apadrina el concurso —aclaró César—. Y son los comerciantes quienes otorgan graciosamente los premios.

—Lo sé —afirmó Krassy—, pero opino que la revista debería conceder un premio en metálico. De este modo, el concurso cobraría mucha más importancia.

—No es posible —denegó César, moviendo con pesar la cabeza.

Krassy pensó que aquel individuo parecía haber envejecido unos años en sólo unos momentos.

—Bien, he de irme...

—Le diré a Mike que ha venido usted...

—No hace falta. Seguramente no recuerda mi nombre...

César dudó unos instantes y al final preguntó:

—¿Volverá usted esta tarde?

—Tal vez. ¿Por qué?

—Si viene a las nueve, la invitaré a un trago.

—Creo que no sería correcto —objetó Krassy—, tomando parte en el concurso, frecuentar tanto esta oficina.

—Podríamos citarnos en otro sitio... —apuntó César tímidamente.

—¿Dónde?

—Por ejemplo, en el Dixie.

Krassy conocía el establecimiento de Dixie de oídas. Era un local del distrito que gozaba de cierta fama, aunque jamás había entrado allí. Consideró rápidamente que la sugerencia de César implicaba que no deseaba ser visto públicamente con ella, por estar casado. Respecto a su conveniencia, no le disgustaba la cita en el Dixie, puesto que nunca temía entrar en relaciones con un hombre.

—De acuerdo —asintió—. A las nueve en el Dixie.

Saltó de la mesa y fue hacia la puerta, sabiendo que la seguían un par de ojos.

—Hasta luego —se despidió, saliendo a la calle.

Por la noche, después de cenar, fue precipitadamente a su dormitorio para cambiarse de ropa, y acicalarse convenientemente. Debajo del abrigo ocultó un collar

de poco precio, colorete y lápiz de labios. También escondió un par de zapatos de tacón alto. Luego, andando lenta y deliberadamente, apareció en la salita.

—¿Dónde vas a estas horas? —rezongó su padre.

—Al cine con unos amigos —fue la respuesta.

Antón Almauniski la miró con suspicacia, pero no vio nada fuera de lo normal. La chica no llevaba maquillaje y calzaba zapatos de tacón bajo.

—¡Siempre rondas por la calle...! ¡Sólo rondas... rondas... rondas...! Algún día te arrepentirás.

—Sale con un individuo —intervino María, súbitamente.

—¡Métete dónde te llamen! —gritó Krassy, furiosa—. ¡Además, conoces muy poco inglés para saber de qué hablamos!

Antón Almauniski se levantó y alargó el brazo con el puño apretado. Krassy esquivó la amenaza y abrió la puerta.

—Voy al cine con unos amigos —repitió—; ¡y me importa un comino que lo creáis o no!

Cerró de un portazo y descendió corriendo a la calle. Continuó corriendo por la acera hasta una manzana de casas más allá; entonces aflojó la marcha a medida que se distanciaba de su casa.

Poco después se detuvo en una estación de gasolina, donde entró en el tocador de señoras. Se lavó meticulosamente la cara y las manos con agua caliente y se secó con una toalla de papel. Extrajo del bolsillo del abrigo el colorete y el lápiz de labios y procedió a maquillarse diestramente ante el espejo clavado con tornillos al lavabo. Se quitó los zapatos de tacón bajo y se calzó los de tacón alto. Por fin, se puso el collar de bisutería en torno a su garganta.

«Nadie, no conociéndome, adivinaría que no tengo veintiún años», murmuró satisfecha.

Cogió los zapatos bajos, salió y se dirigió a la entrada de la gasolinera.

—¿Podría dejar estos zapatos aquí toda la noche? —preguntó al encargado—. Vendré a recogerlos mañana por la mañana.

—De acuerdo —asintió el hombre con una sonrisa amable—. Puede aparcarlos aquí cuando guste.

—Gracias, muy amable —sonrió ella a su vez.

Se encaminó a la esquina, donde subió a un tranvía. Diez manzanas más allá descendió del vehículo delante del Dixie. Sólo eran las ocho y media, por lo que se dedicó a vagar tranquilamente, estudiando los artículos expuestos en los escaparates de las tiendas de la calle.

«Algún día —meditaba Krassy—, iré a los Grandes Almacenes Saks y adquiriré todo lo que me plazca, sin que nadie haya tenido que darme el dinero por adelantado. Tendré toda la pasta que necesite».

Se detuvo delante de una tienda de confección para señoras y estudió detenidamente los vestidos colocados en el escaparate.

«Sabré perfectamente lo que desee comprar... y cómo comprarlo», concluyó reflexivamente.

A las nueve llegó César Manola al volante de un Pontiac 1932. Era un antiguo sedán, cubierto, de un solo compartimento, que llevaba ya una larga campaña; pero en la actualidad tenía la parte trasera cortada y estrecha, convirtiendo el vehículo en una camioneta. César se servía del coche para cargar resmas de papel y otros materiales del negocio. Vio a Krassy esperando debajo del anuncio luminoso, donde se alternaban las palabras «Dixie» y «Cerveza».

—¿Lleva mucho tiempo esperando? —preguntó, tras bajar del coche.

—No —mintió ella—. Acabo justamente de llegar.

Entraron en el local y se dirigieron a un salón mal iluminado donde se respiraba un fuerte olor a cerveza. Un largo mostrador corría de un extremo a otro, lleno de hombres y mujeres encaramados en taburetes altos. Detrás del mostrador se veía un espejo muy estrecho y deslucido, con varias estanterías delante, atestadas de botellas y frascos alineados casi militarmente. Una bombilla de color naranja prestaba la suficiente claridad para que los encargados del mostrador pudiesen servir a los clientes, pero impedía que éstos leyesen con facilidad las etiquetas de las botellas.

César, seguido de Krassy, atravesó el centro de la sala, por entre varias mesitas que, muy apretujadas, ocupaban parte del establecimiento y, abriéndose paso, empezó a examinar uno a uno una especie de palcos pegados a la pared. Cuando halló uno vacío entró, cediendo el paso a Krassy, y se acomodó a su lado. Una camarera de aspecto fatigado pasó un paño húmedo por encima del velador y aguardó pacientemente el pedido.

—¿Qué desea tomar, Krassy? —preguntó César.

—Coca-Cola con *whisky*.

En otras ocasiones similares, la muchacha había tomado siempre una Coca-Cola con un poco de *whisky*. No le gustaba, pero era la única bebida elegante que conocía.

—Dirá un *Cuba Libre*, señorita —la corrigió la camarera.

Krassy, que ignoraba aquella denominación, asintió con el gesto.

César Manola pidió un doble de anís, y agua corriente. Cuando Krassy tuvo el vaso delante probó la bebida y comentó:

—Al fin y al cabo, se trata solamente de Coca-Cola con *whisky* y una rajita de limón.

—¿No se lo bebe? —preguntó César, sorprendido.

—Oh, sí, naturalmente —accedió ella, sin entrar en más explicaciones.

A las once, César se hallaba visiblemente embriagado. Krassy había tomado ya dos *Cubas libres*, y había volcado otros dos sobre la mesa; a pesar de ello, empezaba a notar el efecto del licor.

«Estoy serena —pensó—, pero me resulta difícil articular con claridad».

Observó que César había puesto una mano sobre sus rodillas. No la movía ni la presionaba; sencillamente, la tenía allí... como al acecho. Krassy, por un breve

instante, pegó su pierna a la de él, y la apartó de nuevo. Por debajo de la mesa, la mano de César entró en acción y subió desde la pierna hasta la cintura de la muchacha.

—Eres muy bonita, Krassy —exclamó, tuteándola de pronto.

—También tú me gustas, César —repuso ella, imitándole—, pero... —le falló la voz.

—¿Pero...?

—Te enfadarás si te lo digo.

—No, no me enfadaré —prometió él con seriedad.

—Pues... sigo sin comprender por qué no concede la revista un premio en metálico a la ganadora del concurso —le desafió Krassy.

—Si tú ganaras quizá concedería un premio.

—¡Oh, César! ¿De veras?

—Es posible. Depende de tu comportamiento conmigo.

—Por favor, César, no hables así —balbució ella, conteniendo la respiración—. Es como... como si intentaras comprarme.

—Quizá... y no bromeo —replicó César con gravedad—. Krassy, creo que es la única forma de... obtener algo de ti. Estoy casi arruinado, a punto de quebrar.

Calló y apuró el contenido de su vaso de un sorbo antes de proseguir:

—Si... si quisieras ser buena conmigo... mejor aún, mi amiga... haría cualquier cosa por complacerte.

Le apretó el brazo izquierdo, con el que rodeaba la cintura de la joven, con más fuerza.

—¿A cuánto crees que deberla ascender el importe del premio —jadeó César—, si tú ganases?

Krassy no se había movido, y su acompañante se animó hasta acariciarle el cuerpo con los dedos.

—¡Cien dólares! —respondió ella rápidamente.

César retiró la mano como si le hubiera picado una avispa, y ensimismado pidió otra bebida.

Al salir del local, César condujo a Krassy directamente a su domicilio, deteniéndose en la esquina de la manzana. Cuando la joven se apeó del vehículo, César la miró, refunfuñando:

—Haré cuanto esté en mi mano respecto al premio.

Krassy estaba bellísima, iluminada por la suave luz del farol. Volvió el rostro hacia su acompañante y respondió con gran serenidad:

—Eres muy amable, César, y estoy segura que no tendrás que arrepentirte.

Al día siguiente, César llevó el viejo Pontiac al solar de «Coche Usados del Honrado Luke». Luke era un tipo astuto y entrometido, con la dentadura

protuberante. Salió de un barracón de madera que le servía de oficina. Gran cantidad de vehículos abollados, algunos identificables como Oaklands 1928, Fords modelo A y un bello surtido de Chevrolets hasta el modelo de 1935, se hallaban en el solar como si estuviesen avergonzados, cansados y aburridos. El orgullo del negocio lo constituía un Buick 1940, expuesto cerca de la calle, resplandeciendo orgullosamente encima de una plataforma de madera. Luke intentaba venderlo de día, y por la noche lo usaba para sus actividades personales. Luke fue al encuentro de César Manola como continuando una conversación iniciada tiempo atrás.

—¡Diablos, Manola, lo he reflexionado profundamente y no puedo ofrecerle más!

—De acuerdo, Luke, aceptaré los setenta y cinco dólares.

—En la actualidad —continuó Luke, como si no hubiese oído al otro—, no hay demanda de coches usados. En el mercado sólo son una preocupación. Y 1938 fue muy malo. En fin, no logro vender ni uno solo de los coches que tengo aquí.

César experimentó un vuelco en el estómago, temiendo que Luke se negara a entregarle lo estipulado.

—La semana anterior me ofreció usted setenta y cinco dólares...

—Ciertamente, ya sé que, debido al estado de su esposa, necesita ese dinero.

—Oh, sí —afirmó César, más animado.

—Por lo tanto, a pesar de todos los inconvenientes, me lo quedaré... a fin de ayudarle —Luke examinó compungidamente sus uñas poco limpias—. ¿Cómo sigue su mujer?

—Lo mismo.

—Todos los médicos son exclusivamente unos vividores —comentó Luke—, que se hacen pasar por unas almas buenas con bata blanca. Pero no se mueven si antes no se les unta con muy buenos dólares... ¡Es la pura verdad!

—Algunos no son tan malos...

—Le aseguraron que la operación del pulmón daría un resultado magnífico, ¿verdad?

—Eso me dijeron —confirmó César sin comprometerse.

—Bien, acompáñeme a la oficina y le daré el dinero —manifestó Luke yendo hacia el barracón de madera. No obstante, antes de entrar, añadió—: No se olvide de traerme el contrato de transferencia y la documentación del coche.

César Manola salió fuera del Pontiac y, sin responder, siguió a Luke hasta la oficina.

Poco después, regresó a pie a la redacción de la revista.

El 29 de marzo, dos días antes de anunciarse por la prensa el nombre de la ganadora del concurso, Mike se confabuló con Krassy para que ésta acudiera a la redacción de la *Stockyard Weekly News* para notificarle oficialmente que había ganado en la competición. Cuando la joven llegó a la oficina, Mike la recibió en la puerta. César estaba sentado ante su escritorio.

—¿Es usted Mike Manola? —preguntó Krassy.

—Sí, señorita. Creo recordar su cara... —le guiñó un ojo, indicando con el gesto a su padre al fondo.

—Me llamo Krassy Almauniski —repuso ella—, y he recibido una tarjeta en la que se me manifiesta que ustedes desean hablar conmigo.

—Oh, sí... —asintió Mike—. Deseo ser el primero en felicitarla. Usted ha ganado el primer premio del Concurso de Belleza de la *Weekly News*.

El joven se volvió hacia su padre y con grave expresión, dijo:

—Ha llegado la señorita Krassy Almauniski; ganadora de nuestro concurso.

—Encantado, señorita Almauniski —saludó ceremoniosamente César—. La felicito de corazón. Además, debo añadir una agradable noticia para usted... La revista ofrece un premio de cien dólares en efectivo.

Mike abrió la boca, estupefacto. Luego, miró a su padre hondamente sorprendido.

—¿Cien dólares? —repitió, sin dar crédito a sus oídos.

—Sí —afirmó el padre—, se trata de un buen acto de propaganda —el pobre César no se atrevió a mirar a su hijo.

—Muchas gracias, señor Manola —tartamudeó Krassy, muy excitada y con el corazón acelerado—. No sé cómo expresarle...

Mike, ya repuesto de la sorpresa, se volvió hacia Krassy, dispuesto a ir directamente al grano.

—Señorita Almauniski, mañana le haremos una fotografía y esta tarde, si pasa usted por las tiendas que han apadrinado este concurso, recibirá sus premios. Necesitamos su foto para mañana, a fin de poder publicarla en nuestra próxima edición.

Krassy salió triunfalmente de la oficina de la revista.

«Cien dólares —pensaba—, cien dólares... Vestidos nuevos. Pronto me iré de aquí... ¡No volveré a ver jamás esos apestosos mataderos!».

Apretó el paso en dirección a los Almacenes de Confecciones Solomon, donde examinó con minuciosidad diversos vestidos de 2,98 a 14,98 dólares cada uno, y atuendos completos de señora desde 12,50 a 27,50 dólares. David Solomon la miró con enojo cuando explicó el motivo de su visita.

—Seguramente la señorita deseará una bata de casa elegante...

—No, deseo un vestido de calle, con todos los accesorios.

—¿Se imagina que voy a regalarle, por las buenas, mi mejor vestido a medida de 27,50 dólares, que sería ya una verdadera ganga aunque pidiese el doble?

—Sí, señor —asintió Krassy categóricamente.

Solomon no se dejó convencer por aquella respuesta. Ya estaba acostumbrado a sus parroquianas. Pero una hora y media más tarde, Krassy salió de la tienda con un vestido completo, negro, nuevo. La única concesión ante la resistencia de Solomon consistió en que ella abonaría de su bolsillo las necesarias reformas.

En la tienda de Edna Mae escogió un sombrero con medio velo. El precio señalaba 2,65 dólares, pero lo eligió creyendo que ponía en su semblante unos años

más. Edna Mae, vendedora amable y amistosa, influyó con sus palabras y buenos consejos, alabando su vulgar mercancía. Krassy se quedó finalmente con un abrigo de 17,50 dólares —el más caro entre los expuestos—, de color *beige*, ribeteado de negro en torno a los bolsillos.

Sin demorarse, Krassy escogió una maleta imitación cuero, que contenía un peine y cepillo imitación marfil, tres frasquitos de perfume y una cajita redonda de celuloide para los polvos, escogido todo en Objetos de Cuero, Browser y Compañía. Ataviada con el abrigo y el sombrero nuevos, y con el vestido completo sin estrenar dentro de la maleta, se presentó en las oficinas de la Red-Top Taxi Company donde le entregaron los cupones del abono. Usando el teléfono de la compañía, ordenó que le llevaran a su casa el lote de botellas de la Deep Well Brewing Company.

Entonces, se dirigió al Salón de Belleza *Glamour* para que le hicieran la permanente y la manicura. Eran ya más de las seis cuando estuvo lista, con los cabellos ondulados, y se fue corriendo a su casa.

Subió los peldaños lentamente y abrió la puerta. Antón la riñó furiosamente desde el otro extremo de la salita.

—¿No podías llegar antes, mocosa?

Él y María se hallaban sentados, con un cajón de botellas de cerveza en medio. El cajón se hallaba casi vacío y las botellas consumidas se hallaban esparcidas por doquier. Antón estaba sin camisa, reluciendo su enorme pecho y sus brazos a la luz de una bombilla colgada de un cordón en el centro del techo. Se había aflojado el cinturón y tenía desabrochado el pantalón.

María estaba sentada en el sofá, con ojos inexpresivos tras sus entornados párpados. Iba ligeramente vestida con una delgada bata de algodón, que tapaba en parte su voluminosa corpulencia.

—He ganado el premio —anunció Krassy—, y he ido a recoger los objetos del lote ofrecido.

—No has ganado ningún premio —gruñó Antón—. ¡Estás mintiendo!

—Se ha acostado con un tipo —barbotó María.

—¡Calla, indecente! —gritó Krassy—. ¿Y tú, qué? ¡Ni siquiera estás casada con papá!

María lanzó un alarido y de un salto se puso de pie con los brazos extendidos. Krassy asió una botella de cerveza vacía que tenía al lado y aguardó la acometida de la otra. Mientras tanto, Antón cogió inesperadamente a María, le pegó fuertemente en un costado y la envió contra la pared. La mujer resbaló lentamente hasta el suelo, donde quedó tendida. Antón, arrastrando los pies, se dirigió hacia su hija.

—¡Si has estado con un hombre te mataré!

Krassy huyó hacia su dormitorio. Antón, zigzagueando debido a su borrachera, se sentó al lado de la mesa de roble de la salita, descansando la cabeza entre las manos y murmurando con voz ahogada:

—¡Que se vaya todo al infierno!

Al día siguiente por la tarde, Krassy no asistió a la Escuela Superior. Aprovechando la oportunidad de que Antón y María habían salido, volvió a casa al mediodía, se vistió con sus prendas nuevas y empaquetó sus escasas pertenencias, y metió todo dentro de la maleta. Con los zapatos de tacón alto, se encaminó a la tienda más cercana, y, por teléfono, llamó a un taxi de la Red-Top. Camino de la redacción de la revista pasó por el salón de belleza y pidió permiso para dejar allí la maleta. Luego, fue hacia las oficinas de la *Weekly News*.

César se hallaba sentado ante el escritorio, completamente solo.

—Diantres, Krassy, estás encantadora —exclamó al verla.

Krassy, sin moverse, dio lentamente media vuelta en redondo, para que él pudiera contemplarla a su gusto.

—¿Qué tal?

—Tienes un aspecto muy seductor.

—¿Dónde está Mike? Dijo que deseaba hacerme una foto para la revista.

César se echó a reír.

—Le he enviado al Loop con un pretexto. Le he dicho también que ya me encargaré yo de sacarte la foto —añadió, sofocando la risa—: Le he enviado a un sitio del que no regresará en todo el día.

—¿No?

—No, hoy es el día que destino a la entrega de los cien dólares.

Se levantó y cogió una máquina fotográfica.

—Salgamos fuera. Voy a retratarte.

Krassy siguió a César y ambos salieron a la acera. Con los ojos deslumbrados por el sol de frente, César colocó a la joven delante de la puerta, y disparó varias veces la cámara. Luego, cogiéndola del brazo la llevó otra vez adentro. Dejó la máquina sobre la mesa y cogió un sobre.

—Aquí están los cien dólares —dijo.

Krassy cogió el sobre, esquivando la mirada del hombre y se lo metió en el bolso.

—Gracias, César... muchísimas gracias.

—Y ahora... subamos.

—¿Subir?

—Sí, arriba hay una habitación —explicó César—. A veces, trabajo la mayor parte de la noche y entonces me echo un rato arriba. Sube, Krassy...

La cogió de la mano y la obligó gentilmente a seguirle al fondo de la sala. Krassy obedeció sin resistirse. Lo siguió por detrás del tabique de madera donde se hallaba la prensa. Una portezuela llevaba a un tramo de escalera empinada, con peldaños de madera, que desembocaba en un corredor bastante mal alumbrado del piso superior.

Mientras subían, la joven reflexionaba:

«No, no es posible... No es posible... No creí que llegara a darme los cien dólares... ¡No quiero en modo alguno llegar a ser suya!».

Se detuvo en el corredor oscuro, mientras César abría la puerta de una habitación.

«No seas tonta... —susurró una voz al oído de la joven—. Lo estabas esperando... Lo habías meditado bien... Sabías que el asunto terminaría de esta manera... Has aceptado el dinero y tienes que cumplir tu parte del compromiso. ¡Después serás libre, Krassy! ¡Estarás libre de María y de tu padre, de César y de Mike, del matadero... de Hempstead... y...!».

—Aquí es —indicó César, haciéndose a un lado para cederle el paso.

Krassy se encontró dentro de una habitación muy reducida, donde había un catre de campaña tapado con una manta color caqui. Cerca del camastro se encontraba una silla vetusta... que en tiempos estuvo pintada de rojo. Un espejo, que distorsionaba las imágenes reflejadas, con un marco de madera maciza, colgaba del muro. César cruzó las baldosas desnudas, dirigiéndose hacia las cortinas color marrón, bastante deshilachadas, de la ventana, y las corrió.

Luego, se volvió hacia Krassy y la abrazó.

—Siéntate en la cama... a mi lado —murmuró, y la joven obedeció mecánicamente.

Quedamente, se quitó el sombrero nuevo. César la besuqueó en los labios, y con el peso de todo su cuerpo la obligó a tenderse suavemente en el catre. Tumbado al lado de la muchacha, aplicó sus labios debajo de la oreja de ella.

—Oye, Krassy —balbució—, óyeme un instante. Quédate conmigo. Sí, a mi lado, siempre. No me abandones. Te quiero, Krassy... Haré cuanto sea preciso para hacerte feliz. Todavía soy joven. Por primera vez desde hace años... tengo esperanzas y ambiciones. Abandonaremos este barrio... Huiremos de aquí... a alguna parte, los dos juntos. Puedo obtener una colocación. Tú... —preguntó, tras una breve pausa—, tú me quieres un poco, ¿verdad?

Krassy volvió la cabeza sobre la almohada indicando que sí.

«Madre mía —rezó en voz baja—, haz que se calle... que no se mueva. Que acabe pronto con...».

—Dame un beso, Krassy —exigió César.

A Krassy le parecía que los muros de la habitación giraban lentamente, mientras el techo ascendía también, como huyendo de ella... hasta quedar la joven del tamaño de una figura vista por unos prismáticos al revés. Después, el mismo techo lo ocultó todo, incluso los hombros y la cabeza de César.

Entonces, el cerebro de Krassy empezó a funcionar de modo vacuo, como nublado por una bruma espesa, sin ver ni oír nada. Se hallaba en un espacio vacío, torturada hasta lo infinito.

De repente, observó que el cuerpo de César se apartaba de golpe, y esto la devolvió a la realidad. Escuchó un chillido agudo. Aterrada, se incorporó del camastro y vio a Mike de pie, propinándole fuertes puntapiés a su padre, que se hallaba ya tendido en el suelo.

—¡Canalla! ¡Sinvergüenza! —gritaba Mike con voz aguda, en tanto las lágrimas resbalaban ardientes por sus mejillas—. ¡Hacer esto con esta muchacha... que era mi

novia...!

No pudo continuar porque los sollozos ahogaron su voz.

César cogió un pie de su hijo, y retorciéndolo con rapidez, lo lanzó contra el camastro, donde quedó tumbado casi encima de Krassy. César se puso de pie, mientras Mike le propinaba salvajemente una serie de puñetazos a cuál más potente. Hasta que su padre le pegó un derechazo formidable que lo envió al otro lado de la habitación. Le había alcanzado justamente en la nariz.

Krassy oyó el crujido de los huesos, un ruido semejante a cuando se pisotea una caja de cerillas.

Mike cayó al suelo, sangrándole la nariz y la boca a borbotones. De pronto, dejó de gritar. César se arrodilló junto a su hijo y trató de cortarle la hemorragia. Krassy, calladamente, abandonó el cuarto sin ser observada.

Ya en el cuartito de la prensa, insensible, como una sonámbula, cogió el bolso y se encaminó al Salón de Belleza *Glamour*. Recogió la maleta, subió a un taxi Red-Top y abandonó el distrito. Krassy no volvió nunca más a la zona de los corrales y los mataderos.

Un mes más tarde falleció la esposa de César Manola. Dos horas después de la defunción, César se suicidó. Por prohibirlo la iglesia, no pudo ser enterrado junto a su mujer.

Una semana después de estos sucesos, Mike Manola regresó a Chicago para hacerse cargo de la revista *Stockyard Weekly News*.

Primera Parte

DANNY

Después de hablar con Manola, regresé al Loop, decidido a no pensar más en Krassy Almauniski. Al fin y al cabo, hacía ya diez años que todo el mundo había perdido su pista. Probablemente habría abandonado la ciudad, se habría casado y quizás hubiese fallecido.

Por otro lado, ¿qué diablos me importaba aquel asunto? Eso me imaginaba, por lo menos. Pasé el día entero en la oficina redactando cartas, visité a varios clientes habituales que no pagaban e intenté cobrar una serie de facturas, yendo de un lado a otro. El tiempo sobrante lo empleé visitando posibles nuevos clientes para convencerlos de que utilizasen los servicios de la Agencia de Cobros Clarence Moon para hacer efectivas sus facturas de difícil cobro. De este modo conseguí nuevas operaciones, por lo que el negocio empezó a ofrecerme unas perspectivas más agradables. Aquel día no descansé ni un momento.

Pero por la noche todo fue distinto. Tras un par de horas de estar en cama, me desperté sin poder reanudar el sueño. Traté de ahuyentar todos los pensamientos de mi cerebro, usando una especie de goma de borrar mental. Mas no lo logré. Poco a poco volví a pensar en Krassy. Primero, veía su rostro, de modo impreciso y borroso; luego, empezó a perfilarse más concretamente, cada vez más hermosa, hasta que imaginariamente la contemplé sentada en mi dormitorio.

Recuerdo las ingeniosidades que acerté a pensar en aquellos instantes, manteniendo una conversación como un locutor de radio. La joven, por su parte, reía mis agudezas. Yo me consideré un gran personaje digno de atención.

Pero todo esto no sirvió de gran cosa. En lo más íntimo de mi ser seguía preguntándome: «¿Dónde estará?». Debía hallarse en cualquier lugar del mundo, del continente, del país, de la región o la comarca, o de la ciudad. ¿Y si todavía habitase en Chicago? Bien, en aquel perímetro vivían más de cinco millones de personas, y en algún lugar de este hacinamiento humano se hallaría Krassy. Al cabo de diez años, la muchacha debía de tener casi veintisiete. Y no sabía nada más.

Ciertamente yo había efectuado muchas indagaciones sobre la vida privada de diversos seres humanos en el curso de mi profesión. Las suficientes para convencerme de que la mayor parte de la gente sigue unas normas determinadas en el transcurso de su existencia. Invariablemente siguen tales normas, aunque al final sean su perdición. Por tanto, coloqué bien la almohada a fin de poder apoyar la espalda, encendí un cigarrillo y me quedé en la oscuridad, tratando de imaginar qué podía haber hecho Krassy después de abandonar el distrito de los mataderos. Entonces contaría diecisiete años, tema una maleta nueva, un vestido recién estrenado, un

abrigo nuevo, sombrero... y cien dólares. Con eso, habría podido pasar cierto tiempo dándose la gran vida... en alguna parte. Pero, ¿dónde?

Con los cien dólares, Krassy debió creerse rica, ya que seguramente jamás habría poseído una cantidad semejante. Pero acostumbrada a vivir siempre sin dinero, sólo podía haber obrado de dos maneras: o gastarlo todo en muy poco tiempo, o lograr que durase... viviendo mezquinamente. En su retrato había algunos rasgos que podían hacerme pensar que había adoptado la segunda posibilidad. Por lo tanto, no se habría largado a Nueva York o Los Angeles, o a cualquier otro sitio semejante. Probablemente, se habría quedado en Chicago... al menos, por algún tiempo.

Pero cien dólares no iban a durarle mucho. Por tanto, debió buscar un empleo. ¿En qué? ¿Dónde? Yo sabía que no tenía oficio ni profesión determinados. Irremisiblemente, por tanto, tuvo que buscar una colocación como dependienta o camarera de mesas en algún bar. Recordé entonces que era muy hermosa, y que debía de saberlo. Al menos, de un modo u otro. De esta forma, ¿por qué no habría intentado ganarse el sustento con su belleza? ¿Trabajaría en algún salón de espectáculos? Sin duda era ésta la respuesta.

De repente, me sentí entusiasmado con mis deducciones, que me habían ya conducido tan lejos. No obstante, a medida que iba meditando, menos deseos sentía de abandonar el asunto, sin investigar más. Chicago no era, ni con mucho, la ciudad más indicada para tal clase de espectáculos. En Chicago se iniciaban muy pocas revistas. La mayoría procedían de Nueva York. Krassy debía de haber efectuado su aprendizaje en alguno de los *night clubs* o los grandes hoteles; mas para esto era preciso saber cantar y bailar. Ignoraba si Krassy se hallaba en situación de ejecutar alguna de tales habilidades; además, me acordaba de aquel hormiguero donde ella había vivido toda su vida y...

Dudaba que tuviera dinero bastante para seguir un cursillo de danza o canto. Antes de abandonar definitivamente esta idea, decidí ir a ver a mi amigo Abe Johnston. En el negocio de los cobros, aunque no se gane demasiado, se traban muy buenas relaciones. Abe era un antiguo revendedor de entradas teatrales, con veinticinco años en el oficio, a quien una vez intenté cobrarle una factura. Esto resultó imposible. Sin embargo, nos hicimos amigos. Supuse que Abe conocería a Krassy al ver su retrato.

Abe tenía su oficina en el edificio Woods, y allí fui a visitarle. Era un tipo cuadrado, regordete, que siempre vestía de gris. Aquel día lucía un traje gris perla, corbata gris pintada a mano y zapatos de gamuza gris. De rostro rojizo y radiante, tenía una mata de cabellos grises, muy lisos, y fumaba unos cigarros muy gruesos, muy largos y muy negros.

—Encantado de verte, Danny —me saludó—. Coge una silla y relaja tus músculos.

—Bien, Abe, ¿qué tal el negocio?

—Siempre que intervengo yo —se encogió de hombros—, el negocio es bueno y

se venden las entradas. Cuando no hay juego, no se vende nada. Y como los casinos están muy vigilados, nadie obtiene beneficios; incluso con mis entradas, que me dejan un diez por ciento... los beneficios ascienden a cero.

—Lo cual será muy desagradable.

—No te preocupes, chico —replicó Abe—, hace años que el negocio es el mismo.

—Bien, desearía pedirte un favor. ¿Has visto alguna vez a esta chica?

Saqué el retrato de Krassy y se lo entregué.

Abe lo examinó detenidamente y lanzó un silbido admirativo.

—¡Vaya bocado!

—De acuerdo —asentí.

—¿Cómo se llama?

—Krassy Almauniski, pero puede haber cambiado de nombre.

—Dios mío, con un nombre tan raro tendría motivos más que suficientes para cambiárselo —comentó Abe, añadiendo—: ¿Actúa en algún teatro?

—Lo ignoro. Sin embargo, tengo el presentimiento de que es así.

—No conozco a ninguna muchacha con este nombre —me aseguró Abe devolviéndome la foto—, ni recuerdo haberla visto en mi vida.

Lo cual no significaba que la joven se hubiese ido de la ciudad, aunque si Abe no la recordaba... era seguro que no había actuado en ningún teatro ni otra clase de espectáculos. Metí el retrato en el bolsillo de la chaqueta.

—Abe —le pregunté—, si tú fueras una muñeca con un rostro tan perfecto, sin oficio ni beneficio... y tuvieses que ganarte el sustento... ¿qué harías?

—Saldría al escenario en alguna revista —repuso Abe inmediatamente.

Escupió la colilla del cigarro dentro de una escupidera de latón pulimentado colocada al lado del escritorio.

—Tal vez sería modelo —continuó—. Hay una infinidad de damitas sin talento, pero con un bello físico, que ganan mucho dinero dejándose retratar. Tal vez me dedicase a ese oficio.

No había pensado que Krassy pudiera ser una modelo, pero a pesar de querer rechazar esta idea, a cada instante la encontraba más plausible. Le di las gracias a Abe y salí de su oficina.

Ante todo debía realizar varias gestiones. Fui a consultar la guía telefónica, revisando todos los listines del viejo Chicago y sus suburbios. Krassy no figuraba en ninguno. Luego, estuve en las compañías de gas y electricidad. Un empleado me aseguró en ambas que la joven no había estado nunca abonada en ellas. La dirección de la antigua ficha de Clarence Moon era la de la casa donde ella vivía, mas era evidente que el viejo Moon había mantenido algún contacto con ella en otro sitio. ¿Dónde? Lo ignoraba.

En la ficha no se especificaba dónde había adquirido ella los objetos. Maldije a Moon por su indolencia.

Finalmente, fui a la oficina de Créditos al Detalle, y como se trataba asimismo de

una empresa de cobros, me ayudaron en todo cuanto les fue posible, que en realidad fue nada. No tenían ninguna ficha ni anotación a nombre de Krassy Almauniski.

De repente, lo intuí todo. Debía ser verdad lo del cambio de nombre. Krassy había dado otro. Pero, ¿cuál?

Desconocía su nuevo nombre, aunque me habría jugado todos mis ahorros a que sus iniciales seguían siendo las mismas: «K.A.» Por algún motivo desconocido, la mayor parte de la gente conserva las mismas iniciales al cambiar de nombre. Tal vez de ese modo les resulte más fácil acordarse del nuevo nombre, o les ocurra lo mismo que al chiquillo a quien regalaron un bumerang por Navidad. Le costó mucho desprenderse del viejo arrojándolo lejos de sí, ya que siempre volvía a sus manos.

Buscar una joven con las iniciales «K.A.» no era empresa fácil, pero yo podía partir de una base. Al menos, estaba seguro de que con su verdadero nombre no daría con ella.

Y actué de esta forma: en el año 1940, Krassy tenía diecisiete años; era rubia y bonita, sus iniciales eran K.A. y yo poseía su foto. Con estos indicios y la ficha de Moon, di principio a mis indagaciones, buscando en todas las casas de modas de Chicago. Comparando las listas modernas con las de diez años atrás, las visitas se redujeron a unas veinticinco.

Las primeras diecisiete fueron desalentadoras. Anduve por muchas calles, subí escaleras y utilicé ascensores. Casi todas las empleadas de las oficinas llevaban sólo uno o dos años colocadas en la empresa. Examinar las fichas de sus modelos, de diez años, sólo con las iniciales «K.A.», no prometía mucho.

Pero de ahí no era posible sacar la conclusión de que Krassy no había trabajado jamás como modelo fotográfica en Chicago o en otra ciudad de alguna importancia. Nadie la identificó, lo cual no habría sucedido de haber salido en las portadas de las revistas o diarios de la época.

No obstante, en la visita decimoctava tuve más suerte. Se trataba de la Escuela y Oficina de Modelos de una tal Mónica Morton. Era una dama de mediana edad, con aspecto distinguido; una figura adecuada a su profesión y con una cabellera plateada. Me dijo que años atrás había sido modelo de la empresa Cono ver. Entré en el despacho situado al lado del vestíbulo, escogí un par de manzanas de buen aspecto y se las regalé. Al final me llamó Danny y fue a consultar sus ficheros.

Volvió con dos fotos y una ficha.

—¿No la perjudicaré facilitándole esta información? —quiso asegurarse.

—No, señorita Morton —reliqué—, le hará usted un favor.

Repetí la misma historia con respecto al reembolso de su póliza de seguros.

Me enseñó las fotos y la ficha. Sí, era Krassy. Pero en la ficha constaba como nombre el de «Katherine Andrews». Edad, veinte años; 1,70 de estatura, 88 centímetros de busto, 70 de cintura, 83 de caderas; cabello rubio y ojos grises; las señas eran: Hannibal, Missouri; y la dirección de Chicago era la calle East Banks. Krassy, por tanto, se había escondido en la ciudad.

Contemplé la foto y me quedé boquiabierto. Su atractivo rostro y sus ojos serenos me estaban mirando nuevamente. Había cambiado su peinado de abundantes trenzas por otro largo, de un dorado brillante, que le llegaba a los hombros. Sus labios sonreían orgullosa y quedamente, con aquella sonrisa que conocía ya tan bien.

—Pagaré lo que sea por estas fotos —le ofrecí a la señorita Morton.

—Puede quedarse una, Danny, tengo otra copia. Siempre tomamos fotos de nuestras discípulas y las guardamos en el fichero.

—¿Cuándo vio usted a Kras... a Katherine por última vez?

—Hace algunos años... —repuso Mónica Morton—. Creo que no ha vuelto desde que finalizó el cursillo.

—Usted le dio lecciones, ¿verdad?

—Oh, sí —asintió ella, echando una ojeada a unos pequeños símbolos grabados a un lado de la foto—. Siguió el cursillo más caro de modelo. Entonces costaba doscientos cincuenta dólares; actualmente, cuesta casi el doble.

—¿En qué consiste el curso? —indagué—. ¿Enseña a andar?

Mónica Morton me sonrió amablemente.

—Para ser modelo de éxito hay que saber algo más que andar.

Y acto seguido, me endilgó una retahíla bien aprendida.

La escuché, y cuando concluyó estaba enterado de que Krassy había estudiado maquillaje profesional, estilización del cabello, modulación de la voz, dicción y modo de vestirse con gracia, etiqueta social y profesional, inglés puro; movimiento de manos y pies, modo de andar y sentarse y, según intuí, gesticulación teatral.

—¿Era lista? —pregunté.

—Según mis recuerdos, fue una discípula excelente. Era una muchacha preciosa, maravillosa en las fotos. No cabe otro superlativo. Era muy seria y aplicada. A todas nos sorprendió que, después de acabar el cursillo con muy buenas calificaciones, no siguiera en la profesión.

—¿Quiere decir que no trabajó nunca de modelo?

—Exactamente —afirmó la señorita Morton—. Después de diplomarse la perdimos de vista. Siguió el curso de seis meses durante diez horas semanales. Una vez terminado, desapareció sin dejar rastro. Escribimos varias veces a su dirección de la calle East Banks, por si alguna vez necesitábamos una modelo, pero nos devolvieron las cartas. Supongo que se marcharía de Chicago.

Cuando me separé de Mónica Morton, con la nueva foto de Krassy en el bolsillo, cogí un autobús en el paseo Michigan hasta la calle East Banks. Era una callejuela corta y estrecha, situada en la parte de Near North. Sólo poseía algunas manzanas de casas que daban al lago. La mayor parte de tales manzanas se componían de edificios espaciosos y mansiones antiguas transformadas en inmuebles de apartamentos.

La casa donde había vivido Krassy estaba situada en una esquina. Era un edificio viejo, de piedra parda, de cuatro pisos, con una torrecita que sobresalía de la fachada y formaba un ático en el tejado. En lo alto de la torre campeaba un conjunto de

troneras, dándole el aspecto de un castillo medieval. El edificio debió costar mucha pasta en su época. He visto muchos edificios de Correos mucho menos imponentes que aquél.

Tras subir la escalera, agité una campanilla situada al lado de una puerta doble. Las puertas sobrepasaban dos veces mi altura, con un tragaluz de vidrio en la parte superior. El dibujo seguía el contorno del marco con unas gavillas de trigo y palomas en vuelo, entre otras cosas. Pero no permitían divisar nada al otro lado del cristal.

Una mujer de elevada estatura, con cara de caballo y pelo rubio teñido, que evidentemente necesitaba más tinte, abrió la puerta. Llevaba un vestido marrón y unas gafas con montura de concha y piedras rojas brillantes engastadas. Pregunté por la dueña y me contestó que la tenía delante.

Después de presentarme, le enseñé el retrato de Krassy, diciendo que buscaba a una tal señorita Katherine Andrews que el año 1940 vivía allí. La dueña del piso se llamaba Dukes y me rogó que pasara.

Me encontré en un vestíbulo inmenso, que parecía vacío. En él había un perchero, un paragüero y una vieja mesa labrada a mano, con un teléfono. El suelo era de madera de diversos colores, formando un dibujo de zigzag. En el centro de la estancia había una alfombrilla. La señorita Dukes me guió a la salita, que era otra pieza cómoda, casi tan amplia como el atrio de Notre-Dame, con muchos ventanales que llegaban desde el suelo al techo. La casa estaba amueblada con sofás de muelles, mesitas doradas, butacas tapizadas, al estilo de los años veinte, y una chimenea muy alegre, decorada con un mosaico de losetas rosadas... como un pastel de cumpleaños. Encima de la repisa de la chimenea había una foto ampliada de la señorita Dukes. Era un retrato magnífico. La señorita Dukes aparentaba unos quince años menos, diferencia de edad que le daba un aspecto muy cambiado.

Volví a repetir el inefable cuento de la póliza de seguros, y la mujer afirmó haber conocido a Katherine Andrews, la cual había vivido en el piso unos seis o siete meses en 1940.

—¿Dejó las nuevas señas? —pregunté.

—No, en absoluto.

—¿Sabe por qué se fue?

—Creo que sí —asintió ella. De repente, cambió de postura y continuó con tono enfurecido—: Probablemente se enteró de que iban a arrestar a su novio. Y le faltó valor para seguir su suerte.

Durante un minuto no pude hablar. De modo que Krassy estuvo prometida. Pero si Krassy se había enamorado de alguien, y le dio palabra de matrimonio, era imposible creer que lo hubiese abandonado. Máxime cuando el joven se hallaba en apuros.

—¿Con quién estaba prometida?

—Con un joven que también vivía aquí —repuso la señorita Dukes—. Un chico muy simpático llamado Larry Buckham. Era fotógrafo de prensa y trabajaba en el

Daily Register. Fue él quien hizo mi fotografía... la de la chimenea.

Me indicó la ampliación.

—¿Dónde trabajaba la señorita Andrews cuando vivió aquí?

—No trabajaba —replicó secamente mi interlocutora—. Tenía familia en Minneapolis y le enviaban dinero.

De nuevo, topaba con un muro. Krassy iba borrando todas las huellas. ¿Por qué?

—¿Qué le pasó a Buckham?

—Estuvo detenido un par de días; luego, la Policía lo soltó. Debido a eso, el pobre chico perdió su empleo en el periódico.

—¿No volvió a recoger su equipaje?

—¿Qué equipaje? La policía se lo llevó todo.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Lo ignoro —declaró la señorita Dukes.

Comprendí por la forma como apretó los labios, que no añadiría nada más a lo dicho. Tal vez no quería decir nada más, o ignoraba lo ocurrido. Me puse de pie y le di las gracias. No me acompañó hasta la puerta. Continuó sentada en el viejo sofá contemplando el retrato de la chimenea. Abandoné el piso.

Al día siguiente, fui a la redacción del *Daily Register*. El tiempo era abominable. Llovía, y siempre que un coche pasaba por las húmedas calles del Loop, me salpicaba con agua sucia mezclada con gasolina. Estaba sumamente deprimido y casi a punto de abandonar la búsqueda de Krassy. Quedaban muy pocas probabilidades de encontrarla. Pero un impulso desconocido me empujaba a indagar quién era Larry Buckham y qué le había sucedido.

«Después de informarme respecto a ese Larry —me dije— olvidaré todo el asunto. Krassy no significa nada para mí. Ni siquiera tiene noción de mi existencia».

El editor gráfico del *Register* era un individuo llamado Bob Berry. Tenía el pelo ralo, y los cabellos que le quedaban se los peinaba con raya en medio, de modo que le tapasen el cráneo. Aquel día había visitado al dentista, y hablaba con cierta dificultad porque le habían empastado los dientes en un puente. El dentista no había terminado el empaste, lo cual me hizo pensar en aquella canción: «Sólo me faltan para pasar feliz la Navidad los dos dientes de delante...». De modo que Berry silbaba al pronunciar la «s», y casi me escupía al pronunciar la «p». Resultaba que Berry había trabajado con Buckham en el *Register*, y ocupó su puesto cuando despidieron al joven, aun cuando no ascendió hasta mucho después a editor gráfico.

—Caramba, de eso hace ya tiempo —exclamó—. Me acuerdo bien de Buckham, aunque no de todos los detalles. Lo detuvieron por robo o estafa, pero solucionó el asunto con los perjudicados. Lo soltaron, mas la dirección del diario lo plantó en la calle. Por lo que recuerdo, la prensa no dijo nada.

—¿Por qué?

—Ante todo, creo que no le exigieron cuentas, y además, la suma carecía de importancia. Diablos, todos los días la gente roba cien dólares en cualquier parte de

esta ciudad. Buckham no era ningún personaje importante, por lo que la prensa no husmeó en el asunto. Aparte de que los periodistas no gustan de pregonar las malas acciones de los colegas.

—¿Qué hizo entonces Buckham?

—Lo ignoro. Supongo que se iría de la ciudad. Sé que le era imposible colocarse en otro periódico de Chicago.

—Por casualidad... ¿no conoció usted a su novia? Una tal Katherine Andrews...

—No —calló, buceando en sus recuerdos—. Probablemente, tendría una chica, sí. Recuerdo que Larry tenía un buen tipo. Ah, sí —exclamó de repente—, recuerdo que... Sí, tenía una novia que trabajaba como taquígrafa o secretaria... algo parecido.

—¿Cómo? —no logré articular nada más.

—Sí —continuó Berry, tratando de recordar—. Ahora me acuerdo claramente. La cosa fue así. Cuando la poli soltó a Larry, el muchacho se largó al instante. Bien, todos los fotógrafos de este diario tienen un escritorio —indicó dos filas de mesas—. Buckham ocupaba la que se halla junto al ventanal, en tanto que la mía era la última del fondo. Al entrar en el periódico, él ya formaba parte de la dirección. Naturalmente, no nos pasábamos todo el día en la mesa, pero decidí instalarme en su sitio. Hice limpieza general del escritorio y tiré muchas cosas. Pero había una agenda, rayada por la mitad verticalmente, como las que emplean las secretarías para anotar las cartas dictadas. Estaba llena de caracteres taquigráficos, y al final había unos esquemas cuadrados... y otras tonterías. Yo siempre iba a la caza de informaciones sensacionales y pensé que podía tratarse de algo importante. Con tal idea, hice que una de las taquígrafas del periódico descifrara aquellas anotaciones.

—¿Y bien...?

—No tenían importancia. Todo eran citas, como «Una hora valiosa consiste en sesenta minutos de oro...» y cosas por el estilo. La taquígrafa dijo que parecían ejercicios de principiante.

—¿Escritos por Buckham?

—No, era una escritura femenina.

—¿Qué significaban los esquemas?

—Tampoco valían nada. Eran unas líneas que formaban unos cuadrados, con diversas filigranas.

—¿Llevaba el nombre de la chica la agenda?

—Diantre, no me acuerdo —contestó Berry, impaciente.

Sonó el teléfono. Berry cogió el receptor y empezó a hablar muy de prisa. Aguardé hasta que colgó el aparato y me despedí de él.

—Gracias. Le invito a un trago.

—No, sólo bebo cuando estoy de vacaciones y los días festivos —denegó.

—Una última pregunta —añadí, antes de atravesar el portalón de vaivén de la oficina—. En la agenda no había más que ejercicios de taquigrafía, ¿no es cierto?

—Exactamente. Salvo unos trazos a pluma en la parte posterior... esquemas... tal

vez unos pasos de baile o algo por el estilo.

Salí del *Register* y seguí por la calle Randolph, bajo la lluvia. Era casi de noche y lloviznaba, aunque seguramente no tardaría en caer un chaparrón. El cielo gris parecía muy cerca, como si estuviera al alcance de la mano y con el dedo pudiera agujerearse. La calle Randolph resplandecía en medio de una neblina fluctuante de neón. Entré en un bar, tomé algo y traté de ordenar mis ideas.

A medianoche estaba en mi dormitorio, tendido en la cama y fumando un cigarrillo, tratando todavía de ordenar mis ideas. Krassy había seguido brillantemente un cursillo de modelo. Se había prometido a Buckham. No obstante, Buckham tenía relaciones con una secretaria. No podía imaginarme a un tipo prometido a Krassy y flirteando al mismo tiempo con otra muchacha. ¿Sería antes de conocer a Krassy? ¿Habría conseguido de esta forma la libreta llena de notas taquigráficas?

Pero, ¿por qué y con qué objeto guardaba una vieja agenda de taquigrafía en su escritorio durante seis o siete meses, que era el mismo tiempo aproximadamente que llevaba con Krassy antes de su detención?

Por otro lado, suponiendo que la agenda fuese de Krassy... En tal caso, era bastante importante para que Buckham la guardara en su escritorio. Posiblemente, por razones sentimentales.

Esto requería otra pregunta: ¿dónde aprendió Krassy taquigrafía? ¿En un curso de escuela de comercio o en una escuela de secretarías? No lo encontraba lógico... Al menos, no lo de la escuela de secretarías. Porque esto significaría que había asistido a dos cursos al mismo tiempo.

Interiormente estaba excitado. El pensamiento de hallar otra vez su pista me entusiasmaba. La idea de la tarea que me aguardaba al tratar de encontrar a qué escuela había asistido me horrorizaba. Perdería mucho tiempo. Un tiempo precioso... e infinito.

Además, podía equivocarme. En realidad, no estaba seguro de que las notas taquigráficas fuesen suyas. Aunque sí sabía que no viviría tranquilo hasta averiguarlo.

De este modo volví otra vez a ejecutar las diligencias rutinarias del caso. Revisé listines telefónicos, referencias crediticias, empresas de servicios públicos e incluso informes policíacos, buscando el nombre de Katherine Andrews. La tarea resultó mucho más dificultosa. Seguía la pista de varias Katherine Andrews, eliminándolas al convencerme de que ninguna de ellas era Krassy. Finalmente, me decidí por las escuelas de secretarías. Las había a centenares. No obstante, después de repasar los listines de la época, dejé sólo un cincuenta por ciento.

Todavía representaba una labor agotadora, por lo que me dediqué a extraer deducciones. Si Krassy habitaba en la calle East Banks y se trasladó a la pensión de Mónica Morton, situada en el Loop, era mucho más fácil que hubiera ingresado en una escuela localizada en la Near North, o en el centro de la urbe, en el perímetro del Loop. No era seguro, claro, pero era lo más probable.

Comprobando las direcciones, eliminé la mitad de aquel cincuenta por ciento de

escuelas. Todavía quedaban demasiadas, ya que habría necesitado varios meses para visitarlas todas. Lo cual significaba más eliminaciones antes de poner manos a la obra; no era arriesgado, porque si no la encontraba siempre podía empezar con las demás academias.

Pero si acertaba, me ahorraría mucho trabajo. Sabía que Krassy había huido de su casa con cien dólares, que le había pagado a Mónica Morton doscientos cincuenta por el curso de modelo, lo cual daba a entender que seguramente habría seguido el curso más económico para secretarias. No tenía la menor idea de dónde habría sacado el dinero para pagar los dos cursillos, pero podía arriesgar una teoría: la de que, de haber carecido Krassy de dinero, habría elegido otro sitio más barato.

Utilizando el teléfono y fingiendo que deseaba información para inscribirme en un curso, llamé a todas las academias que enseñaban mecanografía y taquigrafía, a precios módicos. Si en la actualidad eran las más económicas, también debían de serlo en el año 1940.

Naturalmente, es imposible precisar datos y detalles por teléfono, particularmente de diez años atrás. Empecé por concertar entrevistas con los directores de las diferentes academias, calculando el tiempo de que disponía. No era mucho, porque no podía abandonar la Agencia de Cobros Clarence Moon, y necesitaba buscar más clientes.

Pero como, por otro lado, no pensaba a todas horas más que en encontrar a Krassy, dediqué todos los minutos disponibles a seguir la pista.

Cinco o seis semanas después iba andando por la calle East Ohio, cuando consulté la lista de academias de secretarias que llevaba en el bolsillo. Efectuaba las visitas usuales de mi oficio, y si daba la casualidad de que, durante mi recorrido, había alguna academia cerca, entraba en la misma para realizar mis indagaciones. De este modo, iba borrando nombres de mi lista casi sin darme cuenta. Aquel día vi que muy cerca de allí había una escuela que ostentaba el nombre de Instituto de Negocios Goodbody, situada en la misma calle. Me dirigí a ella.

Había que subir dos tramos de peldaños para entrar en el Goodbody, situado en un edificio estrecho y flanqueado de un lado por una tienda de artículos de escritorio, y en el otro, por una floristería. En la planta baja había una ferretería; en el primer piso era evidente que vivían unos inquilinos porque, al pasar por delante de la puerta, llegó hasta mí el olorillo de una sopa bastante apetecible. El Instituto Goodbody se hallaba en el segundo rellano, en la parte delantera del edificio, al final de la escalera. Consistía en una sala amplia, espaciosa, llena de polvo, y una docena de mesitas, todas ellas con una desvencijada máquina de escribir. Había tres o cuatro chicas escribiendo a máquina, en tanto un anticuado fonógrafo dejaba oír una marcha militar. Las muchachas tecleaban siguiendo el ritmo musical. Detrás de la puerta, muy cerca de ella, me vi detenido por una barandilla de madera que dejaba un pequeño espacio separado del resto de la sala. Al otro lado de la barandilla había una señora de mediana edad, de cabellos grises y lustrosos, y un maquillaje excesivo que

hacía destacar las arrugas de su rostro, mientras se limaba las uñas. Le pregunté si podía ver al señor Goodbody y me contestó que ella era la señorita Goodbody. Añadió que nunca había habido, ni había, ni habría jamás un señor Goodbody.

Dejando la lima de las uñas, me obsequió con una amable sonrisa.

—Es una buena noticia —empecé—, ya que hoy tal vez tenga suerte.

—Lo siento —suspiró—, llega usted con treinta años de retraso. De todos modos, pase.

Entré y me acomodé, por indicación suya, cerca de una de las mesitas próximas. Le conté la historia de la póliza de seguros, le pregunté si conocía a una tal Katherine Andrews; todo ello de una manera rutinaria, puesto que hacía tantas visitas semejantes que las palabras surgían de mi boca casi sin darme cuenta.

—No —contestó—, no recuerdo a ninguna Katherine Andrews. No obstante, aguarde un momento.

Sacó una libreta negra y voluminosa, que indicaba 1940, donde constaban las alumnas de aquel año, y la consultó.

—No —dijo finalmente—, no hemos tenido ninguna alumna llamada Katherine Andrews. Hubo una que se llamaba Karen Allison, pero no es el nombre que usted busca.

—Bien, gracias —dije, levantándome y yendo hacia la puerta.

En aquella fracción de segundo, estudié el nombre que la mujer acababa de pronunciar. Katherine Andrews... Karen Allison. ¡La vieja costumbre de cambiar de nombre conservando las iniciales! Giré en redondo, me encaré de nuevo con la Goodbody y saqué del bolsillo el retrato de Krassy. Lo cogió y, de un solo vistazo, exclamó:

—Exacto, ésta es Karen Allison.

Volví a sentarme y observé que me temblaban las manos; para disimular, callé por espacio de un minuto. Encendí un cigarrillo y le ofrecí otro a la Goodbody, quien lo aceptó.

—¿Qué hizo al salir de aquí?

—Sé que se colocó no sé dónde, y nada más.

Chupó el cigarrillo y miró hacia el techo.

—Déjeme pensar —añadió—. Ya sabe que era una muchacha estupenda. Y muy buena chica. Naturalmente, no llegué a conocerla a fondo. Pagaba puntualmente, trabajaba mucho y no se metía en nada. ¡Y hay que ver qué hermosa era! Había individuos que la seguían hasta casi un kilómetro de distancia —pareció complacida por un motivo ignorado—. Pero nunca vi que se dejase acompañar.

—¿En qué empresa entró a trabajar?

—Estaba tratando de acordarme. Por favor, calma... En... Vaya, no me acuerdo, pero supongo que era en alguna agencia publicitaria del paseo Michigan.

—Dígame todo lo que recuerde —la apremié—, tal vez logre localizarla en alguna parte...

—Era una chica muy aplicada. Y prometía llegar a ser una secretaria perfecta. Ni lenta ni excesivamente rápida. Por lo que recuerdo, hacía cien palabras por minuto. Quería trabajar en una agencia de publicidad. Me sorprendería que no haya sido así.

La señorita Goodbody continuó fumando lentamente.

—Un día se presentó aquí con un papel grande, impreso en relieve, con un membrete en la cabecera de la hoja, con un nombre imaginario y una dirección falsa de la Costa de Oro —prosiguió la mujer espaciando las palabras—. Pero allí había *mi* número de teléfono. La muchacha deseaba que escribiese en aquel papel una referencia personal, según la cual había sido mi secretaria particular durante cinco años.

—¿Accedió usted a su petición?

—Ciertamente. Luego, me telefoneó un caballero preguntando por la «señora Gotrocs» y contesté que era yo. Me pidió informes de Karen, y le contesté que había estado cinco años a mi lado, que era de confianza y una muchacha excelente. Quiso saber por qué motivo dejó la colocación a mi servicio, y le expliqué que, debido a celebrar la luna de miel con mi tercer marido, no deseaba tener junto a mí a una joven de tanta hermosura. Mi invisible interlocutor se echó a reír, añadiendo que lo comprendía perfectamente. Supongo que era un buen empleo y duradero, porque no me llamó nadie más.

—¿No puede recordar el nombre de la agencia? —la insté.

Sabía que, de lo contrario, tendría que recorrer unas cuatrocientas agencias de publicidad, todas las de Chicago.

—No —replicó ella—, pero sí recuerdo que era un nombre muy largo.

—¿Largo?

—Mucho. Como si... Parecía... algo así como Pard, Lard, Sarp y Burp... —mientras lo decía agitaba mucho la mano.

—¿Bromea usted?

—Sí, pero era un nombre muy largo, con diversas palabras. En conjunto, constaba de cuatro o cinco nombres diferentes.

—¿Quiere ayudarme, si consulto el listín telefónico, y nombro algunas agencias?

—Encantada.

La señorita Goodbody se puso de pie y me trajo un listín de profesiones clasificadas. Busqué la sección correspondiente a las agencias de publicidad.

—¿Está segura de que sólo se trataba de tres o cuatro nombres?

—Por lo menos; eso si no eran cinco.

En la lista había muy pocas agencias con nombres distintos. La señorita Goodbody no tardó en identificar el nombre de la empresa. Era la de Jackson, Johnston, Fuller y Greene.

Segunda Parte

KRASSY

Después de subir al taxi Red-Top, Krassy se hizo conducir al Loop, que es la parte más céntrica de Chicago. A cada manzana se iba alejando más de los mataderos... de Antón, de María, de César y de Mike. Era algo más que un alejamiento físico, ya que para ella representaba romper definitivamente con su forma de vida, con un porvenir sin esperanzas, con la miseria y la desesperación.

Arrellanada cómodamente en el asiento, Krassy sacó del bolsillo un recorte de periódico con anuncios de habitaciones por alquilar. Había varios marcados a lápiz. Repasó la lista y luego le ordenó al taxista que siguiera por el Loop y la dejase en la esquina de la calle División y la calzada de Luke Shore. Krassy arrancó los cupones del abono correspondientes al trayecto y pagó al taxista, añadiendo una propina. El conductor la contempló especulativamente, y balbució con cierta timidez:

—Gracias... —agregando luego—: señorita.

Krassy se quedó de pie, con la maleta en la mano, examinando cuanto la rodeaba. Desde el Hotel Drake, por la calle Oak y hacia el sur, se divisaba la curva elegante de la hermosa calzada de Luke Shore en dirección a la avenida Norte, en esa misma dirección. Edificios majestuosos, de apartamentos, daban al lago Michigan, y con sus millares de ventanas iluminadas por la luz del sol, continuaban a lo largo del continuo desfile de coches y gente que salían de la calzada Interior para internarse entre el estrépito de la poderosa calzada Exterior. Ésta era la cara maquillada de Chicago, la Costa de Oro de la ciudad de los mataderos. Era la calle de las peleterías, de las sederías de lujo... Como en un nido, detrás, pero como pretendiendo asomarse a la costa, se extendía en Near North Side de Chicago el corazón y la energía que tanta fama dieron en el pasado a la floreciente ciudad.

En esa franja crepuscular se hallan las innumerables habitaciones, estudios, áticos y apartamentos minúsculos, en los que han vivido los pintores, los músicos y los escritores que han alternado su odio y su amor a la ciudad. En algún momento de su vida aventurera también han vivido allí los actores, los fotógrafos, los locutores de radio, las bailarinas y las cantantes, las coristas de los *night clubs*, jóvenes universitarias, graduados y las secretarias y taquígrafas recién llegadas a Chicago. Y allí convivieron sin llamar la atención, las amantes de los poderosos negociantes, junto con las chicas de las casas de juego, las rameras por afición y las prostitutas profesionales.

Limitado por la calzada de Lake Shore y el lago de Michigan al oeste, el Side Near North se extiende sólo a unas cuantas manzanas de casas al oeste de la calle Clark... donde el distrito brillante y bullicioso termina de repente. De nuevo, la

ciudad enseña su inmundicia, con sus tiendas puercas y ruines que ocupan parte de las aceras con tenderetes, para atraer a más clientela. Constreñida al norte por la avenida Norte, el Near North Side gira, se escurre y tuerce hacia la avenida de Chicago, y hacia el sur, entre unos bloques de casas, se pierde en un laberinto de edificios de oficinas, tiendas, salas de baile y cafés.

Pero dentro de aquellos límites la gente goza de impunidad; nadie formula preguntas, porque nadie se ocupa de su vecino.

Para Krassy, eso significaba la evasión de su vida anterior y un lugar discreto y seguro. Cogió la maleta y se dirigió lentamente hacia el norte, pasando por la calzada de Lake Shore hasta la calle Banks, donde volvió a torcer hacia el oeste, buscando una dirección. Era un edificio enorme y vetusto, de piedra parda, con una torrecita en la fachada. Ascendió los peldaños de la calle y tocó la campana situada al lado de la puerta, con vidrio opaco. Un instante después se abrió la puerta y apareció una mujer alta y delgada.

—¿Ha puesto usted un anuncio para alquilar una habitación? —preguntó Krassy.

—Sí —repuso la mujer—. ¿Desea verla?

Mientras examinaba atentamente a la joven, ésta penetró y dejó la maleta en un vestíbulo inmenso. La dueña del piso le indicó que la siguiera, y atravesando el vestíbulo, la guió por una enorme escalera de caracol, con los peldaños cubiertos por una alfombra estrecha, que ocupaba exactamente el centro de la escalera, hasta el segundo piso, donde los escalones eran más bajos y estrechos, y desde allí continuaron ambas hasta el tercer rellano. Desde el tercero al cuarto, la escalera se tornaba estrecha y empinada, y sin alfombra. Continuando por un corredor, la patrona abrió una puerta situada al final de un pequeño recibidor oscuro. Al lado de la puerta, y antes de entrar en la habitación, había una minúscula escalera.

—¿Adónde conduce? —preguntó Krassy.

—A la habitación de la torre.

—¿Vive alguien allí?

—Sí, está alquilada por cinco años.

Krassy, siguiendo a la patrona, penetró en una estancia algo pequeña, con un gran lecho de matrimonio, una cómoda con espejo y una silla con el asiento desvencijado. Un lado de la habitación tenía unos cortinajes de cretona. Detrás de las cortinas había una barra de metal, colgada a través del rincón, que servía como armario.

Sólo había una ventana que daba a la calle Banks. Una cortina gruesa, de color marrón, resto de pasadas grandezas, caía directamente desde el techo al suelo, ocultando la ventana.

De todos modos, a Krassy le pareció un dormitorio sumamente atractivo.

—El anuncio especificaba que son seis dólares por semana —vaciló la joven.

—Sí, pero sin que nadie guise aquí dentro —puntualizó la patrona—, y al final del pasillo hay un cuarto de baño.

—De acuerdo, me la quedo —decidió Krassy.

Abrió el bolso y extrajo dos billetes de dólar y otro de diez.

—Ahí tiene dos semanas.

—¿A qué nombre extiende el recibo?

—A nombre de Katherine... Andrews.

—¿Tiene familia en Chicago?

—Oh, no... Soy de Minneapolis.

—¿Trabaja aquí?

—Espero hallar rápidamente un buen empleo.

—Yo me llamo señorita Dukes. Le daré dos llaves, una para el portal, que se cierra a las once, y la otra de esta habitación —hizo una pausa y preguntó de repente—: Supongo que no bebe usted...

—Oh, no, en absoluto.

—Perfecto —alabó la señorita Dukes—. La vida aquí es muy tranquila y no permito que nadie beba en su habitación.

Dio media vuelta y salió, regresando a los pocos minutos con la maleta de Krassy. Ésta la abrió y sacó dos vestidos, que colgó en el falso armario.

Su camisa masculina, larga, de seda, y una muda interior, lo metió todo en un cajón de la cómoda. El cepillo, los peines y los frascos de perfume los colocó ordenadamente sobre el mueble. Después, se tendió en la cama. Por un momento, sintió la impresión peculiar de quemazón en los riñones. Se acordaba de César Manola y luego, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Durante algunas semanas, Krassy se mantuvo dentro de una gran reserva, ocupándose estrictamente de sus intereses y forjando planes para el futuro, evitando todo contacto con los demás huéspedes. Por las mañanas tomaba una taza de café y dos buñuelos; por las noches, un bocadillo de carne picada y frita, y bebía un vaso de leche. Gastaba muy poco y siempre iba a pie desde su residencia hasta el Loop, aprovechando el trayecto para buscar trabajo. No deseaba ser dependiente ni entrar a servir en un restaurante. Anhelaba un empleo donde pudiera encontrar «el hombre que necesitaba». Éste, sin haberse perfilado concretamente en su imaginación, debía poseer un buen empleo, tener mucho dinero, y ser muy educado y culto. Para hallar esta alhaja, Krassy sólo tenía la posibilidad de buscarlo en el mundo de los negocios, trabajando en una oficina y causando muy buena impresión. La existencia de la joven en el distrito de los mataderos la había obligado a desarrollar una gran astucia y notable habilidad.

La muchacha no se forjaba ilusiones respecto a la vida de la mujer en el mundo de los seres del sexo opuesto. Se había acostumbrado a la idea de que los hombres se embriagaban, se acostaban con las mujeres, se bebían o jugaban el salario, maltrataban a los hijos y pegaban a sus esposas. Krassy comprendía que todo cuanto anhelaba debía obtenerlo de un hombre.

«Tendré un millón de dólares —se decía interiormente y con gran firmeza—. Lo tendré y lo conservaré. Pero ante todo he de hallar al hombre que pueda

facilitármelo».

Estaba enterada de que no vestía con la debida distinción, que su inglés era incorrecto, que ignoraba la etiqueta más elemental. En cambio, sabía que poseía la fuerza misteriosa de seducir a los hombres... de mirar a un individuo y lograr que éste la deseara. Esta fuerza era la mejor de sus armas... y era también toda su hacienda.

No obstante, primero necesitaba colocarse en buenas condiciones. Consultó la lista de las academias para secretarias hasta hallar el Instituto Goodbody que ofrecía un cursillo de mecanografía y taquigrafía por cien dólares.

—En este precio entra el uso de las máquinas de escribir y la música —le explicó la señora Goodbody—. También se incluye mi dictado para los ejercicios de taquigrafía.

Era el curso más económico que pudo hallar Krassy, y se matriculó.

—¿He de pagar por anticipado?

—No he hallado aún ninguna alumna que pudiera hacerlo —rió la señorita Goodbody—. Puede pagar veinte dólares al mes. O mejor, es preferible que me pague veinticinco dólares al mes... sin matricularse en el cursillo.

Krassy dio el nombre de Karen Allison. Le disgustaba haberle dicho a la señorita Dukes, la patrona de su pensión, que su nombre era Katherine Andrews, pero cuando aquélla se lo preguntó todavía no había pensado ninguno definitivo. Comprendía que Krassy Almauniski no armonizaba con sus proyectos futuros. Necesitaba un nombre sonoro... distinguido. La noche anterior había meditado muchísimo y por fin se decidió por Karen Allison. Conservaba sus mismas iniciales, con lo cual era más fácil acordarse de él.

Krassy asistió al cursillo de la señorita Goodbody, yendo a la academia cuatro horas diarias para practicar mecanografía y taquigrafía. Con la frente fruncida, se pasaba todo el tiempo escribiendo a máquina, siguiendo el ritmo de la música, o atendiendo al dictado de la señorita Goodbody, que lo recitaba en voz alta, lleno de proverbios, pensamientos o poesías. De noche, estudiaba en su dormitorio el libro de taquigrafía, intentando retener todos los símbolos en la memoria.

Fue entonces cuando conoció a Larry Buckham.

En el instante en que ella penetraba en su dormitorio, un joven de buen aspecto descendía por la estrecha escalerilla que daba a la estancia de la torre. El joven la miró largamente. Llevaba en la mano una cámara fotográfica provista de *flash*. Krassy se quedó ante la puerta, con la cabeza levantada, contemplando a Larry de pies a cabeza. Rápidamente, el joven fotógrafo levantó el aparato y el fogonazo relampagueó en los ojos de la muchacha.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¿Vive usted aquí?

—Sí —asintió ella—, ¿y usted?

—Arriba... en la torre —fue la respuesta—. Suba... Permita que le haga otras fotos.

—Otro día —se negó Krassy, abriendo la puerta—. No quiero impedir que salga usted.

Larry penetró en el dormitorio y se instaló en la vieja silla tapizada, sosteniendo el aparato fotográfico en sus rodillas.

—No iba a ningún sitio de importancia. Todos los jueves por la noche acudo a una reunión del Club Fotográfico. Pero hoy prefiero quedarme aquí y sacarle a usted más fotos.

—¿Es usted aficionado a la fotografía? —indagó Krassy.

—No, es mi oficio. Trabajo en el *Daily Register*, mas aspiro a dejar el mundo de la prensa y dedicarme a la fotografía comercial. Hay mucho más campo que correr... y dinero que ganar. Y es más distraído... tener un estudio fotográfico, anuncios gráficos y cosas semejantes...

Krassy se quitó la chaqueta y el sombrero, y lo colgó todo detrás de la cortina de cretona.

—¿Cuándo empezará? —preguntó la joven.

—Tan pronto como haya podido ahorrar el dinero suficiente. Cuesta mucho instalar un estudio. Los aparatos y el material de laboratorio son muy caros... Yo ya tengo algún dinero, pero no es bastante. Oiga —exclamó de repente—, ¿ha trabajado alguna vez como modelo profesional?

—No.

—Conozco a varios fotógrafos a quienes seguramente les interesaría retratarla. Me gustaría relacionarla con ellos. Es una profesión en la que, aun sin gran práctica, se ganan buenos sueldos.

—No sirvo, apenas sé nada de esa profesión.

—Ah, es muy fácil —protestó Larry—. Naturalmente, sería preferible que asistiese usted a una academia de modelos, aunque no se lo aconsejo. Cuesta bastante y enseñan a las alumnas muchas cosas sin ninguna utilidad práctica.

Meneó la cabeza despreciativamente.

—¿A qué se refiere? —inquirió Krassy.

—Bah, a bagatelas por ese estilo.

Larry desdobló el periódico que llevaba en el bolsillo y lo hojeó hasta hallar lo que buscaba: un anuncio.

—Éste es de la Escuela de Modelos de Mónica Morton —explicó—. «Consérvese atractiva... Siempre hermosa... Siempre encantadora... ¡Trabaje como *covergirl!*!». En fin, propaganda barata. Escuche esto: «Programa de encanto femenino. Dominio de la figura; gesticulación y modo de andar; voz y dicción; coordinación del estilo; maquillaje individual; estilo personal del peinado; desarrollo de la personalidad; trato social y etiqueta...», etcétera, etcétera. Una serie de trivialidades. Lo que necesita un buen fotógrafo es una chica guapa como modelo que pose para él.

Krassy estaba de pie en el centro de la habitación. Con la cabeza ligeramente ladeada, sus ojos grises miraban dilectamente a Larry, pero sin verlo en realidad.

Contemplaba un mundo lejano, nebuloso, de ensueño, donde no había ningún Larry Buckham ni fotógrafos.

—Tal vez tenga usted razón —murmuró ella dulcemente.

—Naturalmente que sí —exclamó Larry—. ¿Por qué tirar tanto dinero? Yo puedo enseñarle a usted todo lo necesario para ser modelo.

—De acuerdo —aceptó Krassy—. Posaré para usted, aunque para nadie más. No quiero ser modelo.

Larry se quedó sorprendido ante aquella decisión, pero no quiso poner en peligro su buena suerte.

—Bien —asintió—, suba conmigo a la torre y le haré esta noche un par de instantáneas.

Krassy lo acompañó a la estancia de la torre.

Era una habitación de unos cuatro metros y medio cuadrados, con ventanales en las cuatro paredes. Unas cortinas de color caqui movidas por cordones, como un telón de teatro, cubrían paredes y ventanas; una cama grande, que de día se transformaba en sofá, unas butacas y una cómoda barnizada de laca china, completaban el mobiliario del cuarto. Por todas partes había montañas de fotos, copias y recortes de diario.

—Hace casi cinco años que vivo aquí —explicó Larry—, y lo he dispuesto todo a mi gusto. Cuando me mudé, lo primero que hice fue retratar a la Dukes, la patrona. De esta forma le caí simpático, y desde entonces me permite vivir aquí.

Descorrió todas las cortinas de las ventanas.

—Me da la impresión de flotar por el aire en un globo —rió Krassy.

—Por esto precisamente me encanta este cuarto. Bien, aún no me he presentado. Me llamo Larry Buckham. Me distraje tanto charlando que no le he preguntado su nombre.

—Katherine Andrews.

Larry colocó los reflectores y todo el equipo complementario de forma adecuada. Aquella noche le sacó a Krassy catorce fotos.

Al finalizar la semana, Krassy empezó a almorzar y cenar todos los días con Larry. Por la mañana, él la llamaba a su habitación y ambos paseaban por las calles State y División. Almorzaban y conversaban en un pequeño restaurante, hasta que Larry tenía que correr a la redacción. Por la noche, cenaban en uno de los numerosos cafés modestos del Near North Side. Krassy procuraba siempre comer bien, aunque no muy caro. Como Larry pagaba la cuenta, sus gastos alimentarios se habían reducido a cero.

Larry era alto, contaba unos treinta años y era muy sensible a las emociones. Pese a ser un buen fotógrafo, se hallaba enterrado en un mundo sin perspectivas, dedicado sólo a su profesión. Esta pasión, este amor por su oficio, los contagió a Krassy. Al mes de salir juntos, le declaró su amor.

—¿Quieres casarte conmigo, Katherine? —le preguntó—. Tengo un buen

empleo... Gano noventa dólares a la semana. Podríamos vivir bien. Deja este curso de secretaria y busquemos un pisito.

—Pero, ¿y tu estudio? —inquirió ella—. Si nos casamos, transcurrirán varios años antes de que puedas cambiar de empleo, es decir, independizarte.

—¡Al infierno el estudio! —gritó Larry alegremente—. Tengo trescientos dólares ahorrados, y entre aparatos fotográficos y material complementario, he empleado más de dos mil. Si nos casamos, tardaré más, sencillamente.

—Bien —asintió Krassy—, nos casaremos. Pero no con rapidez. Ya lo decidiremos.

Larry la abrazó, besándola con gran deseo.

Por la noche, cuando todos los huéspedes de la casa dormían, Larry bajó al cuarto de Krassy y se quedó dentro por primera vez. Silenciosamente, se deslizó por la escalerilla y llamó con suavidad a la puerta, y cuando Krassy abrió, entró de puntillas.

En la oscuridad, Larry ocultó el rostro bajo la bella garganta de la joven.

—Te quiero, lo eres todo para mí. Y eres muy hermosa... Lo representas todo en mi vida. Eres toda mi existencia, y si alguna vez ocurriese algo desagradable... algo que nos separase, no sé qué haría sin ti.

«Eso me repugna —pensaba la joven—, pero tal vez algún día...».

Por las noches, Larry se deslizaba quedamente por la escalerilla de la torre hasta el dormitorio de Krassy. Durante el día soñaba con las noches. Y de madrugada, vigilaba atentamente desde una ventana del cuarto de la muchacha, espiando el amanecer, momento en que, sigilosamente, regresaba a la torre.

—Casémonos, Katherine —le rogaba él.

—Aún no, Larry —replicaba ella, con firmeza—. He pagado el curso de secretaria y deseo terminarlo.

—¿Por qué, Katherine, por qué?

—Sé que no va a servirme de nada una vez nos hayamos casado... pero no soporto la idea de dejar algo a medias.

Una noche, estando tendido con la cabeza recostada en un brazo de la joven, con los labios junto a su garganta, casi enterrada la cara entre la suave y dorada cabellera de Krassy, que le llegaba ya a la cintura, la joven murmuró:

—Larry, voy a prohibirte que te acuestes conmigo... hasta que nos hayamos casado.

—¿Cómo? —exclamó el muchacho, sentándose de golpe en la cama.

—No es correcto, me disgusta cuando pienso en ello. Luego, una vez casados, todo irá bien.

—No me quieres, ¿verdad?

—Sí te quiero... pero esto no me gusta. No soy una chica fácil... Jamás lo había hecho y...

—¡Dios mío! ¡Casémonos mañana mismo! ¡Lo deseo por encima de todas las cosas! ¿Qué dices?

—No estamos aún en condiciones de casarnos —denegó Krassy—. No podremos casarnos hasta que todo a punto. Necesitamos un piso o un apartamento donde podamos vivir a gusto; hemos de pagar los muebles y todo lo demás.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Larry mansamente.

—Ahorrando y trabajando, unos seis meses.

—O sea que... que no podré amarte hasta dentro de seis meses, ¿es cierto?

—Oh, bien... de vez en cuando. Pero no todas las noches.

Al día siguiente por la mañana, Larry le entregó a Krassy trescientos dólares para que adquiriese los muebles. La joven visitó una tienda que ofrecía un juego completo de saloncito por la modesta suma de doscientos noventa y ocho dólares. Grabó en su memoria todos los detalles del conjunto, que se hallaba expuesto en el escaparate: un sofá-cama tapizado, butacas, dos mesitas imitación nogal, una mesita para el café, una alfombra que medía dos metros por tres y una lámpara de pie. El mobiliario era económico y vulgar; Krassy lo comprendió así.

Pero no lo adquirió.

Lo que hizo fue seguir el curso de modelo de Mónica Morton. Pagó al contado doscientos cincuenta dólares, eligiendo el cursillo más caro. Los otros cincuenta dólares, los guardó para sus gastos particulares. Los cien del premio de belleza se habían reducido a menos de quince.

Aquella noche, Krassy permitió la entrada de Larry en su dormitorio. Le enumeró todas las piezas del juego de salita, de manera eficiente, ejecutando incluso un esquema de cada mueble en las últimas páginas de su libreta de taquigrafía, para darle una idea de cómo colocaría los muebles, fingiendo que ya los había adquirido.

—Nos los guardan —añadió—. Todo está pagado y nos lo entregarán cuando queramos. Tengo el recibo que conservaré por si lo necesitamos.

Larry la besó. Era demasiado dichoso para prestar atención a los detalles. Pero una madrugada gris, cuando abandonó el lecho de la joven, cogió disimuladamente la libreta y se la metió en el bolsillo.

En septiembre, Larry estaba ya muy impaciente por efectuar la boda. Le había entregado a Krassy quince dólares semanales, durante todo el verano.

—Necesitamos muchos objetos... particularmente de cocina —explicó la chica—. Platos, cubiertos, ollas y cazuelas. Esto cuesta bastante, amor mío, pero no es posible prescindir de ello.

El dinero que él le entregaba le sirvió para adquirir dos vestidos baratos en una liquidación, de aspecto, sin embargo, distinguido, tal como Mónica Morton le había aconsejado.

De día practicaba asiduamente en el Instituto Goodbody, y llegó a dominar el teclado de la máquina y la taquigrafía al dictado. Todavía le debía cincuenta dólares a la señorita Goodbody para liquidar el importe del cursillo, pero pensaba pagarlos lo

antes posible.

Una noche, mientras escuchaba las explicaciones de Larry acerca de la fotografía comercial, que invariablemente finalizaban con narraciones fabulosas respecto a las agencias de publicidad, Krassy decidió, tras corta reflexión, que era la clase de empleo que necesitaba. Un mundo donde los directores artísticos cobraban un sueldo anual de veinticinco mil dólares y los dirigentes de anuncios cuarenta mil; donde los ejecutivos responsables y los vicepresidentes disfrutaban de unas rentas que alcanzaban los cien mil dólares anuales. Algunos chismes a este respecto eran ciertos, otros corrían de boca en boca y eran falsos, formando parte de la leyenda publicitaria.

En el curso de modelos de Mónica Morton, Krassy escuchaba las mismas historias. Relatos legendarios de las jóvenes que habían hecho una fortuna dejándose retratar para campañas nacionales, cuyas fotos podían admirarse en todos los hogares del país. Si Krassy no aspiraba a ser modelo, deseaba por lo menos formar parte de aquel mundo y relacionarse con los personajes dirigentes. Empezó por examinar las grandes agencias de la avenida Michigan, y acabó por decidirse.

Entre las más importantes, vistosas y célebres se hallaba la empresa de Jackson, Johnston, Fuller y Greene. Y Krassy decidió colocarse en ella.

Aquel otoño, la joven adquirió teóricamente todo el mobiliario de la salita y la mayoría de utensilios domésticos. Larry, en un impulso de independencia, decidió que los muebles de su dormitorio de la torre eran adecuados. Y le exigió a Krassy que fijase una fecha para la boda.

—Dentro de un mes, Larry —prometió ella—. Entonces, nos casaremos y viviremos siempre juntos. Pero antes necesitamos vestidos nuevos, por lo cual busco el material adecuado. He de casarme con un vestido nuevo...

—Yo lo compraré —concedió Larry—. Te regalaré cuanto, necesites.

—No es posible, amor mío. No es correcto —protestó ella—. Al fin y al cabo, todavía no somos marido y mujer para que tú cargues con todos los gastos. Si tú adquirieses el traje de boda, eso nos traería mala suerte.

—¿Cuál es la diferencia? —se admiró Larry.

—No hay diferencia alguna —concedió ella—, tal vez soy supersticiosa.

Meditó un instante y de repente levantó la cabeza, reluciendo sus pupilas.

—Ya sé qué haremos —de pronto, expresó una mueca de tristeza—. No... no sería correcto...

—¡Al diablo con tanta corrección! ¡Habla de una vez!

—Bien, pensé que podríamos abrir un crédito a tu nombre en uno de esos grandes almacenes. Diríamos que ya soy tu esposa, y cuando el próximo mes nos pasen la factura del vestido, ya estaremos casados. De este modo, podrás pagar... con toda corrección —terminó soltando una carcajada.

—¡Es una idea magnífica! —admitió Larry—. Mañana a mediodía abriremos una cuenta a mi nombre.

Unos días más tarde, Larry recibió por correo dos credenciales de comprador a

crédito. Una para el señor L. A. Buckham y la otra para la señora de L. A. Buckham. Satisfecho, le entregó la última a Krassy.

—Bien, ya tienes tu vestido de boda —añadió.

Krassy estuvo muy ocupada aquellos días. Ante todo, compró un vestido blanco, sencillo pero elegante, estilo sastre y un sombrero muy lujoso que vio en la tienda, y hacía juego con el traje. Como todo era económico, se lo enseñó a Larry. Éste se entusiasmó.

Luego, alquiló un apartamento de una sola habitación en la calle Delaware, utilizando el nombre de Karen Allison. El alquiler ascendía a ochenta dólares mensuales, en un edificio respetable. Pagó una semana por anticipado.

—A finales de semana pagaré el resto —le prometió al administrador—; cuando me instale.

Krassy iba todos los días de compras, utilizando la tarjeta de crédito; así adquirió un juego de maleta y maletín de cuero blanco; un relojito de pulsera, de oro; una radio portátil; un encendedor de oro; un timbre de comedor de ónice y madreperla, y un par de pieles de zorro. Procuró no escoger artículos muy caros, mas el total ascendió a mil doscientos dólares. Luego, lo empeñó y cobró trescientos dólares en efectivo.

«Ahora necesito algo para mí», se dijo.

Y a continuación adquirió, y cargó en la cuenta, otros dos vestidos nuevos, dos pares de zapatos que hacían juego con los vestidos, otro de casa y una elegante chaqueta negra. Todo lo guardó cuidadosamente en el apartamento de la calle Delaware.

El cartero pasaba dos veces al día por la casa de la señorita Dukes. Dejaba la correspondencia en un buzón de hierro fijo a un lado del portal, en la calle. La señorita Dukes la cogía, la entraba dentro y la dejaba encima de la mesa redonda del vestíbulo. Cuando llegaban los huéspedes, buscaban entre el correo y cogían los sobres dirigidos a sus nombres respectivos. El día primero de mes, Krassy empezó a ser la primera en buscar entre la correspondencia, tanto por la mañana como por la noche. El 8 de octubre llegó una factura de los grandes almacenes, dirigida al señor L. A. Buckham. Krassy se la escondió rápidamente debajo de la chaqueta. Ya en su habitación, rasgó el sobre. Era una nota que indicaba el total a pagar, total que superaba los mil doscientos dólares. La rompió en mil pedazos, que luego echó por el retrete, tirando del agua hasta que desapareció el fragmento más pequeño.

Aquel mismo día visitó a un impresor de la Grand Avenue, al este del nivel inferior del Michigan. Encargó doce pliegos de cartas y sobres con una cabecera impresa en relieve, en el mejor papel disponible, para correspondencia social. El membrete decía:

Geraldine K. van Doren
Calzada de Lake Shore, 1444.

Chicago, Illinois.

Después de breve meditación, añadió el número telefónico de la casa de la señorita Goodbody, que halló en el listín.

El impresor quería imprimir el membrete en otro tipo, pero ella insistió en que se hiciera con una plancha de acero grabada. Krassy había descubierto que el grabado resultaba mucho más caro que los tipos móviles, Sin embargo daba un tono distinguido y un aire de riqueza, por lo que no quiso tener en cuenta el precio.

—Le costará un montón de dólares —dijo el impresor, moviendo la cabeza ante tamaña extravagancia.

—Sólo quiero doce —repitió la joven.

—La plancha grabada tendrá que amortizarla en doce copias y le costará tanto como imprimiendo un centenar —razonó el impresor.

—Con doce me basta.

Finalmente, el buen hombre cedió, desesperado. Krassy sonrió astutamente.

La mañana del 15 de octubre, Krassy no compareció a la hora del desayuno y Larry la aguardó en vano. La muchacha salió de casa más tarde que de costumbre. El día era magnífico, con una ligera niebla otoñal que empujaba lentamente unas olas bastante altas en el lago, olas que rozaban suavemente la escollera de cemento. Mientras Krassy se detenía unos instantes en los peldaños del edificio de la señorita Dukes, divisó a un hombre ya mayor, grueso, de cabellos blancos y alborotados, que sobresalían por debajo de un sombrero marrón echado hacia atrás. Atravesaba la calzada, mirando los números de las casas.

Por su expresión o por un presentimiento, Krassy se alarmó. El día iba estropeándose, y la niebla del cielo se iba tiñendo de color ahumado, con un humo que parecía procedente de los mataderos. Sintió un escalofrío, que no se debía a la frialdad del día. Al pasar el anciano por su lado, lo cogió del brazo impulsivamente, obligándole a detenerse.

—Si busca a alguien de esta casa —le dijo—, no hay nadie. Yo he salido esta mañana la última...

El viejo la contempló con mirada impersonal. Llevaba unas gafas de montura colorada. Su aliento olía a *whisky*... acabado de trasegar. Se quitó el sombrero con gran cortesía y movimiento brusco, volviendo a cubrirse de igual forma.

—Busco a un tal o una tal Buckham.

«¡Caramba, qué pronto!», pensó la joven.

—Yo soy la señora Buckham —se presentó después de corta vacilación—. ¿En qué puedo servirle?

—Soy investigador de créditos —explicó el viejo—, sólo venía a recoger un cheque por unas compras efectuadas en...

—Mi esposo no está aquí y yo no puedo firmar el talón. Esta noche enviaré uno a la tienda.

—Lo siento —el viejo meneó la cabeza—, pero necesito ver a su esposo. Iré al periódico a hablar con él.

Krassy reflexionó velozmente. Se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo, ahogando un sollozo:

—Sé que puedo confiar en usted... Vayamos a algún sitio donde podamos conversar con tranquilidad.

Sacó un pañuelo y volvió el rostro, gimiendo suavemente:

—Voy a volverme loca. Cuando se lo cuente todo... Usted se hará cargo...

—De acuerdo —asintió el viejo, tras contemplarla un largo momento—. ¿Adónde vamos?

—A casa, no. Alguien podría escucharnos, y me moriría de vergüenza. Vamos a tomar una taza de café en cualquier bar. Me hallo tan trastornada que ni he desayunado...

Silenciosamente, anduvieron juntos por la State Parkway hacia la calle División. Penetraron en una cafetería y se acomodaron ante un velador. Krassy pidió una taza de café y el viejo no quiso nada.

—¿Y bien...? —preguntó al fin.

—No sé por dónde empezar —sollozó Krassy, con desesperación.

—Este asunto es grave —la previno el viejo—. Encargar deliberadamente objetos sabiendo que no han de pagarse, lleva aparejado la cárcel. El señor Buckham, desgraciadamente, abrió una cuenta a mediados de mes. Si la dirección de los almacenes hubiera calculado el elevado importe de la deuda total en relación con los ingresos declarados por su esposo, no habría permitido que la factura ascendiera a tanto.

—¡Es un bruto! —gritó Krassy—. ¡Ojalá lo agarren!

—No es de buen gusto que la mujer hable así de su marido —se sorprendió el viejo.

—¡No soy su esposa! —proclamó Krassy—. ¡Ni espero serlo jamás!

Se llevó ambas manos a la boca para reprimir los sollozos.

El viejo cambió de postura en el asiento, visiblemente nervioso.

—Tal vez sería mejor que me explicase... —sugirió.

Krassy abrió el bolso y sacó un recorte de periódico.

Era el artículo con su retrato, publicado en la revista *Stockyard Weekly News*, relativo al concurso de belleza. Krassy conservaba aquel recorte y podía servirle como arma defensiva. Se lo entregó al viejo, el cual contempló la foto y leyó despacio la columna.

—Ésta soy yo —declaró Krassy—, sólo hace seis meses. Cuando publicaron esta foto, Larry la vio. Vino a casa, suplicándome que posara para él. Es fotógrafo publicitario.

—Sí —afirmó el viejo—, trabaja en el *Daily Register*.

—Me prometió que obtendríamos mucha publicidad... y que yo ganaría mucho

dinero. Le creí —Krassy calló, secándose las lágrimas—. Hasta el punto de instalarme en el centro de la ciudad. Luego, me juró que me amaba... y también le creí. Por fin, me propuso casarse conmigo. Entonces... entonces... cuando me vio confiada..., me obligó a vivir con él..., diciendo que no podía casarse conmigo hasta que tuviera dinero suficiente.

Las delgadas manos de Krassy temblaban encima de la mesa mientras narraba su historia, y el viejo le dio un golpecito amistoso. La muchacha suspiró profundamente.

—No me atreví a volver a mi casa. Mi padre me habría matado por ser una... mujer mala. No sabía adónde ir... Nadie me quería... excepto tal vez Larry... Y yo le quería, señor... señor...

—Moon. Clarence Moon.

—¡Cómo le quería! —prosiguió Krassy, gimiendo suavemente—. Hasta que un día empezó a beber. Entonces, se convirtió en un animal salvaje. Una noche llegó a casa completamente borracho. Me contó que acababa de ocurrírsele la idea de obtener suficiente dinero para instalar el estudio. Si yo le ayudaba, me prometió que nos casaríamos rápidamente.

Las frases surgían de su boca con gran facilidad, una tras otra, como si desovillara un ovillo. Se tambaleó de un lado a otro.

—Había que abrir un crédito y yo tenía que obtener una tarjeta de comprador —continuó Krassy—. Y fui adquiriendo objetos, empeñándolos después, tratando de sacar el máximo provecho.

Volvió a rebuscar en el bolso, y sacó un montón de papeletas de empeño, que dejó sobre la mesita. Moon las cogió sin hablar.

—Me negué a ello, señor Moon, le rogué que no llevase adelante el proyecto... ¡y me pegó! —se llevó una mano a los labios—. Redactó una lista de los objetos que yo debía adquirir, y todos los días me la exigía. El día que yo iba a los almacenes, se emborrachaba y me trataba vergonzosamente.

—¿Y los vestidos de señora que usted adquirió? —quiso saber Moon.

Krassy contuvo la respiración.

—Para otra mujer... —tartamudeó—. ¡Sé que tiene a otra... y que se los regaló! —Krassy escupía las palabras—. Pero me obligó a comprarlos...

—¿Sabe si Buckham dispone de mucho dinero? —inquirió Moon, después de sacudir la cabeza con pesar.

—Lo ignoro —repuso Krassy, afligida—. Pero posee aparatos y material fotográfico por valor de dos o tres mil dólares.

—Bien, algo es algo —suspiró Moon.

Contempló el bello rostro de la joven, que en aquel momento estaba bañado por las lágrimas. Leyó en aquel semblante tanta angustia y desesperación, que quedó completamente convencido de la veracidad del relato. Poco a poco, se puso de pie.

—No debería hacerlo —murmuró—, quizá soy demasiado sentimental. No me casé, por lo cual no tuve jamás una hija. De haberla tenido, hubiese querido que fuese

como usted... aunque con más cerebro. Haré arrestar a Buckham, acusándolo de estafa —hizo una pausa—. Si a usted no la encuentro, no puedo hacer que la arresten, ¿verdad?

—No, naturalmente —balbució Krassy.

—Bien, supongamos que los dos olvidamos esta conversación que acabamos de sostener y que usted desaparece hacia algún lugar donde yo no pueda localizarla, como, por ejemplo, en el domicilio paterno...

—¡Oh, si, sí...! —gritó Krassy, llena de júbilo, porque verdaderamente estaba sorprendida.

Se puso de pie y, afirmándose sobre las puntas de los pies, depositó un beso en la frente del anciano.

—Gracias, señor Moon —susurró.

Luego giró en redondo y se encaminó presurosamente hacia la salida.

Por un instante, Clarence Moon permaneció de pie al lado de la mesa. Buscó en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un frasco de medicina, en cuya etiqueta decía «Jarabe para la tos». Tomó un largo sorbo. El olor indicaba claramente que contenía una dosis elevada de alcohol.

Krassy regresó acto seguido a casa de la señorita Dukes y llenó sus maletas. Nadie la vio salir del edificio. Cogió un taxi y se dirigió inmediatamente a su nuevo apartamento de la calle Delaware.

Aquella tarde, la policía detuvo a Larry Buckham. Y nadie le creyó cuando intentó explicar los hechos tal como se habían desarrollado. A no ser por la señorita Dukes, Buckham habría sido encerrado en la cárcel. Entre el *Daily Register* y la patrona de la pensión convencieron a la Policía para que fuese retirada la acusación cuando Buckham hubo vendido todo su material fotográfico, pagando la deuda de los almacenes. La dirección de la tienda renunció al proceso en contra de la opinión del viejo Moon que deseaba cargar todas las culpas sobre Larry.

El joven perdió el empleo en el periódico.

Y cuando salió de la ciudad no pudo llevarse ni una modesta Kodak Brownie número dos.

Primera Parte

DANNY

No tardé mucho en visitar la agencia de publicidad de Jackson, Johnston, Fuller y Greene. No estuve en ella el mismo día que hablé con la Goodbody pero sí al día siguiente. Estaba siguiendo ya las huellas de Krassy por ciertos sitios donde resultaba extremadamente difícil ver a la gente. Comprendí que tenía que moverme con más circunspección y soltar un cuento mucho mejor que el de la póliza de seguros si deseaba obtener información en el despacho de recepción de la agencia publicitaria.

Después de salir del Instituto de Negocios, me dirigí a mi casa, cogí mi traje azul y lo llevé a la planchadora de la esquina. Luego, fui a visitar a un joven amigo mío que trabajaba en una compañía de seguros. Lo había conocido dos años atrás, cuando seguí un cursillo en una escuela nocturna. Intentaba entonces paliar mi escasa instrucción por haber abandonado la escuela primaria prematuramente y haber huido de casa, viéndome obligado a ganarme la vida. Aquel joven, que se llamaba Cage, también asistía a las clases que yo frecuentaba. Teníamos muchos puntos de contacto, y salíamos juntos a tomar una cerveza de vez en cuando.

Charlamos de diversos temas durante un minuto hasta que de repente le espeté:

—Chico, tendrías que procurarme una tarjeta de identificación. Algo que yo pueda enseñar para demostrar que trabajo en vuestra compañía.

—Imposible —se negó—. La compañía es muy rigurosa a este respecto.

—Pues tienes que hacerme ese favor —insistí—, es muy importante y te prometo que no ha de reportarte ningún compromiso.

Le expliqué que hacía muy poco que había inaugurado mi propia empresa.

—Tengo unos cobros muy importantes en perspectiva —mentí—, y estoy siguiendo la pista de un mal pagador. He perdido su pista, pero sé dónde pueden volver a ponerme en el buen camino. Para eso, no obstante, necesito una especie de identificación, de lo contrario no podré hablar con nadie.

—¿Es cierto todo lo que me has contado? —desconfió.

—La pura verdad. Sólo necesito una identificación que me permita formular algunas preguntas.

Discutimos detenidamente todos los detalles y por fin Cage estuvo de acuerdo en procurarme una credencial. El joven estaba empleado en la sección de archivos de la oficina de la compañía de seguros Northern Transcontinental. Sustrajo una tarjeta de identificación como agente, en blanco, y la rellené. Cuando volví a verle para que la sellase, la tarjeta decía:

COMPañIA DE SEGUROS NORTHERN

TRANSCONTINENTAL

Chicago, Illinois.

Nombre del agente: DANIEL APRIL.

Empleo: Verificador de reclamaciones.

Antigüedad: Nueve años.

Estatura: 1,77

Peso: 79

Cabello: Negro

Ojos: Azules

Señales: (en blanco)

Firmado por: GEORGE M. CAGE.

Vicepresidente ejecutivo

Naturalmente, George M. Cage era el nombre de mi amigo. Cuando vio que yo había firmado con su nombre se enojó.

—¡Por Dios santo, Danny! —exclamó—. Si se enteran, me echarán a la calle.

—Nadie lo verá —le tranquilicé—. Además, si alguien desea comprobar la credencial preguntará por ti y así tú mismo podrás avalarme de palabra.

A Cage no le gustó el asunto, no le gustaba en absoluto; sin embargo, me permitió utilizar la tarjeta, prometiéndome que respondería por mí si era preciso. Nos dimos las manos y le prometí que le invitaría cualquier día a tomar un bocadillo y beber una cerveza.

Por la noche, en mi habitación de alquiler, di los últimos toques a mi cuento, mientras pensaba en Krassy. Reflexioné sobre lo que debía hacer para seguirle la pista en la agencia de publicidad. Tras honda meditación, llegué a la conclusión de que, probablemente, ya no trabajaría en ella. Diez años en el mismo empleo era un período de tiempo excesivamente largo. Posiblemente, se habría ya casado, tendría seis hijos y engordado, afeándose bastante. Esto me puso de malhumor.

Volví a contemplar el retrato de la revista y la foto que me había regalado la señorita Mónica Morton. Krassy era muy seductora, y como la llevaba en mi cerebro desde algún tiempo atrás, me hacía el efecto de haberla tratado desde la infancia. Sí, hubiese sido muy agradable tener una amiguita como ella. Tal vez no se conformaría con vivir de mis escasos ingresos. Ello sería un desastre. Sin embargo, sólo había que meditar respecto al modo cómo había vivido en el distrito de los mataderos para comprender que sus gustos no debían de ser excesivamente caros. Más adelante, se había prometido a un individuo de la prensa, compromiso que rompió cuando el sujeto se halló en apuros. No, no podía reprocharle haber destruido el romance. Si un tipo se mete en un conflicto contra la ley, es probable que reincida de cuando en cuando. Krassy era demasiado buena y pura para casarse con un estafador en potencia. Si quería a un hombre, no le importaría que éste gozara de muchos o pocos ingresos. Sí, sabía que se trataba de una chica de esta clase.

Pasé la noche comprobando y revisando todos los aspectos del asunto, y al día siguiente, por la mañana, no fui a mi despacho. Tomé tres tazas de café, y hacia las diez salí en dirección a Jackson, Johnston, Fuller y Greene. Las oficinas ocupaban los pisos vigésimo noveno, trigésimo y trigésimo primero de un gran edificio del paseo Michigan. La sala de recepción se hallaba en el piso vigésimo noveno; cuando salí del ascensor continué por un vestíbulo de mármol, pasando por una puerta de estilo inglés antiguo. En el interior de un cubículo había una muchacha pelirroja, delante de una mesita muy bien ordenada. Mi traje de sarga azul, recién planchado, la aturdió unos instantes. Me dirigió una ojeada de indiferencia y mantuvo su expresión aburrida.

Encima de la mesita se veían seis o siete teléfonos. Nada más. Algunos de los aparatos sonaban cada dos o tres segundos, y ella murmuraba:

—Sí, señor Blunt... Volverá usted a las once y media. Gracias... —O bien—: Sí, señor Harris. No, no ha llamado nadie mientras ha estado fuera. Le llamaré más tarde.

Continuó de este modo varios minutos, casi sin intervalos, y luego empezó a escribir unas cifras en unas listas de nombres mecanografiados.

—¿Puede atenderlo todo? —le pregunté, sonriente.

—Algunas veces no —repuso escuetamente.

—Realiza usted una labor estupenda, señorita.

—Me equivoco poco, ciertamente —admitió, empezando a abandonar su frialdad.

—¿Todo el mundo ha de pasarle alguna información? —me interesé.

—En cierto modo, sí. Todos los empleados tienen la obligación de avisarme cuando salen de la oficina o a la calle. De este modo, si ocurre algo, sabemos dónde se halla cada cual, o cuándo volverá.

Asentí solamente y me presenté:

—Me llamo Danny April. Quisiera hablar con el director de la oficina, pero creo que usted podrá ayudarme para empezar.

—¿Qué desea?

—Estoy tratando de localizar a una tal señorita Karen Allison.

—¿Trabaja aquí?

—Trabajó —le aseguré, desanimado ya.

—Hace tres años que tengo este empleo y no sé que haya entrado ninguna joven con ese nombre.

—Bien, será mejor que hable con el director.

—El señor Bard es el jefe de personal —me informó la muchacha—. Esa señorita, ¿trabajaba en la oficina... o en alguna sección, como la de impresión o grabado?

—Pues no lo sé —afirmé—. Tal vez trabajase en la oficina.

La muchacha empezó a dar muestras de impaciencia.

—¿Es usted amigo personal de ella?

—No, pero he de hacerle un favor. Debo de abonarle unos cuantos dólares y no sé

dónde puedo hallarla.

Le enseñé mi credencial de la Northern Transcontinental y ella sólo le echó un vistazo.

—Su tía —continué—, la señora Joan Harmon Allison, de Minneapolis, falleció y le dejó... una modesta póliza de seguro. Pero no nos ha sido posible localizar a Karen Allison. Y esto es lo último que sabemos de ella: que trabajó aquí.

—Bueno... en esta empresa son muy cautos en proporcionar informaciones a los desconocidos —me indicó la recepcionista, visiblemente convencida—. Veré si el señor Bard puede atenderle.

Cogió un teléfono y por fin conversó brevemente con el invisible señor Bard, explicándole lo que yo deseaba.

—Le recibirá —me dijo luego—. Su secretaria saldrá dentro de un instante y le acompañará al despacho.

Me instalé en un sofá, y cuando estaba hojeando un ejemplar atrasado del *Time*, la secretaria de Bard compareció por una puertecita lateral y me hizo una seña.

—Sígame, por favor, señor April.

Obedecí y atravesamos diversas salas, con las puertas abiertas como si fuesen conejeras. A veces, salían por dichas puertas individuos con aspecto de hombres azotados a latigazos, con pliegos de papel en las manos, corriendo por las salas como si les hubiesen prendido fuego en los pantalones.

—Mucho trabajo, ¿eh? —comenté, en tanto seguía a la secretaria, que cruzaba por aquellas estancias con instintiva seguridad.

—No es cosa nueva —replicó—. Aquí, todo el mundo tiene que moverse así.

Por fin, llegamos delante de una puerta con unas letras doradas que ponían: «H. R. Bard». La secretaria abrió la puerta y me indicó que entrara. El despacho era pequeño pero aseado. Había en él una mesa para dos personas, un sofá y dos sillones, una mesita redonda con una lámpara de bronce al lado. En torno a la base de la lámpara alguien había plantado algunos cactus. En las paredes había, en grupos de seis y ocho, cuadros con sus adecuados marcos. Todo estaba dispuesto de modo que quedara el espacio suficiente para respirar casi a pleno pulmón... si uno se quedaba de pie en el centro de la habitación.

Detrás del escritorio, el viejo Bard ejecutaba una gran actuación mientras leía la correspondencia. Yo oí perfectamente los ronquidos de su estómago desde el centro de la estancia, como si alguien soplara por una caña dentro de un vaso. Tras haber contado hasta cuarenta, al parecer, aquel tipo levantó la mirada y me preguntó:

—¿Qué desea?

Le mostré la credencial y repetí lo que ya le había contado a la recepcionista pelirroja.

—¿Qué número de teléfono tienen en sus oficinas? —quiso saber.

Le di el número de la compañía de seguros que, previamente, me había aprendido de memoria.

—Pregunte por el señor Cage que es el vicepresidente ejecutivo.

Bard se dispuso a levantar el aparato telefónico sin perderme de vista. Cuando por fin comprendió que me era indiferente que telefonara o no, retiró la mano.

—Bien, no hay necesidad de hacer comprobaciones. No obstante, en nuestra agencia ponemos mucha circunspección en dar informaciones. Entiéndame, nosotros servimos a las empresas más importantes de Norteamérica. Conocemos sus pensamientos más secretos y recónditos, y nuestra información es estrictamente confidencial. Además, nuestro modo de obrar no...

—Le aseguro que ganamos cinco o seis veces más dinero en la Compañía de Seguros Northern Transcontinental que ustedes en la suya —le atajé de repente.

El jefe de personal me contempló estupefacto por mi osadía.

—Además —proseguí—, sólo deseo saber si trabajó aquí una joven llamada Karen Allison, que no tiene nada que ver con el color de las segadoras mecánicas del próximo año.

—De acuerdo, April —rió Bard.

La risita le duró medio minuto. Por lo visto, estaba un poco mochales. Cuando se calmó, añadió:

—Esa señorita Allison ya no trabaja aquí.

—¿Pero trabajó?

—Sí.

—¿Mucho tiempo?

—Pues... unos tres años —repuso, después de reflexionar unos segundos—. Entró aquí en 1940 y se despidió en otoño de 1943... aproximadamente.

—¿Adónde fue?

—Lo ignoro.

—¿Qué hacía aquí? ¿Cuál era su empleo?

—Entró como recepcionista. Luego ascendió a secretaria particular del señor Collins.

—¿Quién es el señor Collins?

—El señor Collins es el vicepresidente de la compañía —me explicó Bard con voz grave y temerosa—. Es el ejecutivo más importante de la Joy Drug... una de las empresas publicitarias de mayor categoría mundial.

—¿Los que fabrican la pasta Joy para los dientes y las pastillas para el resfriado... y otras bobadas parecidas?

—Sí, esas bobadas... y mucho más —asintió el señor Bard, con cierto sobresalto.

—¿Puede darme la última dirección de la señorita Allison?

Bard tocó un timbre, y al instante se presentó la secretaria que me había guiado hasta el despacho. Bard le dijo lo que deseaba y la muchacha volvió a desaparecer. Bard y yo permanecimos sentados, sin hablar. Finalmente, sonó el teléfono y él lo cogió. Garabateó unas notas con el bolígrafo, colgó el aparato, arrancó la hoja del bloc y me la entregó.

—Ésta es la última dirección que tenemos de la señorita Allison. No creo que le sirva de mucho —añadió—, ya que tiene siete años de antigüedad.

Le di las gracias y me puse en pie. Al llegar a la puerta, di media vuelta.

—¿Podría ver al señor Collins? Cabe la posibilidad de que la señorita Allison le diera alguna indicación del sitio donde iba a trabajar...

—Lo siento, April, pero opino que será una terrible pérdida de tiempo intentar ver al señor Collins... Es un hombre muy ocupado. No recibe a nadie... Sólo le queda tiempo para verse a sí mismo...

—Señor Bard —objeté—, comprendo perfectamente que el señor Collins esté muy ocupado. Pero, ¿y si la señorita Allison necesitase ese dinero? Supongo que ni a un hombre tan inmensamente importante como ese Collins le molestaría ayudar a una joven como la Allison.

—Tal vez —Bard se encogió de hombros—. No recuerdo que Collins haya perdido nunca el tiempo para ser humanitario. De todos modos, voy a telefonarle y trataré de conseguir una entrevista.

Preguntó a la centralita por el despacho de Collins, y ya conseguida la conexión habló con él, después de hacerse anunciar por la secretaria. Bard ya no era el individuo parlanchín que había hablado conmigo, sino que le dirigía la palabra con un respeto rayano en la reverencia. Le explicó el caso y agregó:

—Desea que usted le reciba cuando pueda, señor Collins; cuando usted no esté ocupado en absoluto. Le he dicho que probablemente usted no podría recibirle nunca.

Collins murmuró algo y Bard colgó el aparato, visiblemente asombrado.

—El señor Collins le recibirá inmediatamente en su despacho. ¿Sabe dónde está?

—No —contesté.

—En el piso trigésimo primero. La señorita Pierson le acompañará.

Tocó el timbre y la secretaria asomó la cabeza por la puerta. La seguí por un laberinto de corredores hasta el ascensor. Subimos en una de las cajas metálicas al piso trigésimo primero. Allí había otra salita de recepción, presidida por una rubiales, sentada también a la mesa, en la que sólo se veían tres teléfonos. La señorita Pierson le dio las instrucciones oportunas respecto a mi visita. Al salir, agitó la mano hacia mí.

—Si no encuentra la salida, pregunte por Pierless Pierson, que la ha acompañado hasta aquí.

Y la secretaria de Bard se metió en un ascensor y desapareció.

La muchacha rubia se puso de pie y me indicó un corredor largo y ancho.

—La oficina del señor Collins está al final, a la derecha.

—Gracias.

Eché a andar en la dirección indicada.

Al final del corredor se veía una puerta muy gruesa, de nogal al parecer, con el nombre de STACEY H. COLLINS, escrito en forma de rúbrica, con la misma escritura de Collins, bien imitada. Llamé a la puerta y entré después en un despacho alfombrado,

que le daba a uno la impresión de andar sobre un colchón, con una secretaria de aspecto eficiente sentada detrás de un escritorio. Era de mediana edad, llevaba gafas y escribía a máquina a una velocidad fantástica. Apartó la vista hacia mí y me presenté, añadiendo que Collins me estaba aguardando. La secretaria telefoneó a Collins.

—Sí, el señor Collins le recibirá en el acto —me comunicó.

Tras estas palabras, se levantó y abrió la puerta, cediéndome el paso. Entré en el sanctasanctórum de Collins. Consistía en una estancia enorme, en una esquina del edificio, con ventanales de persianas americanas a ambos lados, y cortinajes delante de las persianas. Había un inmenso hogar y un diván flanqueado por mesitas y lámparas. Varios sillones y las mesitas para el aperitivo se hallaban situadas en torno al despacho, y en un rincón se veía una mesa escritorio de nogal, parecida a un buque de guerra.

Desde el escritorio era posible distinguir la calzada exterior, aproximadamente hasta la parte del norte donde se hallaba situado el Hotel Edgewater Beach, pudiendo seguir los contornos de la línea que formaban las playas del lago Michigan, hasta donde llegaba la vista. Fuera, y a un lado del escritorio, con la puerta entreabierta, se hallaba una estancia para cambiarse de ropa, con ducha. Directamente detrás de la mesa había un armarito que servía de bar, con una nevera y cubitos de hielo. El conjunto reflejaba gran distinción.

Collins era un individuo de agradable aspecto, de unos cuarenta y cinco años. Bajo de estatura, regordete y cara cuadrada, resultaba notable por su expresión átona. Tenía la tez bronceada, que armonizaba con su cabello negrísimo y muy poblado que, no obstante, empezaba a grisear por las sienes. Su semblante parecía incommovible... sin emoción ni expresión, salvo en los ojos, negros y brillantes, ardientes... y fatigados. No hacían juego en modo alguno con su rostro carente de expresión.

Me presenté y asintió con la cabeza, sin levantarse ni estrecharme la mano. Le expliqué mi interés por abonarle a la señorita Karen Allison el importe del seguro.

—Bard me ha contado todo lo referente a este asunto —me interrumpió en medio de mi relato—. ¿Qué más?

—Al parecer, la señorita Allison fue su secretaria por algún tiempo.

—Unos dos años —precisó.

—Bien, el señor Bard ignora su paradero actual... y yo he pensado que tal vez ella le habría confiado a usted sus proyectos futuros.

—No, creo que no.

—¿No mencionó ningún lugar donde le gustaría vivir... o pasar sus vacaciones?

Collins se arrellanó en su sillón. Abrió un paquete de cigarrillos, sacó uno y lo encendió con un mechero de plata, muy valioso.

—Hace ya tanto que se despidió que apenas la recuerdo —murmuró, exhalando una columnita de humo.

—¿Escribió después de irse?

—No, no había motivo alguno...

—¿Dijo por qué se iba?

Sus ardientes pupilas me dirigieron una mirada penetrante, pero su expresión continuó inmutable. Sonó el teléfono y lo levantó. Después de unas breves respuestas, volvió a dejarlo en la horquilla. Por un momento permaneció en silencio.

—Me indicó que pensaba irse de esta ciudad, nada más.

Aquella respuesta me cortó el aliento. ¿Habría perdido la pista definitivamente? Procuré mantener mi rostro y mi voz inexpresivos.

—¿No especificó a cuál pensaba trasladarse?

—No —calló un momento, como escuchando y continuó—: Déjeme reflexionar, por favor... Casi aseguraría que se trataba de Nueva York.

—¿Fue una buena secretaria?

—Excelente.

—¿No le han pedido nunca referencias a su nombre?

—Jamás.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta, dándole las gracias al señor Collins. Él cambió de voz y mantuvo sus facciones inexpresivas al continuar:

—Naturalmente, comprendo que mi escasa información no puede ayudarle.

Su voz pareció flotar en el aire unos instantes; luego, cogió la pluma y firmó varias cartas. Deliberadamente, soltó la pluma y volvió a mirarme.

—Sepa, señor April, que más de una vez he pensado en la señorita Allison. Deseo que la encuentre. En cuyo caso, le agradeceré me lo comunique.

—¿De veras?

—Oh, no tiene importancia —dijo Collins, encogiéndose de hombros—, pero me gustaría saber que usted no ha perdido el tiempo... aunque sólo sea por curiosidad.

Ya en la calle, anduve por el paseo Michigan, desalentado y deprimido. Sólo podía ir a un sitio para proseguir mis pesquisas. Consulté la dirección que me había procurado Bard. Se hallaba en Oak Park. Cogí un autobús que pasaba por el paseo Michigan y conducía al metro elevado. Durante todo el trayecto sólo pensé en Krassy. Asimismo, recordé la factura que Clarence Moon dio por cobrada, y pensé en Katherine Andrews, estudiante en la academia de Mónica Morton, la Katherine Andrews que vivió en la pensión de la señorita Dukes; recordé a Karen Allison estudiando en el Instituto Goodbody, la Allison que trabajó en la agencia Jackson, Johnston, Fuller y Greene y que habitaba en Oak Park. Oak Park era un suburbio distinguido de Chicago... muy apartado de los mataderos, más apartado en realidad por su estilo de vida que por la distancia geográfica.

Al dejar el «elevado» en Oak Park, cogí un taxi; como no conocía el distrito, ignoraba en qué parte del mismo se hallaba la antigua dirección de Krassy. El taxi me dejó delante de un bello edificio de apartamentos, no muy grande pero sí agradable. Constaba de cuatro plantas, con tres apartamentos en cada una; dos en la parte frontal y otro en el interior. En los buzones del portal había los nombres de los inquilinos, pero ninguno anunciaba a «Karen Allison». En la planta baja, había un timbre y un

rótulo donde ponía: «Portería, Phillip Fromm».

Llamé al timbre y aguardé.

Poco después oí el chasquido de la pesada puerta de vidrio que desde el vestíbulo daba paso al interior del edificio. Ya franco el paso, descendí unos peldaños. Entonces, se abrió otra puerta y se asomó por el hueco una mujer de edad algo avanzada. Evidentemente, era miope y salió al rellano.

—¿Puedo ver al señor Fromm? —pregunté.

—No, ha salido y tardará en volver. Si desea alquilar un apartamento, no hay ninguno libre.

—No quiero ningún apartamento. Estoy intentando localizar a una tal señorita Karen Allison, que vivió aquí.

—No hay ningún inquilino con ese nombre.

—Lo sé, pero tal vez dejó las señas del sitio adonde se mudó cuando dejó el apartamento.

—¿Hace mucho de esto?

—Unos siete años.

—Nosotros sólo llevamos aquí cuatro.

—¿Quién era el portero o la portera antes de su esposo?

—Lo ignoro.

—En la actualidad, el portero es su esposo, ¿no es cierto?

—No.

Era exasperante. Cada vez me hallaba más harto de todo el asunto, pero realicé un último esfuerzo.

—¿Quién es el administrador de esta finca?

—La firma Bromberg y Spitz, situada en el Loop. Las oficinas están en el Loop —repitió, retirándose y cerrando de un portazo.

Aquella noche tenía que cenar con Cage, cosa que hicimos juntos en una cafetería.

—¿Por qué estás tan deprimido, April? —se interesó mi amigo—. ¿No has encontrado a la persona que buscas?

—No.

—Lo cual me recuerda que tendrás que devolverme la credencial.

—La necesito aún. Te la devolveré dentro de un par de días. Hasta el momento no he tenido éxito, pero mañana probaré en otro sitio. He de visitar a los administradores de fincas, Bromberg y Spitz.

A Cage estuvo a punto de volcársele la taza de café.

—¡Diantre! —exclamó—. No muestres la tarjeta a esos señores. Realizan muchas transacciones con nuestra compañía.

—¿De veras?

—Naturalmente. Todas las semanas hay cartas tuyas en los ficheros. Nosotros aseguramos a muchos clientes tuyos. ¡Nos proporcionan buenos beneficios!

—¿Quién firma esas cartas?

—Alguien de categoría llamado Keeley.

—¿Lo conoces personalmente?

—No, no conozco a nadie de esa oficina. Sólo archivo las cartas que envían a la compañía de seguros.

Dejó la taza sobre la mesa con bastante fuerza.

—Oye, Danny —me rogó—, no sigas poniéndome en un compromiso.

—No, chico, te lo aseguro.

Al terminar de cenar, aboné la cuenta. Luego, fuimos a jugar a bolos, y a pesar de ganarle tres partidas a mi amigo, también pagué la pista. Finalmente, tomamos un par de cervezas y quedamos citados para otra noche. Me fui a casa y me acosté inmediatamente.

Al día siguiente por la mañana telefoneé a Bromberg y Spitz, y pregunté por el señor Keeley. Éste contestó poco después con voz profunda y resonante.

—Soy Parks, de la Northern Transcontinental —me anuncié.

—Estupendo —voceó Keeley—. ¿Qué tal, señor Parks?

No me conocía en absoluto, naturalmente, pero por su tono parecía que hubiésemos compartido una habitación muchos años.

—Le agradecería mucho que me dijera el nombre del portero que había en el año 1943 en su casa de Oak Park.

—¿Cuál?

Le di las señas.

—Si todavía trabaja por cuenta de ustedes en otro sitio —añadí—, me gustaría saber dónde lo hace actualmente.

—¿Ocurre algo?

—No, nada en absoluto —le tranquilicé—. Se trata de una gestión rutinaria relacionada con una póliza caducada. Lamento tener que molestarle pero creo que usted podrá darme esos datos en un instante... De lo contrario, será para mí una desagradable pérdida de tiempo.

—De acuerdo. Haré que busquen esos datos... —repuso Keeley—. Mi secretaria le telefonará a usted dentro de...

—¡Espléndido! Gracias —afirmé.

Necesitaba pillarlo por sorpresa, pero con rapidez, pues era preciso que no colgase el teléfono.

—Bueno, espere —continué, como dudando—, creo que será mejor que yo vuelva a llamar, digamos dentro de media hora. Voy a salir a la calle... y creo que no regresaré en todo el día. Muchísimas gracias.

Y colgué. Al instante. No deseaba que él me sugiriese que la secretaria podía llamar a la oficina y dejar la información para mí.

Me entretuve en mi despacho una media hora, escribiendo varias cartas, realizando otras llamadas telefónicas y, por fin, volví a llamar a la oficina de

Bromberg y Spitz; pregunté por la secretaria del señor Keeley, que finalmente se puso al aparato.

—Oh, sí, señor Parks. El señor Keeley me ha ordenado que buscase ciertos datos para usted. Bien, aquí los tengo. El portero a quien se refiere usted se llama Frank Royster. Y en el año 1946 fue destinado a otro inmueble.

—¿Sigue allí todavía?

—Sí. Se ocupa de los apartamentos de Lake Plaza, en la carretera Sheridan, 6103.

—Gracias —y colgué rápidamente el auricular.

Traté de estar muy ocupado el resto de la mañana. A mediodía me comí un bocadillo y bebí una taza de café. Luego, cogí un autobús que pasaba por la carretera Sheridan, hasta el número 6100 norte. Los apartamentos de Lake Plaza formaban un pequeño edificio de cuatro plantas, embutido entre otro edificio mayor de una esquina y una residencia por la parte norte. Hallé el nombre de Royster y llamé al timbre. Un individuo alto y delgaducho, con una nariz que parecía colgarle desmesuradamente y un mentón largo y saliente, me estudió desde el otro lado de la puerta cerrada del vestíbulo. Me miraba con hostilidad. Le hice señas para que abriera la puerta. Lo hizo, refunfuñando.

—¿El señor Royster?

—En efecto.

—El señor Keeley, de Bromberg y Spitz, me envía a hablar con usted —dije, a modo de preludeo.

Comprendí que el nombre de Keeley era un *passepar-tout*^[1]. En la fea cara de Royster se dibujó algo semejante a una sonrisa. Abrió la puerta de par en par.

—Baje a mi apartamento —me invitó.

Lo seguí al sótano donde abrió una puerta. El apartamento era pequeño, aseado, aunque había indicios de que era el tugurio de un «solterón». Esto es algo que siempre flota en el ambiente.

—No está casado, ¿verdad? —indagué.

—No; el casamiento es algo que nunca me ha interesado.

Se acomodó en un diván excesivamente blando y me señaló una butaca. Le ofrecí un cigarrillo, que aceptó, y encendimos con una sola cerilla.

—Necesito ponerme en contacto con una señorita llamada Karen Allison —le manifesté—. Es la beneficiaria de una póliza de seguros de mi compañía... la Northern Transcontinental. Esa señorita habitaba en la finca de Oak Park en la época que el inmueble se hallaba a cargo de usted, según tengo entendido.

Mientras hablaba, escruté fijamente su rostro.

—Sí —asintió, con intranquilidad.

—¿Se acuerda de ella?

—Muy bien —admitió—. Era una joven muy atractiva.

Tragó saliva, moviendo visiblemente la nuez.

—Se mudó el año 1943, ¿cierto?

Royster estudió la punta de su cigarrillo, tratando de hacer memoria.

—Sí —repuso lentamente—, fue el año 1943... por el otoño. Debió de ser en octubre, pues entonces finalizaba su contrato.

—¿No dijo dónde iría? ¿No le dio ninguna dirección para que le enviaran su correspondencia?

—No, no dijo nada en absoluto a tal respecto.

—¿Era un apartamento amueblado el suyo?

—Aquellos apartamentos se alquilan sin muebles. Claro que ella poseía muchos.

—¿Los vendió al mudarse?

—No creo... no.

—Por lo tanto, tuvo que trasladarse a otro piso —reflexioné—. ¿Recuerda qué empresa se ocupó del traslado?

Calló unos instantes. Iba ya a hablar cuando cambió de idea. Finalmente, sin mirarme, contestó:

—No, no me acuerdo.

Tuve el presentimiento de que me ocultaba algo. Me levanté y me encasqueté el sombrero furiosamente.

—¡Maldito sea, Royster! —grité—. ¡Está mintiendo con sumo descaro! Seguro como dos y dos son cuatro, sé que usted no ha dicho la verdad. Bien, tendré que comunicárselo al señor Keeley. Estoy seguro de que se le procesará a usted judicialmente, y ojalá que el señor Keeley le ponga de patitas en la calle.

—¡Aguarde... aguarde un minuto! —me rogó, con el rostro congestionado. Sin embargo, no añadió nada más—. No, no me acuerdo...

—¡Si no consigue recordar, no tendré compasión con usted! —le amenacé—. ¡Vamos, escupa todo lo que sepa!

—Siéntese, por favor. Déjeme reflexionar.

Volví a sentarme y aguardé unos minutos mientras él fingía meditar... para salvar las apariencias.

—No recuerdo el nombre de la empresa de transportes —repitió finalmente.

—Ah, pero se acuerda de algo... —insinué—. ¡Por lo menos que existió una casa de mudanzas!

—¿Cómo...? ¡Oh, sí, recuerdo que pasó a recoger los muebles en un camión de mudanzas! Pero no conocía la empresa...

—¿Cómo?

—Bueno, casi todo el mundo, cuando se muda de piso, acude a la empresa de transportes más cercana... o al menos, a alguna que se halle dentro del perímetro adonde se trasladan. Así resulta más económico...

—Y usted no la conocía. ¿No era de Oak Park?

—No, no era de Oak Park.

—Si recuerda que no era de Oak Park, tendrá alguna noción de cómo era el camión.

—No, en absoluto.

—¡Váyase al diablo! —me sublevé—. Necesito saber solamente el aspecto del camión. ¿Cuál era su color?

Afirmó que no se acordaba.

—Mire, Royster, hallaré el camión mal que le pese. Lo hallaré, lo quiera usted o no.

—Verde...

—Si luego resulta que no era verde... ¡no sólo haré que pierda el empleo sino que tendrá que vérselas conmigo personalmente!

—Un momento... tal vez fuese azul.

—¿Azul? ¿Seguro que era azul?

—Sí —repuso.

—¿Cuál era la empresa?

—No me acuerdo.

—¿Qué otro detalle recuerda usted?

—Bueno... en el camión había una franja blanca, de un palmo y medio, aproximadamente, rodeando el vehículo... casi rozando el techo.

—¿Algo más?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien. No puedo darle las gracias. Pero, amiguito, si todo es un embuste más... ¡no tardaremos en volver a vernos!

Al día siguiente empezó mi nueva campaña telefónica. Hice una lista de todas las empresas de mudanzas, clasificadas desde el año 1943 en las respectivas guías telefónicas. Había de quinientas a seiscientas. No sabía por dónde empezar, por lo que fui siguiendo el orden de arriba abajo. Llamaba a un número y preguntaba por el jefe. Cuando éste hablaba al otro extremo de la línea, continuaba:

—Formo parte del Consejo de Seguridad y Tráfico de Chicago. Estamos haciendo una estadística de los colores de los camiones, camionetas y otros vehículos nocturnos. ¿De qué color son sus coches?

El individuo así interrogado me contestaba al punto. La siguiente pregunta servía para descubrir otros detalles.

—¿Siempre han tenido el mismo colorido?

Observé que las empresas solían conservar los mismos colores año tras año... como si fuese una marca registrada. Preferentemente, empleaban el rojo, anaranjado o amarillo. Luego, daba las gracias y colgaba. Cuando me enteraba de que los vehículos eran azules, preguntaba si tenían una franja blanca rozando el techo. Algunas empresas dijeron que sí, pero ninguna tan arriba del vehículo.

Algunas empresas no existían ya, aunque la mayoría continuaban vigentes. Cuando, tres semanas más tarde, telefoneé a la Lima Trucking Company, gastando mi

sexagésima séptima ficha telefónica, me respondieron que sus camiones estaban pintados de azul, con una franja blanca casi rozando el techo. Estaban pintados así desde que fundaron el negocio.

Me presenté allí al día siguiente. La compañía se hallaba situada en el West Side, y parecía ser un negocio importante. Las oficinas de la Lima Trucking Company estaban en un gran almacén que servía como garaje, con el nombre pintado en la fachada. Dentro del despacho, un tipo de aspecto anémico que iba en mangas de camisa y chaleco avanzó hacia el mostrador, preguntándome qué deseaba. Le enseñé la credencial de la Northern Transcontinental y le conté la historia habitual de la póliza de seguros.

—Naturalmente —agregué—, comprendo que le costará bastante examinar los libros atrasados, pero le recompensaré esta pérdida de tiempo.

—Bien —se avino—, ¿qué quiere saber?

—Si ustedes efectuaron el traslado de muebles de una tal señorita Karen Allison, de Oak Park, a primeros de octubre de 1943.

—Esto costará bastante —vaciló aquel individuo.

—¿Mucho tiempo?

—Más de una hora, tal vez. Deme la dirección de Oak Park.

Se la di y añadí:

—Bien, iré a comer un bocadillo en cualquier bar. Volveré dentro de una hora.

Tras haber jugado unas partidas de billar, regresé a la casa de mudanzas; el empleado me espetó categóricamente:

—No; lo he examinado con gran atención y no hicimos ningún traslado a nombre de Karen Allison.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿De aquel mismo edificio tampoco mudaron los muebles de ninguna otra señorita, por la fecha indicada?

Encendí desmayadamente un cigarrillo.

—Ciertamente que sí. Se trataba de una tal Candice Austin.

—¿En octubre de 1943?

—Sí —asintió, después de aclararse la garganta.

¡Era ella! No podía ser una coincidencia. Krassy había vuelto a cambiar de nombre. Abandonó la «K» inicial, sustituyéndola por una «C». Usando el Austin en lugar de Allison, había conservado casi las mismas iniciales. Probablemente, se le habría ocurrido aquel nombre pensando en el paseo Austin de Oak Park.

—¿Adónde llevaron ustedes los muebles de esa damita llamada Austin, por favor?

—Parte de sus muebles los llevamos a Evanston, pero la mayoría los tuvimos almacenados aquí, y los vendimos más adelante.

—¿Conservan la dirección de Evanston?

—Naturalmente.

Regresó a su mesa y buscó en un libro muy voluminoso, forrado de lona, con unas hojitas rosadas, de un tono muy tenue; empezó a hojearlo y al cabo de unos minutos levantó la cabeza hacia mí.

—Hotel Lake Towers, de Evanston.

—Gracias —dije, y le entregué cinco dólares de propina.

Segunda Parte

KRASSY

Krassy se mudó, y se fue a vivir al apartamento de la calle Delaware. Era pequeño, con una salita donde había una cama empotrada en la pared, y una puerta corredera que comunicaba con una cocinita bien surtida. En cambio, el cuarto de baño era amplio, con ducha y un armario donde guardar las escasas prendas de su guardarropa. No obstante, el armario empezó a llenarse. Además del vestido y el sombrero ganado en el distrito de los mataderos en la primavera anterior, se compró otros dos en el verano, junto con el blanco y los otros dos completos, conseguidos gracias a la cuenta de crédito de Larry Buckham. Se sentía tan dichosa con sus vestidos nuevos, su pisito actual y la libertad recién adquirida, que no volvió a acordarse de Larry Buckham, de la señorita Dukes ni de Clarence Moon.

Sin pérdida de tiempo, fue a visitar a la señorita Goodbody, llevando consigo varios papeles de los que había hecho imprimir. La señorita Goodbody aceptó inmediatamente el escribir una carta de referencias.

—¿Qué pongo? —quiso saber.

—Empiece diciendo: «A quien le interese», y límitese a consignar que he sido su secretaria durante cinco años, que soy muy honrada y eficiente. Y si alguien exige más referencias, haré que hable con usted.

La señorita Goodbody se sentó ante su mesita, y, mojando la pluma, con una mano algo reumática, escribió con trazos muy claros y anchos:

A quien le interese:

La señorita Karen Allison ha estado a mi servicio como secretaria particular, durante los últimos cinco años. En este tiempo, ha demostrado poseer unas notables aptitudes en todos los aspectos de su labor (...), capacitada, consciente y digna de la mayor confianza. Pero con hondo pesar por mi parte, me veo obligada a prescindir de sus servicios. Si alguien desea darle empleo y necesita más referencias, me ofrezco incondicionalmente para recomendar plenamente a la señorita Allison.

Afectuosamente,

—¿He de firmar con el nombre de Van Doren? —preguntó la señorita Goodbody.

—Si, por favor —repuso Krassy.

La otra firmó con el nombre de Geraldine K. van Doren.

—Acuérdese de este nombre si alguien telefona y pregunta referencias mías —le indicó Krassy, inquieta.

—Naturalmente —asintió la señorita Goodbody—. Para empezar, apenas llama nadie, y además, no estoy acostumbrada a que me llamen «señora» —rió la mujer.

—¿Dará buenos informes?

—No te preocupes. Cuando te haya recomendado, creerán que eres la señorita Katherine Gibbs que está de vacaciones, la cual, según sabes, es la secretaria más famosa de Norteamérica.

Con una apariencia y una compostura irreprochables, Krassy se presentó en las oficinas de Jackson, Johnston, Fuller y Greene. Andando firmemente, con gran aplomo, pasó por el vestíbulo de mármol del piso vigésimo noveno. Llevaba un elegante vestido negro, muy reluciente el cabello rubio, y se dirigió a la muchacha recepcionista.

—Desearía hablar con el señor director —pidió.

La recepcionista fue la primera en desviar la mirada.

—¿Está citada?

—No. No estoy citada, pero busco empleo y desearía hacer una solicitud.

—¿Cuál es su profesión? —quiso saber la recepcionista.

—Soy secretaria.

—Oh... —se sorprendió la otra joven—. Entonces, ha de ver al señor Bard. Es el jefe de personal de la oficina, excepto del personal de la sección artística.

—¿Puedo, pues, ver al señor Bard?

—Un momento, por favor.

Levantó uno de los diversos teléfonos que campeaban sobre la mesa y pidió la oficina del señor Bard.

—Señor Bard —continuó luego—, aquí recepción del piso veintinueve. Hay una señorita que desea un empleo como secretaria. ¿Quiere verla?

En la voz de la joven había una nota de desaprobación que molestó a Krassy. Tras una breve pausa, la recepcionista añadió:

—Sí, señor Bard, perfectamente; así se lo diré.

Krassy comprendió claramente que el señor Bard no quería recibirla y súbitamente arrebató el receptor a la otra joven y empezó a hablar serenamente.

—Perdone, señor Bard. Soy Karen Allison... la secretaria de la señora Van Doren.

—¿La señora Van Doren? —repitió el señor Bard. Por lo visto, trataba de recordar aquel nombre.

—Sí —especificó Krassy—, la señora Geraldine K. van Doren —dándole a su tono de voz un intenso significado.

Presintió inmediatamente la reacción al otro extremo de la línea, ya que la voz masculina contestó como si supiera quién era la tal Van Doren.

—Durante cinco años he sido su secretaria particular —continuó Krassy—, pero se marcha a México y no me lleva consigo. Me dijo que usted seguramente podría colocarme porque tenía muchas amistades, muchas relaciones... y que me orientaría

en este sentido.

A Krassy se le quebró la voz como si estuviese desamparada.

—Sí, ciertamente... ciertamente —tartamudeó la voz del señor Bard. Parecía muy satisfecho por la importancia que la señora Van Doren le concedía. Además, puesto que no se trataba de facilitar inmediatamente un empleo, era evidente que respiraba más libremente—. Bien, hoy tengo el día muy ocupado. No obstante, si desea aguardar unos minutos, con mucho gusto la recibiré.

—Gracias, esperaré.

Colgó el teléfono, y aguantando la furiosa mirada de la recepcionista, le dijo con fría cortesía:

—Gracias a usted también.

Atravesó la sala de recepción y se instaló en un diván cómodo y moderno, ante una mesita lacada en rojo. Lentamente, hojeó una revista. Poco después, apareció una secretaria que la condujo a través de innumerables corredores hasta el despacho del señor Bard.

—¿Qué tal, señor Bard? —saludó con desenvoltura—. Soy Karen Allison.

—Sí, señorita Allison... Siéntese, por favor.

Krassy se sentó con toda corrección, con los tobillos juntos. Se inclinó hacia adelante y depositó la carta de Geraldine K. van Doren encima del escritorio. Mientras el señor Bard la leía, Krassy estudió las características del hombre que tenía delante. Leyó en su semblante con la misma facilidad con que aquel individuo leía la carta.

—Hum... perfectamente —aprobó el señor Bard—. Estaba tratando de recordar cuándo vi por última vez a la señora Van Doren.

—Lo ignoro, señor Bard. La señora Van Doren se ocupa de tantas empresas... que lo mismo puede tratarse de un negocio como de una relación social.

El señor Bard asintió con la cabeza, mas su expresión indicaba la confusión que le embargaba.

—Sólo he trabajado para la señora Van Doren —explicó Krassy—, e ignoro qué debo hacer para conseguir otro empleo.

Levantó la cabeza y contempló fijamente al señor Bard por debajo de sus delicadas cejas.

—Sabe mecanografía, claro... —indagó el señor Bard.

—Oh, sí, y taquigrafía al dictado. Yo me cuidaba de toda la correspondencia de la señora Van Doren... tanto la social como la comercial. Había mucho trabajo, claro está...

—¿Puede hacer cien palabras por minuto?

—Perfectamente —replicó Krassy con tono desenvuelto.

—En este caso, señorita Allison, me gustaría ayudarla —dijo Bard cautelosamente. Luego, volvió a mostrarse perplejo.

—Oh, es maravilloso, señor Bard —pareció entusiasmarse Krassy, que recurrió a

aquel ardid para acabar de decidir al indeciso señor Bard—. Sabía que usted me ayudaría. En esta magnífica oficina me encuentro ya como en mi propia casa.

Bard intentó dominar la conversación, pero Krassy prosiguió casi sin respirar:

—Todas las personas que trabajan aquí parecen tan educadas, tan simpáticas... Oh, sí, será magnífico trabajar aquí. Y sé que usted será un jefe espléndido... ¡y el más humano del mundo!

—Bueno, en nuestra agencia publicitaria no hay jefes —replicó Bard, sentenciosamente—. Todos trabajamos en equipo. Siempre me gusta destacar que yo no soy un jefe...

Calló de repente. Acababa de comprender que se había metido en una ratonera.

—Usted será siempre mi jefe, señor Bard —le aseguró Krassy, con admiración—, y siempre seré su más humilde servidora.

El señor Bard se encontraba incómodo, pero le resultaba difícil no esponjarse ante aquellas palabras, y no actuar como el pavo real cuando se ufana de todo su plumaje.

—Bien, en la actualidad hay un exceso de personal —objetó lentamente—, y no sé dónde podremos colocarla...

—En cualquier parte, señor Bard. Haré lo que usted me ordene.

—Bien, entonces... —tartamudeó el señor Bard, con voz apagada—, venga a verme mañana a las diez.

—Muchísimas gracias, señor Bard.

Krassy permaneció un instante en el umbral de la puerta, contemplando al jefe de personal con admiración. Sonrió y él le devolvió el cumplido.

—Hasta mañana —despidióse Krassy.

—Sí, hasta mañana.

Cuando ella hubo salido, Bard se sentó a su escritorio y empezó a reflexionar de qué forma podía complacer a la muchacha.

—¡Caramba! —exclamó sorprendido—. No tenía la menor intención de emplearla aquí.

Decidió llamar a la señora Van Doren. Tal vez todavía hubiera alguna forma de eludir aquel compromiso. Pero después de aquella llamada, Krassy quedó colocada.

Krassy se convirtió en la recepcionista del piso vigésimo noveno. La señorita Brandywine, que ocupaba aquella plaza, recibió el sueldo de dos semanas y, con gran sentimiento por parte de la razón social Jackson, Johnston, Fuller y Greene, le manifestaron que sus servicios habían dejado de interesar a la empresa. Krassy se hizo cargo de su escritorio y de sus tareas, que consistían en saber en todo momento dónde se encontraba todo el personal, incluidos los ejecutivos, y en mantener contacto con los otros dos pisos, formando como una barrera inexpugnable contra los corredores y viajantes que solicitaban entrevistas.

Krassy fue acogida con suspicacia y desconfianza por parte de las demás

empleadas. La señorita Brandywine era muy popular entre las demás chicas de la agencia de publicidad, y no tardó en saberse en toda la oficina la forma en que Krassy obtuvo su empleo. La muchacha ignoraba tales comentarios, que acrecentaron su impopularidad, concentrándose en su tarea. Trataba de ser amable con todo el mundo... especialmente con el señor Bard, que todas las mañanas pasaba corriendo hacia su despacho, con gesto desconcertado cuando la veía. Desde la primera entrevista con Krassy no había tenido otra ocasión de hablar con ella en privado.

Cuando la joven se halló al corriente de las costumbres de la casa, observó que, diariamente, se pronunciaba el nombre mágico de Stacey H. Collins. Era el vicepresidente de la compañía y controlaba el negocio y la facturación del gran imperio comercial de la Joy Drug. Collins estaba casado con la hija de Hugh Stanton, presidente y director del consejo de administración de la poderosa compañía de productos químicos. El día que se casó con Virginia Stanton recibió el estado de cuentas de la Joy Drug. Una semana más tarde era el vicepresidente de la Jackson, Johnston, Fuller y Greene. Pese a esto, Collins no era un ejecutivo vulgar, ni menos un vulgar cazadotes, ya que poseía una experiencia de quince años en el negocio publicitario. Era enérgico, agresivo, capacitado.

También era ambicioso.

Lo mismo que Krassy. La joven comprendió que Stacey Collins era el hombre a quien debía conocer. A este fin, trazó sus planes, aunque tuvo que esperar con mucha paciencia a que madurasen. La oficina de Collins se hallaba en el piso trigésimo primero. La primera vez que Krassy divisó a Collins un breve instante en el vestíbulo de mármol, él no se dignó concederle ni una sola mirada. Iba acompañado de dos individuos muy atareados del registro artístico y de un director de arte. Los cuatro gesticulaban y discutían.

«No ha reparado en mí —se dijo Krassy—, pero no tardará en hacerlo».

Collins era un tipo regordete, de cuerpo recio, que demostraba una enorme vitalidad al andar. No era alto, pero tampoco bajo. Su estatura era de un metro setenta, y al andar su paso era firme y seguro. Krassy calculó rápidamente sus pupilas negras y vivaces; sus cabellos negros y lisos, y sus tensas facciones.

«Pensaré en mi proyecto», decidió Krassy. Y se aplicó a tal labor.

Cuatro meses después, detuvo al señor Bard cuando éste pasó por el vestíbulo.

—¿Podría hablar un momento con usted, señor Bard?

—Ciertamente, señorita Allison —asintió Bard. Luego, calló un momento, considerando evidentemente la mejor forma de invitarla a entrar en su despacho. Luego, agregó—: ¿En qué puedo servirla?

—Me he enterado de que la señorita Moore, del piso trigésimo primero, se ha despedido —explicó Krassy.

—Sí, creo que se casa.

—Bien, si todavía no tienen comprometida su plaza, me gustaría ser trasladada allá arriba.

—¿Por qué? El sueldo es el mismo...

Krassy ganaba cuarenta y dos dólares con cincuenta a la semana.

—De acuerdo —convino la joven—. No se trata del sueldo. La agencia... y todo cuanto se relaciona con ella, me fascina. Desearía llegar a conocer todos sus problemas... sus recovecos. De este modo, algún día podré llegar a ser mucho más útil a la empresa.

Bard le dirigió una mirada de aprobación.

—Me lisonjea mucho que la gente joven piense de esta manera tan acertada, lo cual es señal de que sigue la buena senda. Estoy seguro de que tiene usted por delante un futuro muy brillante, señorita Allison.

—Gracias —dijo Krassy, con expresión algo inquieta—. Ojalá acierte, señor Bard.

Cuando la señorita Moore se despidió, todas las empleadas de la oficina contribuyeron con una cuota a obsequiarla con una tostadora de pan eléctrica, colocada en una bandeja de nogal. La bandeja contenía también un artefacto que mondaba limpiamente la corteza del pan.

La frialdad que había envuelto a Krassy en la salita de recepción principal, no la acompañó al último piso. Allí había media docena de mecanógrafas y las secretarías privadas de los jefes de sección y los ejecutivos contables de la empresa. Entre los pisos vigésimo noveno y el trigésimo primero se hallaba la actividad vivísima, agotadora, arrolladora del piso trigésimo, donde trabajaban los empleados de las «secciones creadoras».

En pequeños espacios claramente delimitados, como si fuesen caballos de pura sangre, en una hilera detrás de otra, los guionistas literarios ponían a pleno rendimiento sus cerebros, y hacían funcionar incansablemente las máquinas de escribir, en busca de nuevas ideas para los anuncios en diarios y revistas. En otros cubículos semejantes escribían varios jóvenes para la radio, con gran malhumor, gafas comerciales, hablando enojados acerca del conjunto de aquel «maldito negocio».

Bien protegidos del público por medio de tabiques de cristal, un grupo de artistas y diseñadores producían, a diario, una labor artística, con la maravillosa precisión mecánica de las máquinas... grupo que a veces estallaba en un alboroto casi indescriptible.

Un cerebro director del departamento ejecutivo tuvo la brillante idea de suscribirse a un servicio musical por radio, para ahuyentar la pavorosa monotonía de las oficinas. Leyó un día en una revista que se había comprobado que en una manufactura de tubos de hierro, la música había hecho aumentar el rendimiento de los obreros en un dieciocho por ciento.

Entonces, se instaló el mismo servicio en la agencia de publicidad, y de diez a doce por las mañanas y de dos a cuatro por las tardes, se daba a los artistas una ración de discos escogidos.

Durante aquellos conciertos diarios, los artistas empezaron a aplicar letra propia a las músicas, procurando que en las mismas hubiese el mayor número de palabras obscenas.

Primero, los directores de las secciones literarias, de radio y artística, protestaron... no sólo entre ellos, sino ante sus superiores. Cuando el director artístico llamó a uno de sus colaboradores para saber su opinión, los demás abandonaron sus asientos, formando corro.

—Óigame usted —dijo el artista, que acababa de inventar una letra que trataba de un sistema revolucionario de casa de prostitución, acompañando a la música de «Ah, dulce misterio de la vida...»^[2]—. Estoy precisamente dibujando esta dama. ¿Para quién es?

—Para la «Forma renovada de sostenes» —replicó el director artístico.

—De acuerdo —asintió el artista—. Por tanto, esta dama debe tener un busto orondo, ¿no es eso?

—Pues... sí.

—Conforme —continuó el artista—. Un par más de canciones como ésta, y esa damita gozará de la mayor pechuga que haya disfrutado jamás una mujer... y el cliente quedará tan entusiasmado y excitado, que no regresará a su casa en una semana entera.

Poco a poco, las secciones literarias y de radio terminaron por acompañar habitualmente a la sección artística, coreando en voz alta la letra obscena de las canciones, con lo que el escándalo llegaba hasta la beatería del piso trigésimo primero. Al cabo de un mes, se interrumpió el servicio de música por radio.

Krassy apenas penetraba nunca en el piso trigésimo. Las apreciativas miradas de los artistas la ponían nerviosa. Los escritores, con la facilidad ganada por la práctica, le dirigían palabritas dulces y frases con doble intención, lo cual le daba la sensación de poseer poca instrucción y una educación deficiente. Comprendía las grandes lagunas de su formación intelectual, mas procuraba conservar su rostro sereno y sus facciones inalterables. Experimentaba la impresión de seguridad cuando, después de una de sus raras visitas a las secciones creadoras, regresaba a la digna tranquilidad del piso trigésimo primero, donde procuraba esmerarse en su tarea.

A partir del primer día, se hizo el propósito de saludar al señor Collins por su nombre cuando comparecía por las mañanas.

—Buenos días, señor Collins —decía con frialdad y gran aplomo en aquel momento, esperando que él se dignara contestarle algún día.

La primera vez, Collins se detuvo y le dirigió una mirada inexpresiva.

—Buenos días —replicó con sequedad, siguiendo rápidamente su camino.

Krassy continuó con su saludo rutinario. Un día, Collins le preguntó su nombre y a partir de entonces adoptó la costumbre de responderle:

—Buenos días, señorita Allison.

Una tarde, la señora Collins se detuvo unos instantes en la sala de recepción,

rogándole a Krassy que la anunciase. Virginia Collins era una mujer alta y esbelta, que se movía graciosamente y con naturalidad. No era guapa. A Krassy, en realidad, le pareció muy poco atractiva. Tenía una cara alargada y afilada, unos labios gruesos y ojos pardos. Las cejas eran naturales y espesas. La cabellera ostentaba un color castaño claro, y era corta y ondulada en torno al semblante. Llevaba un abrigo de visón color crema, echado de cualquier forma sobre los hombros, con las mangas colgando a los lados. Krassy observó que bajo el abrigo el vestido que llevaba era de género de punto verde.

«¿Ésta es la señora Collins? —pensó para sí la joven, escrutándola de arriba abajo mientras recorría el pasillo en dirección al despacho de su esposo—. No parece una gran dama», acabó con cierta decepción.

Cuando vio por primera vez a la señora Collins, Krassy llevaba unos seis meses en la agencia. Durante aquella época, no se había citado con ninguno de los individuos que trabajaban en la empresa. Todos los ejecutivos estaban casados y sólo los artistas permanecían solteros. En la reunión anual de Navidad, en la que Krassy tomó parte poco después de entrar en la empresa, conoció a varios artistas. Uno tras otro, como en una carrera de competición, la invitaron a cenar en los meses siguientes. Pero a Krassy no le interesaban. No quería comprometerse con ninguno; sólo deseaba una libertad absoluta para poner en práctica su proyecto respecto a Collins.

Pero los meses iban transcurriendo y Collins resultaba tan inabordable como la primera mañana en que Krassy lo saludó. Mientras tanto, su situación económica empezaba a ser crítica. El dinero recibido de Larry Buckham casi había desaparecido. La joven trató de economizar al máximo su reducido sueldo a fin de pagar el alquiler y mantener su ropa en buen estado. Sus comidas consistían principalmente en bocadillos y café, que tomaba en su apartamento; en la oficina nunca comía. Tras meditarlo profundamente, Krassy decidió que había un escritor del que podía aceptar alguna cena de vez en cuando.

Tim O'Banion era un hombre maduro que se ocupaba de la literatura publicitaria. Sus escritos eran agudos y prestaban eficacia a muchas de las campañas más importantes de la agencia. Era un irlandés insolente, que escribía con gran cinismo respecto a todos los temas que se le ofrecían. Llevaba chaqueta y pantalones de color diferente, y usualmente calzaba unos mocasines de gruesas suelas de caucho. Fumaba cuatro paquetes de cigarrillos diarios, aunque bebía con moderación. A los treinta años de edad, O'Banion tenía unos ingresos anuales de dieciocho mil dólares, que gastaba rápidamente con mujeres. Cuando conocía a una, sólo le era fiel el tiempo suficiente para poder realizar la exploración concienzuda de todas las curvas de su cuerpo, dejándola vacía de ideas, pensamientos e inhibiciones. Tan pronto como la conocía por completo, acababa su interés por ella.

O'Banion y la chica de turno siempre se separaban amistosamente; en algunas ocasiones, él la llamaba durante una breve temporada, y a ella, por lo regular, le

gustaba escuchar su voz. O'Banion conoció a Krassy en la reunión de Navidad, y la joven le gustó. Sus invitaciones, sin embargo, fueron rechazadas cortésmente. Luego, empezó a comparecer por la recepción del piso vigésimo noveno, hasta hacerlo a diario y charlar con la muchacha. Cuando la trasladaron al piso superior, Tim continuó su plan de conquista.

—Ah, Karen —solía exclamar, y luego añadía algún fragmento poético:

*Tu belleza, oh, hermosa, es para mí,
como la de las naves de Nicea,
que en épocas remotas navegaban
por mares aromados por la brea...*

Callaba y escrutaba su rostro para observar el efecto causado. Luego, le preguntaba repentinamente:

—Bien, ¿qué hacían aquellas naves?

Krassy permanecía perpleja, sin saber qué responder, porque lo ignoraba todo en poesía, y trataba de eludir la contestación, pero O'Banion la instaba más, gozando con ponerla en un aprieto.

—Diantre, Karen... ¿o señorita Allison? Éste es el tema principal de la encuesta. ¿Qué hacían aquellas diminutas y malolientes naves? ¿Zarpaban para hundirse en el mar?

*El ladino aventurero,
cansado de navegar,
algún día regresaba
a la playa de su hogar.*

Krassy, enfadada por la intimidad de sus bromas, se afanaba con los teléfonos. O'Banion aguardaba con paciencia a que terminara.

—¿Cenamos juntos esta noche, Karen?

Apoyaba una pierna en el borde del escritorio y exhalaba nubes de humo, sin hacer caso de la negativa de la chica.

—Piensa en ello, Karen; en esta cena te daré una lección gratuita de poesía americana.

Otras veces comparecía súbitamente en recepción y hurgaba en un bolsillo de la chaqueta, repleto de diversos objetos. Empezaba entonces a sacar notas escritas, trozos finales de lápices de copia, un encendedor, un paquete de cigarrillos y un manojo de llaves. Por fin, exhibía un ramito de violetas que empezaban a marchitarse.

—Sé que es muy poco, Karen —murmuraba tristemente—, pero lo que cuenta es

la intención. ¿Qué importa que esta mañana las haya arrancado en el cementerio?

Krassy lo contemplaba con suspicacia, sin saber si hablaba en serio o en broma. Una vez entregadas las violetas, O'Banion regresaba a su piso.

La primera noche que Karen cenó con O'Banion, éste fue a buscarla. Tuvo que aguardar bastante en el portal. Cuando, por fin, ella apareció, el joven no la reconvino por su tardanza y la invitó al Continental House, un restaurante famoso, acreditado por su excelente cocina. O'Banion demostró que era allí bien conocido, y el *maître* le dio la bienvenida. Durante la cena, Krassy escuchó con una absorta atención el monólogo de O'Banion, que tocó muchos temas. Cuando la acompañó de nuevo a su pisito, la dejó en el portal sin intentar besarla al despedirse de ella.

Pero al día siguiente, envió a su domicilio una docena de rosas, que ella encontró al volver de la oficina.

O'Banion continuó, a partir de entonces, invitándola a cenar varias veces por semana. No parecía estar hechizado por la seducción de la muchacha, ni efectuó el menor intento de aproximación física, contentándose con hablar solamente. Charlando ampliamente sobre libros, política, teatro, arte, ciencia, *ballet* y filosofía, consiguió mantener despierta la curiosidad de la joven. Gradualmente, Krassy se acostumbró a escucharlo sin miedo a posibles consecuencias posteriores, y aguardaba casi con impaciencia el momento de acudir a aquellas cenas. Krassy se interesaba ya por el nuevo mundo que O'Banion desplegaba ante sus ojos. Empezó leyendo libros que él le alabó. Algunos domingos la llevó a museos de arte, mostrándole las obras maestras y la técnica de los grandes artistas, con un resumen de la vida de cada uno. Krassy absorbía todo cuanto oía.

Una noche, O'Banion apareció en su apartamento con un pequeño fonógrafo y varios discos. En el bolsillo de la chaqueta llevaba una botella de Grand Marnier. Le regaló el fonógrafo a Krassy, junto con los discos.

—Pensé que esto te distraería, si no tenías ninguno.

Era la primera vez que subía al apartamento y se dedicó a observar todos los detalles.

Krassy fue colocando los discos en el aparato y O'Banion se metió en la cocina. Sacó cuatro vasos del armarito de metal, llenó dos con el licor, y otros dos con agua y hielo. Luego, se instaló en el sofá y entregó a la joven sus dos vasos.

—Pruébalo.

—¿Qué es?

—Grand Marnier. Te gustará.

Krassy probó el licor con precaución y al momento notó una oleada de calor muy agradable en todo su cuerpo.

—Sí, es estupendo. No lo conocía.

—Hay muchas cosas que no conoces —replicó él—, con la posibilidad de que jamás llegues a conocerlas. Oh, sí, es muy posible que consigas lo que *crees* desear... —calló, encogiéndose de hombros—. En el fondo, no soy más que un sensual. Sólo

me encantan las cosas que percibo, como gustar, oír y disfrutar. Esto aparte, no existe nada que sea realmente importante.

La contempló un instante, cogió un disco y añadió:

—No obstante, según como tú eres es posible que mi estilo no sea el mejor.

Krassy iba sorbiendo lentamente la bebida, acurrucada en el diván.

—¿De qué compositores son esos discos? —inquirió.

—Bach y Brahms, entre otros... Sibelius, Monteverdi y Couperin.

—Cuéntame todo lo que sepas de ellos —le rogó la muchacha.

O'Banion se entregó a una prolija descripción. Mientras escuchaba la música, y con el calorcillo producido por el licor en su cuerpo, Krassy se dedicó a estudiar las facciones y los gestos del amigo, así como la modulación y el ritmo de sus palabras. De pronto, observó que en su interior iba naciendo un sentimiento nuevo y extraño. En algunas ocasiones, las manos de O'Banion rozaban los brazos de ella, cosa que en lugar de enojarla, esperaba con ansiedad.

«¿Le estoy deseando —preguntóse sorprendida—, o le quiero ya?».

Cuando él se ponía de pie para cambiar el disco del fonógrafo y servir más licor, ella observaba cómo se movía por la estancia, en dirección a la cocina.

«Habla... habla —pensó—, con intención de conquistarme, alucinándome con sus palabras... drogándome pérfidamente, haciéndome sentir un deseo que no existe. Que no Existe más que en mi imaginación, que todo lo trastorna. Sí, sé que me desea, me desea, oh, sí... Y no tiene más que tomarme, pero se contiene siempre... ¡siempre! Y ahora, soy yo la que desea estar pegada a él. Oh, le quiero más que él a mí...».

O'Banion volvió al sofá. Echó una breve ojeada a la muchacha, y por su expresión comprendió que ya era suya. Con la enorme facilidad hija de su experiencia, convirtió el deseo de Krassy en una llama ardiente, que después trató de apagar.

Con la cabeza recostada en un hombro del joven, Krassy se iba desahogando con profundos suspiros. O'Banion encendió un cigarrillo.

—Karen, algún día serás toda una mujer.

Krassy le miró visiblemente enojada. Mas la ansiedad y el deseo que habían consumido su cuerpo, dejando en su lugar sólo la resaca que es consecuencia de una droga, era muy difícil de combatir. Por tanto, se volvió de lado, tranquilamente, y rodeó a Tim con sus brazos.

—¿Me quieres? —inquirió.

—Mejor no.

—¿Por qué?

Los ojos azules de O'Banion, medio adormilados y cargados de experiencia debida a sus muchas conquistas, la escrutaron pensativamente.

—Tal vez sea porque me das miedo, Karen —contestó—. Todo aquel que se entregue a tu amor se moverá en un mundo extraño. No sé qué pretendes, querida. Y

no estoy seguro de ser yo el individuo que haya de ayudarte.

Krassy aflojó lentamente su abrazo, retorciéndose los dedos de los pies. Había mantenido lujuriosamente su cuerpo en tensión, y entonces lo relajó como cuando se afloja un muelle en una máquina.

—¿Tan rara soy?

—Sí —confesó O'Banion, levantándose de repente—, eres muy rara... Además, eres la mujer más hermosa que he conocido... ¡Demasiado hermosa para ser real!

La contempló intensamente y continuó:

—Ah, tal vez ahí resida el meollo de la cuestión. No posees una existencia real.

—¿Qué quieres dar a entender con ese galimatías? —preguntó Krassy, enojada y apoyándose sobre un codo.

O'Banion alzó los hombros y volvió a abatirlos lentamente.

—No puedo darte una razón concreta. Yo mismo no lo entiendo. Tu aspecto es el de una mujer, pero te comportas como una salvaje; andas como un maniquí viviente, con todos los mecanismos defensivos de Freud. Escuchas constantemente y apenas hablas. ¿Qué clase de mujer eres? Sí, esto me obliga a reflexionar... ¿Por qué no habla?, suelo preguntarme. ¿Para disimular su ignorancia? Me gustaría saber la verdad. En realidad no lo sé, Karen, de veras —extendió suavemente las manos—. Pero algo sí que sé.

—¿Qué?

—Que quiero volver a verte mañana por la noche.

Krassy sonrió interiormente.

Pero Krassy sonreía con demasiada facilidad.

Consideraba que era la amante de O'Banion, pero jamás llegó a dominarlo. Él, cada semana, pasaba con ella varias noches; iban al teatro, a la ópera y al *ballet*; le regalaba libros, discos y otros obsequios... Muchos, de precio. Pero jamás le dio dinero, y ella no consiguió saber dónde pasaba O'Banion el resto de las noches de la semana.

Krassy aguardaba ansiosamente las noches que estaba citada con él, y comprendía que en su existencia tenía lugar un movimiento alterno, como el flujo y el reflujo de la marea. No obstante, sentía en su interior una necesidad, un anhelo, que O'Banion jamás satisfaría por entero. Físicamente, él la incendiaba con un fuego que ardía hasta llegar a cortarle la respiración, pero sentimentalmente Tim se libraba de su apetito insaciable. Y Krassy deseaba precisamente este dominio, esta sensación de poder. Quería ver a O'Banion muerto de anhelo, de deseo, consumido por el fuego del amor; pero jamás lo consiguió.

«No quiero a O'Banion —se repetía una y mil veces—. Sí, le necesito, pero no le quiero».

A pesar de todo, lo más importante era que Krassy le respetaba. Gracias a O'Banion, la joven encontró el camino que conducía a las esferas de la música, la literatura y el arte... aquellas cosas reales y superficiales que ella apenas conocía.

Aprendió a servirse de las frases de él, absorbiendo completamente sus ideas, sus gustos y sus prejuicios. Todo lo adoptó como si fuese suyo, sin preocuparse de que representasen una apreciación extremada y sofisticada, basada en una educación, un oportunismo y una riqueza que ella no poseyó jamás. Krassy, sin saberlo, construía el tejado sobre los cimientos, sin edificar en medio una docena de pisos.

Las relaciones de O'Banion con Krassy continuaron ininterrumpidamente hasta el otoño de 1941. Fue entonces cuando Krassy tuvo su primer contacto con Stacey Collins.

Las oficinas de la agencia publicitaria se cerraban puntualmente a las cinco de la tarde, y salía todo el personal empleado. Las secciones ejecutivas y creadoras proseguían en movimiento hasta haber terminado sus respectivas tareas. Una tarde, a finales de otoño, Krassy se entretuvo en su mesita hasta las cinco y media. Desde la centralita principal, sonó de pronto el teléfono. La telefonista trataba desesperadamente de localizar a Anne Russell, la secretaria de Stacey Collins. Éste llamaba desde Cleveland y la Russell ya había salido, sin que tuviera que volver hasta el día siguiente. Finalmente, Collins pidió hablar con la recepcionista del piso trigésimo primero, si todavía se hallaba en su puesto.

—Señorita Allison —le preguntó la voz de Collins—, ¿está segura de que ya se ha ido la señorita Russell?

—Sí, señor Collins. Hace media hora —replicó Krassy—. ¿Puedo servirle en algo?

—Se trata de una cosa muy importante —respondió Collins, al cabo de unos instantes de reflexión—, y se lo agradeceré mucho. Es sumamente importante, repito, y afecta a nuestro presupuesto y al plan de trabajo para el año próximo. Yo tengo una conferencia con los directivos de Joy mañana por la mañana, a primera hora. Y no sé dónde he puesto algunos documentos. Bien, los necesito urgentemente. En mi escritorio hay una copia al carbón de todo el material, dentro de una carpeta azul. Hay una etiqueta que dice: «Proyectos Joy Drug, 1942». Haga todo lo posible para que yo pueda tener en mi poder este material mañana por la mañana.

—Sí, señor Collins —asintió Krassy—. Lo pondré junto con la correspondencia...

—¡Al diablo la correspondencia! —gritó Collins—. Tal vez la distribuyan demasiado tarde. La conferencia es a las diez de la mañana. Yo he de salir del hotel a las nueve. Por tanto, a esa hora he de tener ya todo el material. Cuando llegue a casa póngase en contacto con la señorita Russell, y dígame que ella me lo traiga todo. ¡Que coja un avión! ¿Entendido?

—Sí, señor —afirmó Krassy—. ¿En qué hotel se aloja, señor Collins?

Él dio el nombre del hotel y colgó.

Krassy contuvo la respiración.

«¡Ésta es la ocasión!», gritó interiormente.

Fue al despacho de Collins y encontró la carpeta azul en su escritorio. Tras

colocarla ante sí, se sentó en el sillón de cuero, y telefoneó a la sección de reservas de la línea aérea. Reservó un pasaje para el último avión nocturno a Cleveland.

Krassy, por descontado, no llamó a la señorita Russell.

Bajó rápidamente al piso vigésimo noveno para contarle al señor Bard que el señor Collins acababa de ordenarle que llevase aquella carpeta azul a Cleveland lo antes posible. Valiéndose de la autoridad de Collins ante Bard, obtuvo rápidamente el dinero suficiente para el pasaje y los gastos del viaje. Luego, con la carpeta y el dinero, Krassy se dirigió a su apartamento a toda velocidad. Hizo la maleta y se marchó antes de la llegada de O'Banion. Aquella noche estaba citada con él. Un taxi la condujo a Palmer House, donde cenó. Después, se metió en un cine hasta la hora de coger el coche que debía conducirla al aeródromo.

Poco después de medianoche, Krassy llamó a la habitación de Collins, en Cleveland. El vicepresidente, que había pasado la noche cenando con unos clientes, se disponía ya a meterse en cama. Medio bebido, se echó un batín encima y abrió. Tambaleándose, contempló estúpidamente a la muchacha.

—¡Señorita Allison! —exclamó por fin.

Excusándose, Krassy pasó al interior.

—Lo siento, señor Collins, pero no pude localizar a la señorita Russell, por cuyo motivo me he permitido traerle yo misma esa documentación. Como usted dijo que era sumamente importante... —dejó flotando la frase en el aire.

—¿Cómo...? ¡Ah, sí, mil gracias!

No se movió de la puerta, mirando a Krassy, aturdido por el licor ingerido y por las extrañas circunstancias de aquella llamada. Krassy avanzó hasta el centro del cuarto.

—Supongo que es esto lo que necesitaba —dijo, entregándole la carpeta.

Collins la examinó y afirmó con el gesto.

—Exactamente.

—¿De qué modo podría cenar alguna cosa? —sonrió Krassy—. El comedor del hotel está cerrado y no pude tomar nada antes de subir al avión.

—Entiendo —asintió Collins—. ¿Dónde se aloja? ¿Ha pedido habitación aquí?

—Aún no. Acabo de llegar y he venido directamente a entregarle esto.

—Bien, de acuerdo. Telefonaré al servicio de habitaciones y pediré algo para usted —dijo Collins, yendo al aparato de la mesita de noche.

A su lado había un vaso de *whisky* con hielo y soda, medio vacío. Lo cogió y lo apuró de un sorbo.

—Ha sido usted muy amable al venir a traerme esta carpeta —dijo después—. Cuando acabe de cenar, pediré una habitación para usted.

Impaciente, golpeó varias veces el teléfono, hasta conseguir comunicación con el servicio de habitaciones. Pidió un bocadillo y café para Krassy.

—¿Desea algo más? —le preguntó a la joven—. Me han dicho que a esta hora de la noche sólo tienen bocadillos.

—Está bien —se conformó Krassy.

—Si no le importa, beberé algo mientras usted come —observó Collins.

Encargó una botella de soda. Al cabo de dos minutos, entró una camarera con la cena de Krassy. Cuando hubo desaparecido, Collins abrió su maleta y sacó otro frasco de *whisky*.

—Permítame que le ayude —se ofreció Krassy, cogiéndole la botella de las manos.

Vertió una doble ración de *whisky* en un vaso, y dejó caer dentro un cubito de hielo, acabando de llenarlo con soda. Le entregó el vaso a Collins que inmediatamente se tragó la mitad. Krassy se instaló en una butaca y dejó el bocado y el café a su lado, en otra mesita; acto seguido, empezó a comer.

Collins iba sorbiendo el *whisky*, observando cómo comía la joven.

—Señorita Allison, es usted una buena chica —dijo finalmente—. Hábleme de usted.

Krassy levantó la vista y sonrió tímidamente.

—Creo que usted es un hombre maravilloso, señor Collins —respondió—. Nunca me cansaría de escuchar las alabanzas que todo el mundo le prodiga. Estoy segura que será mucho más interesante que usted me cuente algo de sí mismo.

Collins apuró el vaso y se dirigió con paso inseguro hacia la mesita para prepararse otro *whisky* con soda.

—¿Qué desea saber? —preguntó halagado.

—Esta temporada he podido observarle cuando pasa por el pasillo —dijo Krassy—. Siempre anda velozmente... casi corriendo. ¿No se cansa nunca?

—Sí, y mucho. Llego a estar tan cansado, que mi cerebro parece de gelatina. Estoy tan harto de esta agitación, que a veces me arrojaría por la ventana —hizo una pausa y añadió—: Aunque bien sé que no debo hacerlo.

—¿Qué hace si se halla en ese estado?

—Salgo y me emborracho. Como ahora —explicó Collins—. Agarro una borrachera fenomenal, una turca inmensa, hasta que llega el momento en que pierdo el sentido. Entonces, han de transcurrir un par de días hasta que vuelvo a mi estado normal. Luego, me encuentro mucho mejor.

—Tal vez sería preferible que tomara otro vasito —insinuó Krassy—. Creo que está fatigado por algo, ¿no es así?

—Sí, estoy sumamente enojado; los clientes creen que yo soy una especie de brujo. Que siempre tengo a mano un remedio mágico o una idea salvadora para curar sus males... males que sólo se deben a su poca inteligencia, a su falta de imaginación. Adoptan unas medidas desdichadas y acaban metiendo la pata en todo. Entonces, esperan que tenga una idea luminosa que les permita librarse del compromiso.

Terminó de beber e, inconsciente de lo que hacía, le entregó el vaso a Krassy. Ésta lo cogió, dejó la silla y le preparó otro trago.

—Siempre buscan el procedimiento más fácil y rápido para salir de líos —

continuó Collins—. Creen que la publicidad podrá salvarles de los apuros en que se meten por su falta de talento, por su pésima coordinación en las ventas, por la dilapidación y encarecimiento de la fabricación, y la deficiente organización y despacho de la mercancía. ¡Oh, sí, estoy harto!

Casi apuró el otro vaso de *whisky* con soda.

—Entonces, ¿por qué no se dedica a otra profesión? —sugirió Krassy.

—Porque necesito dinero —repuso él con franqueza, después de una breve reflexión—. Es del único modo que puedo obtener el dinero que necesito. Sí, me exprimen el cerebro como si fuese un limón, pero lo pagan bien... ¡tremendamente bien!

Collins se hallaba ya casi completamente borracho, aunque seguía hablando con claridad y sin vacilaciones. Pero sus ojos no conseguían enfocar los objetos y todo lo veía borroso.

—Si me lo permite, tomaré un poco de *whisky* —dijo Krassy de pronto—. Termine lo que queda en su vaso y tomaremos la espuela juntos. Después, me marcharé.

Collins vació su vaso de un sorbo y se lo entregó a Krassy. La joven vertió otro doble *whisky* con hielo y soda para Collins, y ella se sirvió unas gotas solamente, llenando el resto del vaso con agua.

Collins se tomó la bebida sin poner objeciones, y se dejó caer al borde de la cama. La joven se sentó nuevamente en su silla, con gran corrección y compostura.

—¿Qué es lo que más desea en esta vida, señorita Allison? —quiso saber Collins.

—Oh, no sé... Nunca lo pensé. Tal vez un hogar y alguien que me quiera. Supongo que como las demás mujeres.

—Lo conseguirá —proclamó Collins con gesto solemne—. Usted es muy bonita, y una mujer bonita obtiene cuanto se propone.

—Vamos, termine su bebida, señor Collins —le instó Krassy—. Luego, me iré.

Collins apuró su *whisky*. Lenta y deliberadamente, con suma cautela a cada gesto que efectuaba, dejó el vaso en el suelo, al lado de la cama. Se incorporó y, después de mantener el equilibrio sólo breves instantes, cayó encima del lecho atravesado, hasta tocar la colcha con la cabeza.

—Buenas noches... señorita Allison —pronunció con dificultad, al tiempo que perdía el conocimiento.

Krassy permaneció inmóvil en su silla, aguardando tranquilamente quince minutos. Luego, se levantó cautelosamente, y se dirigió hacia la cama. Tocó con una mano la cara del vicepresidente de la agencia de Jackson, Johnston, Fuller y Greene, primero suavemente y luego con más fuerza. Collins se hallaba completamente inconsciente. Por fin, Krassy se quitó quedamente los zapatos y las medias, y realizó la misma operación con el vestido. Entonces, apartó la colcha y metió entre las sábanas a Collins, que ya roncaba. Apagó la luz del dormitorio y sólo dejó encendida la del baño, que iluminaba a través de una puerta ligeramente entreabierta. Con los

dedos se quitó un poco de colorete de los labios y untó el rostro de Collins, trazándole unas rayas de carmín.

Se metió en la cama, a su lado, y no tardó en dormirse.

A las siete y media de la mañana siguiente repiqueteó el teléfono, y Collins saltó de la cama, luchando contra el sueño. Una voz muy amable le informó que eran las siete y media, hora en que él había rogado que le llamaran. Collins, tras dar las gracias, colgó el aparato y se sentó en una butaca. Fue entonces cuando reparó en Krassy.

—¡Qué horror! —exclamó, con un cigarrillo en los dedos, a punto de encender.

—Buenos días, querido —exclamó la joven, desmereándose indolentemente.

—¡Qué horror! —repitió él, sacudiendo la cabeza para ordenar sus ideas—. ¿Ha pasado usted aquí... toda la noche?

—¿No te acuerdas? —preguntó ella, con un mohín de picardía.

—Apenas recuerdo nada —confesó Collins, pasándose la mano por el cabello—. Después de cenar con usted... todo resultaba borroso. Creí haberme acostado. ¡Oiga! Supongo que no me desmayé, ¿verdad? —inquirió angustiadamente.

—En absoluto, no tema —repuso Krassy, repitiendo su gesto picarón, con cierta insinuación en su voz.

Collins la miró fijamente.

—Caramba, Stacey, no es muy amable tu saludo matinal...

—Lo lamento... Bueno... Diablos, ¿cuál es tu nombre?

—Karen.

—Te juro, Karen, que no recuerdo absolutamente nada de lo ocurrido —manifestó Collins, dando una fuerte chupada al cigarrillo.

Krassy se desmereó de nuevo, procurando exhibir parte de sus encantos, como por casualidad.

La claridad del día gris resbaló sobre su cuerpo, y su piel adquirió un tono dorado, al reflejarse la luz en sus cabellos. Collins se removió inquieto en su butaca.

—Bien... entonces... entre nosotros, anoche... —tartamudeó, sin poder terminar la frase.

—¿Cómo puedes haberlo olvidado? —rió ella—. Yo no, te lo aseguro.

Se plantó al lado de la cama, cogió la bata que ya tenía preparada para el caso, ciñéndosela firmemente al cuerpo.

—Bien, encarga algo para el desayuno, querido, mientras me ducho.

Tras esto, entró en el cuarto de baño.

Sentado en una butaca, cerca de la mesita dispuesta para el desayuno, con toalla, servilletas y servicio de plata, Collins aguardó a que Krassy regresase del baño. Cuando volvió, él acercó una silla para ella, y se acomodó en otra. Mientras degustaba un jugo de tomate, Collins contempló a Krassy con gravedad.

—Bien, comprenderás que estoy en una situación difícil... si tú lo quieres así.

—No te entiendo —observó Krassy.

—Bueno... —vaciló él—, nunca he mezclado los asuntos comerciales con mis ratos de... de diversión. Las dos cosas no se compaginan. Las chicas de la oficina... o de los negocios de mis clientes, nunca me han tentado. Siempre resultan inquietantes...

Krassy mordió una rebanada de pan tostado, mientras iba sorbiendo lentamente el café.

—Caramba, Stacey, soy una mujer libre, blanca y con veintiún años. Me gustó quedarme aquí anoche, de igual forma que tú insististe desesperadamente para que me quedase. No te he pedido nada... ni espero nada de ti... ¡ni de nadie!

Calló, y tras otro bocado y otro sorbo de café, continuó en tono más bajo:

—Supe bien lo que hacía... aunque tú no, por supuesto. Y no me pesa. Siempre te he admirado... y anoche fui completamente feliz —del tono íntimo pasó a otro de beligerancia—. Pero la noche terminó. Te suplico que lo olvides todo por completo —hizo una pausa, le miró y bajando la mirada, terminó—: Cogeré el primer tren que salga para Chicago.

A Collins le parecía tener el cerebro sumamente alborotado. Sus ideas y pensamientos se entrechocaban mutua y alocadamente. Tenía una sola idea fija: la imagen de la muchacha totalmente desnuda, como la había visto al lado de la cama. Deseaba borrar aquella imagen. Y la noche anterior. Habría querido recordar todo lo sucedido, pero... Bien, quizá la estaba juzgando mal... lo cual le ponía nervioso.

«Tal vez sea cierto que me quiere por mí mismo...».

Krassy no regresó aquel día a Chicago, ni en los siguientes. Collins telefoneó a Chicago, explicándole a Bard que la señorita Allison continuaría en Cleveland para ejecutar una tarea urgente en relación con la conferencia de negocios. No obstante, Krassy volvió a la agencia de publicidad dos días antes que Collins.

Una semana después, la señorita Anne Russell, secretaria particular de aquél, fue trasladada a otro puesto, en el piso vigésimo noveno. Collins le explicó a Bard sus motivos.

—La señorita Allison es muy competente. Y me sacó de un grave apuro en Cleveland. Necesito esta clase de gente a mi servicio.

—Tiene usted razón, toda la razón —asintió Bard—, aunque, según mis informes, la señorita Russell marchó directamente a su casa al salir de la agencia aquella tarde. Y no se movió de allí hasta el día siguiente por la mañana, a pesar de no recibir su encargo.

Cambió de postura, inquieto por hallarse bajo la fija mirada de Collins.

—Bueno —concluyó Bard—, admito que es posible que se trate de un... subterfugio de la señorita Russell.

—No se trata de subterfugios —refutó Collins—. La señorita Russell no me llevó la carpeta, cosa que en cambio sí hizo la señorita Allison.

—Oh, sí —convino Bard, aclarándose la garganta. «Maldito estómago —pensó—. Ojalá no roncase cuando me pongo nervioso»—. La señorita Allison es una empleada muy competente.

Después de instalarse en su nueva oficina, uno de los primeros en visitar a Krassy fue O'Banion. Delicadamente aspiró el aroma de la habitación.

—Aquí falta un poco de aire, ¿verdad, nenita?

—Para mí ha sido una oportunidad maravillosa —replicó la joven algo inquieta.

O'Banion hundió sus manos en los bolsillos de la chaqueta.

—No es sólo a ti a quien se ha ofrecido una oportunidad maravillosa —observó.

—¡Cállate! —se enojó Krassy—. Se trata de un puesto envidiable. Me lo he merecido... y estoy muy contenta.

—Vaya, he aquí a una chiquilla que intenta engañar a Tim O'Banion —se burló éste, saliendo del despachito sin más comentarios.

Krassy sólo veía a Collins una noche a la semana. Entre las obligaciones de la oficina, sus viajes fuera de la ciudad y sus deberes conyugales, a Collins apenas le quedaba tiempo para tener una amante. O'Banion siguió visitando a Krassy varias noches por semana, entrando y saliendo de la vida de la joven de forma plácida y considerada. El joven continuaba con su capacidad para hacerla ascender a unos niveles de pasión que Collins no sabía proporcionarle. Krassy amaba a O'Banion, le necesitaba, y de vez en cuando exigía de él que calmara su ansia de modo perentorio, a lo que O'Banion accedía, demostrando, sin embargo, poco interés.

Entre los dos sólo se pronunció una vez el nombre de Collins. Fue Krassy la que inició el tema. O'Banion, que dejó de acudir a dos citas consecutivas con ella, logró incitar su furor y su deseo a partes iguales.

—Te has enfadado porque acepté mi empleo actual con el señor Collins —observó ella.

—¿De veras, muñeca? —se sorprendió él.

—¡Naturalmente! Sientes antipatía hacia Collins porque es amable conmigo. ¡Tienes celos! Pero, querido, entre los dos no hay nada. Te lo digo sinceramente.

Le rodeó el cuello con sus brazos y le miró fijamente a los ojos.

—No estoy celoso de Collins —objetó O'Banion— y me es indiferente que duermas con él o no.

—¿Cómo puedes hablar de esta manera? Tim, has de saber que no podría dormir con dos hombres... ¡y menos al mismo tiempo! ¿Por quién demonios me has tomado?

—No lo sé —confesó Tim O'Banion.

Krassy se apartó como si él la hubiese abofeteado.

—¿No me crees?

—Oye, Karen —razonó él—, ni te critico ni juzgo tu conducta. No estoy enamorado de ti. En el mundo hay probablemente más de dos mil millones de personas en este momento. Y cada cual desea obtener algo de la vida, y supongo

también que cada cual tiene sus ideas propias sobre la mejor forma de obtenerlo. Si, por ejemplo, tú quisieras dormir con una bomba automática elevadora de agua, como Collins, sería asunto tuyo.

Krassy abandonó el tema, y no volvió a suscitárselo jamás. Sin embargo, quedó grabada en su mente la descripción que O'Banion hizo de Collins, llegando a aborrecerlo por tal comparación. Eficaz, inmovible, solamente sensible a la ambición y a la posesión del poder que da el dinero, pero incapaz de hacerla reaccionar emocionalmente: así era Collins. De todos modos, en aquella época Krassy descubrió un secreto más antiguo que la misma humanidad. Disimuló ante Collins el asco que le producía, y se esforzó por fingir una emoción que no sentía en absoluto, sólo por complacerle y satisfacerle, aplacando de ese modo su ego masculino. La reacción que sin esfuerzo le causaba O'Banion, la imitaba ella devolviéndosela a Collins. A veces imaginaba que O'Banion lo había adivinado.

—En cierta ocasión te aseguré que llegarías a ser una mujer auténtica —le recordó él una vez, sonriendo con cinismo—. Muñeca, has llegado al punto en que puedes engañarte a ti misma. Lo cual ya es una proeza.

Al cabo de unos meses, Collins empezó a mostrarse cauteloso, no queriendo visitar a Krassy en su pisito de Delaware.

—Soy demasiado conocido —se disculpó—, para correr por más tiempo el peligro de tropezarme con conocidos y ponerme en un aprieto. Creo que lo mejor será que te mudes a otro distrito, donde los riesgos sean menores.

—Sí, querido —accedió Krassy—. ¿Has pensado en el distrito?

Collins, que habitaba con su esposa en Winnetka, al norte de Chicago y cerca del lago, reflexionó:

—¿Qué opinas de Oak Park? —sugirió—. Allí conozco a muy poca gente.

—De acuerdo, pero no tengo bastante dinero para alquilar un apartamento en aquella zona —se inquietó Krassy—, ni dispongo de mobiliario.

—Esto no debe preocuparte —le aseguró Collins—. Tú busca un sitio tranquilo y cómodo. Yo me encargo de los muebles.

Krassy eligió una casa de aspecto simpático en Oak Park. Era un edificio pequeño, de buen aspecto, en una calle residencial y arbolada. Le gustó su hallazgo... y también la vecindad de Oak Park. La gente allí era muy educada, insensible, aburrida y respetable.

Su piso constaba de una salita espaciosa con chimenea y un gran ventanal; un comedor cómodo y vidrieras a ambos lados; dos dormitorios y cuartos de baño, y una cocina reluciente. Se le ocurrió que podría convertir uno de los dormitorios en sala de música y biblioteca. El alquiler era de doscientos dólares mensuales. Sin muebles.

Cuando se lo contó a Collins, éste le entregó un cheque por el importe de un año de alquiler anticipado.

—Págalo tú y pon el contrato a tu nombre. Busca también los muebles adecuados.

Krassy visitó a un decorador célebre, que poseía una tienda en el paseo Michigan.

Se llamaba Cecil, y Krassy le pidió lo que necesitaba. Cecil, llevándose las manos a la cabeza, replicó que sólo quería cosas convencionales. Krassy se sintió impresionada por las explicaciones del decorador sobre estilos, estructuras y materiales, y se apresuró a retirar sus sugerencias, abandonando el asunto de la decoración y mobiliario en manos de Cecil.

Éste dejó su piso tan perfecto que Krassy quedó encantada. Sólo había visto estancias parecidas en las revistas para el hogar, reproducidas a cuatro colores. Cuando Cecil le entregó la factura, Krassy estuvo a punto de sufrir un síncope, pero Collins no puso la menor objeción. Firmó otro cheque.

—Krassy —añadió luego—, juzgo necesario que calcules lo que necesites mensualmente para el mantenimiento de tu piso. Con lo que ganas aquí te resultaría imposible.

Krassy admitió que no podía sostenerlo con sus propios medios.

—Además, de cuando en cuando necesitarás algunos vestidos... —continuó Collins—. Aunque yo no deseo que vayamos a espectáculos nocturnos o diversiones similares.

—Pero, ¿me quieres? —preguntó ella.

—Sí, Karen. Y te necesito.

Al finalizar la conversación, Krassy recibió un extra de quinientos dólares mensuales para mantener el piso y comprarse ropa.

«Seguramente lo deducirá de sus gastos personales», pensó la joven, y la idea no le disgustó.

La noche que O'Banion visitó el nuevo piso, lanzó un silbido de admiración.

—Admiro tu buen gusto —exclamó con seriedad—. Me imagino que habrás tenido un trabajo inmenso.

—Sí —mintió Krassy—, y estoy muy contenta.

No estaba segura de si O'Banion se burlaba de ella.

—Yo no lo habría realizado mejor —confesó él—, aunque, con franqueza, resulta demasiado femenino para mí.

Movió las manos y sonrió. Krassy comprendió que no la había creído.

—¿Cuándo abandonarás el empleo en nuestra querida J.J.F.G.? —preguntó el joven tras una pausa.

—Nunca. ¿Por qué?

—Oh, fue una idea... —respondió O'Banion vagamente.

—Seguiré trabajando allí —explicó Krassy sinceramente—. ¿Por qué no? Con tanto gasto... Necesito mucho dinero para pagar el alquiler y el resto de los muebles.

Collins le sugirió en cierta ocasión que podía dejar la agencia, mas Krassy no aceptó la idea. Deseaba continuar siendo una empleada respetable, o al menos fingirlo. Tampoco quería marginarse de la vida de Collins. En la oficina estaba en contacto directo con él y sus actividades.

O'Banion aceptó de buen grado sus explicaciones.

—Vaya, Karen, tendré que cambiar contigo de empleo.

Sin embargo, sus visitas a Oak Park disminuyeron. Las noches que pasaban juntos, él no hacía el menor esfuerzo por volver a gozar de la intimidad anterior. Repantigado en una butaca, solía hablar de cuantos temas se le ocurrían. Se iba a medianoche, besando apenas los labios de la muchacha.

Cuando él se marchaba, Krassy se revolcaba por el lecho, pensando en O'Banion. Pero también sabía que sus relaciones habían llegado a un punto final. Por su propio bien y por la necesidad de seguir adelante en sus proyectos sobre Collins, era preciso que O'Banion quedase al margen de su existencia. Rompiendo con él, no tendría que compartir ningún secreto de Collins. Krassy acabó por considerar al joven como un peligro potencial para su seguridad.

—¿Conoces a Tim O'Banion, de la agencia? —le preguntó una noche a Collins.

—¿El escritor publicitario?

—Sí, lo conocí el año pasado en la reunión de Navidad. Antes de conocerte a ti me invitó varias veces al teatro. Bien, no me lo tomé en serio, pero él... Se dedicó a perseguirme y por fin salí con él un par de veces.

—¿En serio? —indagó Collins.

—Oh, no... Pero creo que está enamorado de mí... o algo por el estilo. He estado una temporada sin verle, pero desde hace unos días ha vuelto a molestarme.

—¿Qué deseas que haga? —se extrañó Collins.

—Bueno... ¿no podrías trasladarlo a otro puesto?

—¿Despedirlo? ¿No es eso, Karen? Bien, trataré de solucionar el asunto —le prometió Collins.

Pero no tuvo oportunidad de cumplir su promesa. Era la noche del 6 de diciembre de 1941. Y el día 7 ocurrieron sucesos muy graves en Hawai. El 8 de diciembre, Timothy O'Banion se alistó en la infantería de Marina de Estados Unidos.

Krassy no volvió nunca más a tener noticias de él.

El 14 de diciembre de 1943, dos años más tarde, habían ocurrido muchos sucesos en el mundo, tremendas tragedias, pero la existencia de Krassy continuaba igual. Estaba en el piso de Oak Park, aguardando a Collins para cenar. Sus relaciones con éste se habían convertido en algo rutinario. Él tenía cada vez más responsabilidades, trabajaba más horas en la oficina, las temporadas de alejamiento de su hogar eran más prolongadas, y dedicaba a Krassy, en Oak Park, la mayor parte de su tiempo libre.

Pero la existencia tranquila y clandestina que llevaba le resultaba a Krassy monótona y aburrida. Collins era su único amante, y desde que O'Banion había marchado al frente, Krassy no había querido ligarse a otro hombre. Con los rigurosos ahorros efectuados, entre su pensión mensual y el sueldo de la oficina, consiguió disponer de un buen puñado de dólares a nombre suyo en un pequeño Banco. Era lo único que había conseguido por el momento.

Y quería conseguir mucho más.

Krassy tuvo una idea. Le diría a Collins que estaba encinta, porque era el arma más eficaz contra él. Ya sabía, naturalmente, que era un arma de dos filos. No obstante, estaba segura de que ella conseguiría dar un paso adelante hacia la meta de sus ambiciones.

Estaba ya esperando a Collins para decírselo. Llamaron a la puerta y Krassy fue a abrir. Bien, no era Collins sino el portero de la finca, un tal Royster, que estaba de pie en el umbral.

—Buenas noches —dijo él—. He llamado para comunicarle que ha llegado leña para la chimenea.

—Muy bien —repuso Krassy—, súbala mañana por la mañana.

—Puedo subirla ahora mismo.

—No, no es preciso que se tome tantas molestias.

—No es molestia.

Krassy lo contempló con antipatía. Era un individuo alto y delgado, de rostro avinagrado e inquisitivo. A Krassy le pareció siempre que era demasiado curioso y se tomaba unas libertades excesivas. Deliberadamente, se mantuvo al margen de los demás inquilinos para evitar unas amistades que, al final, terminan siempre por hacer preguntas. A Royster trató en vano de mantenerlo a distancia, pero los modales de aquel tipo la ponían nerviosa. Era como si supiese algo relativo a Stacey Collins y ella, y aun cuando la trataba con una especie de malicioso respeto, Royster jamás la llamaba por su nombre, jamás la llamaba señorita Allison. Lo cual la molestaba por su aire de complicidad.

—No —repitió Krassy—, tráigamela mañana. Ahora espero invitados.

Royster continuó demorando su partida, sin dar por terminada la conversación.

—¿A qué hora?

—Se lo diré cuando vaya a la oficina.

Krassy se dispuso a cerrar, pero Royster se lo impidió, colocando la mano en el marco. Luego la retiró, y, dando media vuelta, se dirigió a la escalera pasando por el pasillo. Collins se acercaba al apartamento.

—Bien —murmuró el portero mientras se alejaba—, necesito sacar la leña del sótano.

—¡No soporto a ese sujeto! —exclamó Krassy.

—¿Te refieres al portero?

—Sí, a Royster. Me pone nerviosa, me saca de quicio.

Collins entró en el piso y se quitó la chaqueta y el sombrero, que Krassy colgó cuidadosamente en el perchero.

—¿Te hallas muy cansado esta noche? —se interesó suavemente.

—¡Dios mío! ¿Acaso no lo estoy siempre?

Se pasó una mano por la frente, y luego se dio masaje en la nuca.

—Tengo una jaqueca terrible —se quejó.

—Siéntate, querido —le invitó Krassy—. Te prepararé un trago antes de cenar.

Collins se dejó caer sobre el diván. Krassy fue a la cocina y sirvió dos *martinis* de una coctelera que guardaba en la nevera. A uno le puso una aceituna y al otro una cebolleta en conserva. Regresó al saloncito y le entregó el segundo a Collins.

—Esto te reanimará —le aseguró.

Collins sonrió y levantó el vaso hacia ella.

—A tu salud.

Krassy se sentó frente a Collins, observándole con ansiedad. Aguardó unos instantes, hasta que él hubo bebido el segundo vaso y se disponía a hacer lo mismo con el tercero, antes de iniciar la conversación en la dirección que más le convenía.

—Bien... ¿cómo terminará todo esto, Stacey? —preguntó pausadamente.

—¿Te refieres a la guerra? Oh, pues como todas... sin decidir nada... y perdiendo ambos bandos.

—No, no me refería a la guerra —objetó Krassy—. Me refiero a nosotros dos.

—No sé... ¿Por qué? ¿No eres feliz?

—Estoy viviendo en el vacío —explicó Krassy—. Tú y este piso resumís toda mi existencia. Hay que ver qué vida llevo... He de vivir clandestinamente, lo cual no es agradable, Stacey.

Collins tuvo la intuición de que las palabras de Krassy apuntaban hacia un objetivo concreto. De pronto, empezó a sentirse inquieto.

—Bueno —concedió lentamente—, ya sé que salimos pocas veces juntos... Habrá que arreglar eso.

—No se trata de salir —replicó Krassy—. Se trata de algo mucho más importante. Es... es difícil de explicar.

Krassy calló unos instantes en tanto ordenaba sus ideas. No podía explicarle a Collins que le importaba muy poco lo que pensara la gente porque, a pesar de su comportamiento tortuoso, deseaba evitar toda murmuración. Le importaba muchísimo lo que pensara la gente. Quería gozar de un nombre decente, de una seguridad contra el peligro de volver a verse obligada a vivir en el distrito de los mataderos. Deseaba independizarse de Collins porque éste, con una sola palabra, podía lograr que la despidieran de la agencia. Y al mismo tiempo podía quitarle el piso.

Respecto al aspecto moral, Krassy creía que era cuestión de opiniones... particularmente de la suya. Encontraba justo servirse del sexo, lo mismo que otras mujeres se servían de la educación, el talento o las relaciones sociales... o una férrea labor. Pero esto no se lo podía decir a Collins.

Krassy sabía que, en un momento, podía enojar a Collins. En realidad, no deseaba encauzar la conversación en aquella dirección, mas el tema se había salido de sus lindes normales. No podía continuar indefinidamente en aquel vacío en que vivía. Se habían producido ciertos hechos que le permitían respirar con más desahogo. Collins debía comprender su problema y llegar a una decisión. Pero Krassy temía que ya

hubiera adoptado una. Que incluso la hubiese adoptado tiempo atrás. De todos modos, valía la pena discutir.

—¿Y bien...? —se impacientó Collins.

—Oh, estaba pensando... —repuso Krassy, saliendo de su ensimismamiento—. Llevo varios días meditando todo esto... Bueno, en el modo de comunicártelo. He de hacerlo con cierta diplomacia, lo sé... si es que la diplomacia tiene algún valor. Creo que...

—¿Qué diantres pretendes decirme?

—Sinceramente... creo que voy a tener un hijo.

El rostro de Collins permaneció imperturbable. Se inclinó ligeramente en el diván y dejó en la mesita su vaso medio vacío.

—¿Estás segura?

—Completamente —mintió la joven—. Visité al médico y me han hecho los exámenes adecuados —sonrió ligeramente.

Collins calló. Hubo un silencio pesado entre ambos, como si existiera entre ellos un tabique de cristal. Krassy veía a Collins a través del mismo. Por un momento, no supo si su voz llegaba a oídos de su amante; tenía la sensación de estar sentada en una estancia insonorizada.

—Di algo —le conminó al fin, sonándole muy pesada su propia voz.

—¿Qué quieres que diga?

—Podrías decir tantas cosas...

—¿Cuáles? —Collins estaba esquivando su mirada.

—Pues... que eres feliz... y que deseas casarte conmigo.

—Necesito otro trago —decidió él, levantándose del diván para apurar el tercer vaso.

Luego, se lo llevó a la cocina para servirse otro *martini* de la coctelera. Cuando volvió al salón, Krassy no se había movido.

—No puedo casarme contigo, Karen; lo sabes muy bien.

—No, no sé por qué.

—Porque estoy casado.

—No es un obstáculo insuperable. Existe algo llamado divorcio.

—Si me divorcio de Virginia el viejo Stanton me cortará en dos pedazos.

—¡Tú no quieres a tu mujer! —protestó Krassy.

—Tal vez no, pero ella vale mucho.

—¡Vale mucho! —rió Krassy con amargura—. ¡Oh, sí, montañas de dinero!

—A eso me refiero —dijo Collins categóricamente.

Krassy le dirigió una mirada glacial. Collins creyó leer en la misma un inmenso desprecio, pero se equivocaba. El instinto le decía a Krassy que jamás conseguiría que Collins riñese con su esposa y sus relaciones sociales. Sólo estaba, por tanto, intentando saber hasta dónde podía llegar, antes de provocar la inevitable ruptura. Le escuchaba atentamente, lo examinaba de arriba abajo, calculando cautelosamente al

adversario que tenía delante.

—En la vida hay algo más que el dinero —exclamó ella—. Me niego a creer que no tengas bastante capacidad para cambiar de empleo. Al fin y al cabo, Virginia no es más que un abono de cupones para comer.

—Lo sabes tan bien como yo —asintió Collins, con tono insinuante y paciente—. Cierto que podría obtener otra colocación, pero nunca sería mejor que la que disfruto actualmente. Y a ti, lo mismo que a mí, te gusta el dinero. Existen muy pocas casas publicitarias tan importantes como la Joy Drug. Se necesita una serie de subterfugios para llegar a la posición que yo he alcanzado en ella... muchos años de experiencia y quebraderos de cabeza.

—Incluso casarse —le cortó ella bruscamente.

Collins cambió de táctica.

—Oh, Karen, ¿por qué enfadarnos por eso? Hemos pasado dos años estupendos... Conservemos lo que ya tenemos. Puedes buscar un médico... Bien, hallarás muchísimos. Y deja que... —no acabó la frase y se encogió de hombros.

—¡No intento en absoluto perder a mi hijo! —estalló ella furiosa.

Collins discutió el asunto, pero Krassy se mantuvo en su postura defensiva.

—Si tienes el hijo —objetó finalmente Collins—, no podrás quedarte en Chicago.

—Lo sé. Creo que me iré a Nueva York. Allí nadie me conoce y puedo decir que me casé y estoy divorciada.

—¿De qué vivirás?

—Tú me enviarás lo suficiente para que vivamos el niño y yo —ordenó Krassy.

La expresión quedó instantáneamente inmóvil y alerta. Sus negras pupilas se clavaron tenazmente en ella.

—¿Un chantaje, Karen? —preguntó.

—No —repuso la joven—. No quiero hacer nada indigno ni disimulado. Sencillamente, te demandaré ante un tribunal.

—No sería muy delicado —objetó él.

—Lo sé perfectamente, pero lo haré si no me queda otro remedio. Quiero conservar el dinero de la Joy,' pero no al niño. ¡De acuerdo! Quédate con tu mujer y con el negocio; yo me quedaré con la libertad y con el hijo. ¡Pero tú, Stacey, tendrás que pagar!

La conversación, mejor discusión, duró hasta hora avanzada. Collins deseaba continuar con ella, de la misma forma que hasta entonces. Pero la ruptura ya se había producido, y para Krassy era definitiva. Acababa de aprovechar la oportunidad de poder imponer sus condiciones. Finalmente, y a regañadientes, Collins tuvo que conformarse con la entrega de cuarenta mil dólares en bonos del tesoro, cinco mil al contado y todos los muebles y enseres del piso.

Aquella noche, Collins no se quedó ya en el apartamento. Ni volvió allí nunca más. Al día siguiente por la mañana, y con dos semanas anticipadas, Krassy informó a la agencia Jackson, Johnston, Fuller y Greene, que abandonaba su empleo. Las

empleadas de los tres pisos le regalaron en común media docena de pares de medias compradas en el mercado negro, como obsequio de despedida.

Krassy halló un pequeño apartamento en Evanston, en el edificio Lake Towers. Lo alquiló a nombre de Candice Austin. El piso de Oak Park lo subarrendó con permiso del administrador. Sólo se quedó con los muebles más indispensables para el apartamento de Lake Towers y vendió el resto.

La víspera antes de la mudanza, la pasó empaquetando su ropa. Como estaba fatigada, tomó un baño caliente y se relajó agradablemente dentro del agua tibia. La bañera estaba cubierta de burbujas que brillaban en diversos colores. Sumergida hasta la barbilla, cogía el agua con las manos para echársela por el cuerpo. De repente, se dio cuenta de que había un individuo de pie en el umbral, contemplándola atentamente.

Era Royster, el cual la observaba con ojos lascivos.

—¿Con qué derecho ha entrado aquí? —le preguntó Krassy con la voz alterada por el temor.

—Tengo una llave maestra —repuso Royster, sin desviar la mirada.

El miedo de Krassy no tardó en desaparecer, trocado en un acceso de furor. Una vez fuera de la bañera, la joven pasó junto al portero, el cual se apartó. Seguida del hombre, se dirigió a su escritorio de nogal y cogió unas tijeras largas y afiladas. Entonces, dio media vuelta rápidamente.

—¡Largo de aquí! ¡Largo! ¡Ahora mismo!

Mantuvo las tijeras junto a su pecho, con gesto amenazador, como antaño hacían con las navajas los golfos del Yard.

—Bueno... calma... —suplicó Royster, dando un paso al frente.

—¡Fuera de aquí! —repitió ella con voz autoritaria e irritada por el odio—. ¡Fuera! ¡Maldito degenerado, canalla, hijo de perra! ¡Fuera... fuera de mi casa! ¡De lo contrario, te sacaré las tripas!

Royster empezó a retroceder con los ojos desorbitados por el espanto. Krassy lo siguió paso a paso a través del salón, por el vestíbulo, hasta la puerta del piso, sin dejar de esgrimir las tijeras que brillaban al reflejo de la luz. Cerró la puerta de golpe, y oyó cómo Royster se alejaba. Entonces, puso la cadena de seguridad. En el pasillo, Royster, con la voz quebrada por un raro estertor, iba gruñendo:

—¡Prostituta indecente!

Al día siguiente, Royster vio cómo un camión de mudanzas sacaba los muebles de casa de Krassy. Estuvo un rato espiando detrás de las cortinas de su pequeño apartamento.

—¡Prostituta indecente! —rezongó, en son de despedida.

Primera Parte

DANNY

Cuando relato esto, lo hago con el convencimiento de que la gente lo verá desde mi punto de vista. Sé que todos han de considerarme un tipo atolondrado y sentimentaloides, que por el simple hecho de haber visto una fotografía empezó a buscar infatigablemente a una chica desconocida; más aún, ignorando las probabilidades a su favor de poder enamorarla... en el caso de dar con ella. Pero algo habría que me impulsaba, y al menos sabía que si Krassy Almauniski vivía, yo la encontraría.

Todos los días, semanas y meses que pasé en busca de indicios, pensé en ella como si fuese mi novia. Por tanto, llegó a ser tan real para mí como si cada noche estuviera citado con ella. Tantas veces había contemplado su retrato, que podía distinguir todas las facciones de su rostro con los ojos cerrados. Pero en aquella época difícilmente podía hacer una distinción entre lo que en ella era efectivo y el concepto que de la chica forjaba yo en mi imaginación. A veces, creía sostener con ella una animada charla, tratando de detenerme para no pisarle los talones. Luego, me acordaba de alguna de las frases imaginadas, y me costaba un esfuerzo ímprobo convencerme de que no las había proferido en voz alta. Las cosas que había sabido relacionadas con Krassy: su lugar de nacimiento, cuando vivió en casa de la señorita Dukes, cuando se comprometió con Larry Buckham, cuando asistió a la academia de Goodbody... todo eso me inspiraba un gran respeto hacia ella. No, en realidad, no se le habían ofrecido muchas oportunidades, y era natural que tratara de propiciarse algunas por su cuenta. También era notable el hecho de haberse presentado en la agencia de Jackson, Johnston, Fuller y Greene y obtener un empleo hasta llegar, por su propio esfuerzo, a convertirse en la secretaria de una personalidad en el mundo de los negocios, y a poseer un magnífico piso en Oak Park. Esto me daba a entender que se trataba de una muchacha muy firme y decidida.

A lo que sabía de ella se mezclaban mis fantasías y la demencia que me dominaba por querer verla personalmente; el conjunto resultaba confuso, con los rasgos desenfocados y modificados, y las imágenes superpuestas. Me gustaba expresarlo de este modo: era como si estuviera intentando pintar un retrato de humo. En un momento dado era real y palpable, y, al siguiente, la visión se esfumaba gradualmente, y yo era impotente para evitar que desapareciese del todo.

En realidad, era una situación endiablada.

Tenía que ganarme el sustento, por lo cual me afanaba en la Agencia de Cobros Clarence Moon, mas aprovechaba todos los instantes libres para dedicarme a seguir la pista de Krassy. A pesar del tiempo que perdía en mi búsqueda, mi negocio

prosperaba, y estaba en vías de labrar una pequeña fortuna. Un día vino a verme Bud Glasgow, que había trabajado conmigo en la Internacional de Cobros, y de donde lo habían despedido. Bud era un tipo muy correcto, que llevaba gafas sin montura, y había trabajado para el viejo Crenshaw en la Internacional durante diez o doce años. No tenía grandes ambiciones, sin embargo podía escribir un montón de cartas en pocas horas; era firme y de confianza. Se ofreció a trabajar para mí, sobre la base de cobrar un tanto por ciento. Le dije que no podía pagarle más de veinticinco dólares semanales, pero que le daría una comisión del veinte por ciento de todo lo que cobrara por su cuenta. Esto, para él, significaba gozar de más ingresos de los que había obtenido hasta entonces, por lo que aceptó contentísimo.

Dejé que Bud se hiciese cargo de la oficina, que redactara las cartas y atendiera el teléfono. Y yo, por mi parte, me dediqué a los cobros que requerían cierta rudeza. También continué realizando nuevas visitas para ampliar el número de clientes. El resto del tiempo lo ocupé buscando a Krassy.

Tras haber conseguido la dirección de Lake Towers en la Lima Transfer Company, no perdí tiempo en ir allá. Sabía que la muchacha había dado el nombre de Candice Austin en la casa de mudanzas, por lo que no tenía la menor duda de haber dado de nuevo con su pista. Pero estaba equivocado.

Lake Towers era un gran hotel estucado de blanco, construido con capas superpuestas como en un inmenso pastel cubierto de nata, para un cumpleaños, que cada vez iba disminuyendo de abajo arriba, hasta convertirse en un torreón. Tenía un gran vestíbulo pintado de argamasa blanca, con alfombras de color castaño y butacones de tapicería verde brillante, amén de unas pesadas mesas de cristal, con patas de hierro forjado.

Entré en el vestíbulo y me dirigí a la recepción, donde mostré mi credencial de seguros, diciendo que buscaba a una tal señorita Candice Austin, que había ingresado en el edificio el año 1943, el primero de octubre. Sin tomarse la molestia de mirarme, el empleado contestó que allí no habitaba ninguna señorita con ese nombre.

—¿Conoce por el nombre a todos los inquilinos? —indagué.

—Si han vivido aquí desde 1943, los conozco a todos —fue la tajante respuesta.

Estaba enfadado, pero yo también estaba seguro de que Krassy aún vivía allí, por lo que quedé completamente desilusionado.

—¿Hace mucho que trabaja aquí? —insistí.

—Desde el año 1945, al terminar la guerra.

—¿Ha visto alguna vez a esa muchacha?

—No, y le aseguro que de haberla visto la recordaría perfectamente.

—Sé que se mudó a vivir aquí el año 1943. ¿No le molestaría consultar los libros y comprobarlo?

—Mire, amigo —refunfuñó el otro—, no dispongo de tiempo. Estos libros son de siete años atrás. ¡Caramba! Ni siquiera sé dónde están.

—Pagaré el tiempo perdido.

—No, no sabría por dónde empezar.

—¿Existe algún obstáculo para que interroge a otros empleados?

—No, en absoluto —asintió—, pero procure que no le vea el gerente del edificio.

—¿No puedo preguntárselo a él?

—Imposible —replicó vivamente—. Es un engreído. Y no abriría la boca. Además, si le ve dando vueltas por ahí, le pondrá de patitas en la calle.

Reflexioné. Quizás aquel tipo estaba en lo cierto. De todos modos, siempre quedaba el recurso de hablar con el gerente, caso de fracasar con los demás empleados. Me dirigí a los ascensores, de los que habla seis. Esperé, dando vueltas, y cada vez que se paraba uno en la planta baja sin clientes para subir al cabo de unos instantes, enseñaba la foto al ascensorista, preguntándole si alguna vez había oído el nombre de Candice Austin.

Nadie la conocía. Se trataba de jovencitos, que llevaban poco tiempo, relativamente, trabajando en el Lake Towers.

—Pregúntele a Sid —me aconsejó uno—, hace varios años que trabaja aquí.

—¿Quién es Sid?

—El recepcionista de noche.

Le di un dólar al chico por su brillante idea y volví al mostrador de la recepción. Todavía se hallaba allí el mismo empleado. Le pregunté a qué hora le relevaba Sid, y me contestó que a las ocho y media de la noche. A la sazón, era casi hora de cenar, por lo que me metí en una cafetería de Evanston, y luego en una sala de fiestas, a fin de hacer tiempo. Cuando salí eran ya las nueve, por lo que regresé al Lake Towers.

En el mostrador se hallaba un individuo grueso, que tendría más de cincuenta años. Sus pupilas eran azules, y su expresión denotaba inteligencia. Llevaba dos dientes de oro. Estaba completamente calvo, excepto en los lados del cráneo, donde tenía bastante cabello, que se peinaba hacia atrás, dando la extraña sensación de llevar la cabellera partida por el centro, con una raya de quince centímetros de anchura. Vestía un traje azul muy elegante, con una florecita de plástico también azul en el ojal. Le pregunté si había llegado Sid.

—Soy yo —repuso.

Le conté entonces todo lo relativo a la póliza del seguro, tras mostrarle mi credencial, y le hablé de la beneficiaria desaparecida. Sid me escuchó atentamente. Yo estaba contento por su interés, y comprendí que aquel individuo poseía una curiosidad ilimitada. Cuando se lo hube contado todo, le mostré el retrato. Lo contempló con gran atención y me lo devolvió.

—No la he visto en mi vida —estableció—. Ni he oído hablar de ella.

Me deshinché como un balón agujereado.

—Pero usted trabajaba aquí en 1943, ¿verdad? —insistí.

—Sí. Estoy aquí desde el año 1939.

Los dos nos miramos fijamente. Yo no podía pensar nada. De súbito, mi interlocutor recordó algo.

—¿Qué mes ingresó aquí esa señorita?

—En octubre.

—Un momento —me contestó—. En 1943 estuve fuera una temporada; aquel verano contraí una pulmonía, y cuando estuve un poco mejor, me largué a Arizona a reponerme, hasta fin de año. Perdí unos veinte kilos. Seguramente, esa chica estuvo aquí mientras yo me hallaba ausente.

—¿Estuvo usted mucho tiempo fuera?

—Salí de Chicago en agosto —contestó, tras una breve pausa de meditación—, y no volví hasta enero de 1944. Aquí faltaba personal y mi presencia era necesaria. De lo contrario, me habría demorado más tiempo.

—Sigo sin entenderlo —vacilé—. Sé que esa chica llegó aquí el primero de octubre con varios muebles. Diantre, en aquella época era sumamente difícil conseguir un apartamento.

—Cierto... —asintió.

—No creo posible que sólo estuviera aquí tres meses... Por favor —continué—, ¿no podría comprobar las entradas de octubre de 1943 y averiguar si se marchó mientras usted estaba convaleciente? De este modo, tal vez sepa adonde se marchó. Le pagaré la molestia.

—Sí, puedo averiguarlo, pero habrá de volver mañana. Los libros viejos y las copias antiguas se guardan en el sótano y hasta mucho más tarde no dispondré del tiempo para inspeccionarlos. Hacia las dos de la madrugada ya no entra nadie, entonces tendré tiempo para efectuar la comprobación.

Si regresaba a casa no podría dormir. Pasaría el resto de la noche despierto, pensando si Sid había descubierto algo sobre Krassy; además, tendría que aguardar hasta la noche siguiente para volver a ver a Sid.

—Perfectamente —aprobé—, pero, si no es molestia para usted, preferiría quedarme por aquí cerca y esperar. Esto me ahorraría volver mañana por la noche.

—No existe ningún inconveniente.

Le di las gracias y, tras asegurarle que volvería hacia la madrugada, salí del edificio. La ciudad de Evanston no permitía la venta de licores, y yo tenía que matar varias horas. Por tanto, decidí trasladarme a la calle Howard, que era la línea divisoria entre Chicago y Evanston. Es un distrito sin limitaciones para la vida nocturna, donde venden todo el licor que uno puede consumir, y hay espectáculos y salas de fiestas económicos. Cogí el tren elevado hasta Howard, allí entré en un bar, donde efectué varias rápidas jugadas, para luego ir aflojando las apuestas. Por fin, cambié de sitio y empecé a beber cerveza; me resultó más barato y también me ayudó a pasar el tiempo. Hacia las dos salté del taburete y volví a Evanston.

Sid se hallaba en su mostrador.

—Bajaré ahora a consultar los libros del sótano.

—Estupendo —exclamé.

Instalado en una de las butacas verdes, encendí un cigarrillo y traté de buscar una

postura cómoda. El vestíbulo se hallaba desierto. De cuando en cuando entraba alguna pareja de buen humor. Pero todo el mundo tenía su propia llave, por lo que nadie se acercó al mostrador. Al cabo de unos tres cuartos de hora, apareció Sid llevando un cajoncito metálico repleto de fichas. En la parte delantera del fichero había una etiqueta que decía: «Junio-Diciembre 1943».

Dejó el fichero encima del mostrador, y lo abrió.

Las fichas estaban todas separadas por unas tarjetas de color rosa que sobresalían de las otras blancas. Cada tarjeta rosa tenía estampado a máquina el nombre de un mes. Sid extrajo la de octubre y la puso verticalmente, como referencia. Después rebuscó entre las fichas blancas de aquel mes.

Por fin halló una que ponía: «Austin, Candice, señorita. Apt. 1901».

—Bien, está debidamente registrada —murmuró Sid.

—¿Cuándo se dio de baja?

Sid estudió la ficha, mostrándose sorprendido.

—Es extraño...

—¿Qué es extraño?

—La señorita Austin no se dio de baja, aunque es evidente que dejó el apartamento en diciembre, porque el 24 de ese mes de 1943 se inscribió la señorita Waterbury.

—¿No sería posible que la señorita Austin hubiese compartido el apartamento con la señorita Waterbury?

Meneó la cabeza enseñándome la ficha. Ésta tenía una línea punteada hacia la mitad. Y había una fecha de inscripción a un lado de dicha línea donde se leía: «1.º octubre 1943». Debajo, otra inscripción decía: «Señorita Waterbury, 24 diciembre 1943».

—¿Por qué no es posible? —quise saber.

—Porque se trata de un apartamento individual y su precio es una tarifa sencilla. Además, me acuerdo de la señora Waterbury... Vivió aquí mucho tiempo. Unos tres o cuatro años. En el número 1901 no vivió nadie con ella. Mejor dicho, estuvo allí con su marido hasta que éste fue destinado fuera de Estados Unidos.

—¿No me ha dicho que era un apartamento de tarifa sencilla?

—Sí, en efecto —confirmó Sid—. Pero durante la guerra este edificio no hacía pagar tarifa doble a los que gozaban de permiso militar. Por cuestión de patriotismo —añadió echándose a reír.

—Una conducta muy elogiable. ¿Se acuerda de la señora Waterbury?

—Ciertamente.

—¿Se parecía a la chica del retrato?

—No.

—¿Cuándo dejó el apartamento la señora Waterbury?

Consultó de nuevo la ficha. No había ninguna fecha de baja.

—Como estuvo aquí más tiempo de lo normal, no consta su salida en esta ficha.

Pero recuerdo que fue en el 46 o 47.

—¿Dejó algunas señas?

—Si las dejó, no constan —dijo, encogiéndose de hombros—. Hace ya tanto tiempo, que su correspondencia dejó de venir aquí.

—¿No hay nadie que pudiera acordarse de la señorita Austin o la señora Waterbury?

—No sé... Si la camarera de su piso trabaja aún aquí, tal vez se acuerde. O la encargada.

—¿Podría hablar con la camarera?

—Eso es cosa de la encargada.

—¿Cómo se llama?

—¿La encargada? Señora Boos. Naturalmente, no está aquí a esta hora, pero empieza su turno a las ocho de la mañana.

—¿A qué hora sale usted?

—A las ocho.

—¿Le importaría presentarme a la señora Boos?

—No me importa en absoluto. Se la presentaré. No le costará mucho hacer que hable, porque es una especie de cotorra.

Le di diez dólares, cantidad que juzgué más que suficiente. Dije que volvería a las ocho de la mañana y salí del Lake Towers.

Aquella noche no volví a Chicago. Pasé el resto de la madrugada en un hotelito de Evanston que me costó carísimo, y a las ocho me hallaba de nuevo en el Lake Towers. Sid terminaba su turno; me hizo una seña y los dos subimos en ascensor al tercer piso.

Fuimos por un pasillo y torcimos a la derecha un par de veces. Por fin, me hallé en una estancia larga y estrecha, con estanterías en todas partes, del suelo hasta el techo, con sólo el espacio suficiente para una puerta en un extremo y una ventana en el otro. En el centro de la habitación había una mesa de escribir, alta y anticuada, con tapa movable. Una mujer de edad incierta, de cabellos grises, estaba sentada a la mesa. Llevaba una bata gris y falda negra. Sid hizo las presentaciones.

—La señora Boos... el joven Danny April, amigo mío. Trabaja en una compañía de seguros y desea cierta información sobre unas personas que vivieron aquí, en el número 1901. Yo sé que usted podrá ayudarle.

Sid sonrió para congraciarse con ella y le imité.

—Bien, ¿qué desea saber, jovencito?

En aquel momento, Sid me saludó y desapareció por el pasillo.

Le hice a la señora Boos un resumen de mi historia sobre la póliza de seguros de Candice Austin.

—¿Podría indicarme qué camarera se ocupaba del 1901?

—No puedo precisarlo —replicó—; es imposible. Además, las camareras de piso cambian constantemente. Ninguna se encarga indefinidamente de un piso

determinado.

Mal asunto... pero no debía desalentarme.

—¿Dijo que se acordaba de la señorita Austin?

Ella asintió y le enseñé la foto.

—Pues bien, ¿sería tan amable de echar una ojeada a esta fotografía y decirme si ha visto alguna vez a esta muchacha?

La señora Boos cogió la foto y la estudió detenidamente. Luego, la situó de lado, examinándola desde un ángulo distinto.

—Sí, la conozco —dijo finalmente—. Pero entonces llevaba el pelo negro y tenía aspecto de persona mayor.

—¿Quién, la señorita Austin?

—No. Ésta es la señora Waterbury.

—¿Está segura?

—Completamente.

Juntó las manos como desafiándome por dudar de sus palabras.

—Después de mudarse, cuando vino aquí —expresé lentamente, reflexionando en lo que decía—, lo hizo con el nombre de Candice Austin. Así consta en las listas. O sea, que debió de casarse viviendo aquí...

—Es posible —convino la señora Boos—, pero en un hotel como éste los residentes pueden vivir largo tiempo antes de que llegemos a conocerlos a fondo. Además, yo no estoy en contacto directo con ellos, como los demás empleados y el personal de la planta baja. Cuando la conocí, ya estaba casada. No tuve ocasión de saber cuándo ni dónde se casó.

—¿Conoció a su marido?

—No —sacudió la cabeza de lado a lado—, nunca lo vi. Seguramente, falleció en la guerra, porque la señora Waterbury volvió a casarse y se marchó de aquí.

«¡Demontre! —exclamé en mi interior—. Se repite la historia».

Di una chupada al cigarrillo y proseguí con el interrogatorio.

—¿Con quién volvió a casarse?

—Lo ignoro. Pero recuerdo haberlo leído en el periódico.

—¿Cuál... y cuándo?

—Sólo recuerdo que en las notas de sociedad había una breve nota dando cuenta de la boda. Era una mujer muy atractiva —añadió como colofón.

—¿No sabe con quién se casó ni dónde se trasladaron?

—No, en absoluto, señor April. Hace ya tanto tiempo, que casi no me acuerdo de ella. No sé nada más.

Apagué el cigarrillo restregándolo contra la suela de mi zapato. En la mesita no había cenicero, por lo que me vi obligado a meterme la colilla en el bolsillo.

—Usted ha comentado que parecía mucho mayor que en el retrato... y que llevaba el pelo negro. ¿No existe la menor posibilidad de que se haya equivocado al identificarla?

—Le he asegurado que era ella —replicó firmemente la encargada, mirándome con frialdad—, y no tengo la menor duda sobre ello.

Le di las gracias desmayadamente, me dirigí al tren elevado en dirección al Loop, y allí cogí un tranvía que me dejó en casa. Más tarde, llamé a Bud Glasgow, le manifesté que estaba algo malucho y que no iría a la oficina hasta la tarde. Me hallaba totalmente abatido; aún me duraba la resaca de la cerveza ingerida la noche anterior y el efecto de las pocas horas que había dormido, todo ello unido a una gran sensación de frustración y decepción.

Krassy estaba ya casada, y con toda seguridad vivirla en cualquier parte con su marido. Tenía la sensación de que alguien acababa de arrojarme al rostro el mundo envuelto en un paquete enorme. Me quité los zapatos y los pantalones y me tumbé en la cama. Me invadió un sueño angustioso. Me desperté a mediodía, me lavé la cara y las manos y me afeité. Ya vestido, salí para tomar unos huevos fritos y café; tras lo cual, el mundo me pareció revestido de tintes más rosados.

No estaba contento, pero sí un poco más animado.

Llevaba mucho tiempo siguiendo la pista de Krassy, y era preciso abandonarla definitivamente. De lo contrario, no conseguiría olvidarla jamás. Me pasaría la vida entera acordándome de ella y fantaseando sobre su persona. Y fue entonces cuando se me ocurrió otra idea. ¡Tal vez no estuviese casada! Si un marido había muerto, también podía haber fallecido el segundo. O podía haberse divorciado. Quizá no era feliz, y algún día podría proponerle el divorcio... Por mi cerebro desfiló una serie de ideas a cuál más disparatada, atropellándose entre sí, con lo que mi mente se vio convertida en un verdadero tiiovivo. Lancé una carcajada. Mientras tuviese una sola esperanza, sería dichoso.

Había aún una puerta abierta ante mí. La señora Boos había leído la noticia del casamiento en un periódico. Bien, ignoraba cuál... y el año de la boda. Entonces, traté de relacionar los datos que ya conocía, para orientarme. El recepcionista que trabajaba en el Lake desde 1946 no la conocía. Lo cual significaba que se había marchado de allí antes del 46... o por aquellas fechas. Era comprensible que no la hubiera reconocido con el pelo negro, habiendo visto que era rubia en la foto. ¡Diantre! Sid no la había reconocido ni de rubia ni de morena como señora Waterbury. Fueron precisos los ojos femeninos de la encargada, acostumbrados a distinguir las facciones y el maquillaje de otras mujeres. Sid me había prometido darme la fecha de baja de la señora Waterbury, pero no la tendría hasta el día siguiente. Por tanto, decidí no perder más tiempo; era preciso proseguir con mis indagaciones.

Fue entonces cuando tuve una idea. «¿Por qué se había teñido Krassy de negro su magnífica cabellera rubia?». De todos modos, por el momento, esto carecía de importancia.

Me dirigí al edificio del *Chicago Daily Recorder*. La biblioteca, o archivo de recortes de prensa atrasados, se hallaba en la planta segunda. Casi todas las

bibliotecas de los periódicos tienen el mismo aspecto. Usualmente, se hallan situadas en una sala cuadrada muy espaciosa, con fichas de metal color verde, en todos los muros. En el centro de la estancia, hay un par de mesas toscas y alargadas, con tijeras, potes de goma y pinceles. El bibliotecario o archivero suele ser siempre un periodista viejo, retirado, que pasa su vejez cuidando aquellos ficheros. Pegando o añadiendo recortes a cada expediente o ficha, metiéndolos en sobres, sobre todo los referentes a personajes de cierta categoría. Los individuos nombrados una sola vez en un diario suelen estar fichados allí. El bibliotecario mantiene las fichas al día, recortando constantemente los artículos, y metiéndolos en grandes sobres de papel manila.

En la biblioteca del *Daily Recorder* se hacía de igual modo.

Le pregunté a un viejecito muy simpático que iba en mangas de camisa y chaleco, si tenía algún recorte relativo a la señora Waterbury. A los diez minutos me mostró un sobre.

—No tengo nada a nombre de la señora Waterbury, pero sí algo respecto a su esposo, el capitán Dana Waterbury. ¿Quiere verlo?

—Ciertamente.

Eché un vistazo a dos recortes viejos. Waterbury debió de ser casi héroe, un piloto de aviación fallecido en acto de servicio sobrevolando Alemania en mayo de 1944.

En la esquila se mencionaba brevemente que dejaba una joven viuda.

Devolví el sobre al bibliotecario y por rutina le pedí que indagase si había algún expediente a nombre de Karen Allison o Candice Austin. Pero no halló nada. Entonces, me despedí, dándole las gracias.

Acto seguido, me marché al *Evening Express*. Idéntica biblioteca. También idéntico recorte de prensa relativo a Dana Waterbury, pero ninguna mención de su mujer, ni de Karen Allison. Tampoco de Candice Austin. Era ya tarde, pero aún tenía tiempo de efectuar una visita al *Daily Register*. El *Register* era un diario vespertino, de noticias condensadas y un elevado tiraje.

Allí di en la diana.

El bibliotecario tenía un recorte con el nombre de la señora Waterbury.

Un banquero millonario de la localidad se casa con la viuda de un héroe de la alta sociedad.

Esta mañana se ha celebrado una sencilla ceremonia, con la exclusiva asistencia de los amigos más íntimos. Howard Monroe Powers, el prominente banquero de Chicago, ha contraído matrimonio con la señora Candice Waterbury, viuda del capitán Dana Waterbury de Filadelfia. Los unió el juez de paz de Cook County, Winfield L. Visolotti.

Había algo más, aunque sin importancia. El artículo estaba fechado el 17 de enero de 1946. Le pedí al bibliotecario la ficha de Powers. Me la entregó, y vi que era muy

voluminosa. Por la gran cantidad de recortes comprendí que Powers era un personaje muy importante. Entre los recortes había un anuncio de la boda de Krassy, el mismo que acababa de leer. Después de leer varios recortes, me enteré de que Powers era presidente del Lake Michigan National Bank and Trust Company; presidente del consejo de administración de la Midwestern y Pacific Railroad de Chicago; que actuaba como director de diversas compañías de seguros, universidades, hospitales... y así sucesivamente.

Estaba mareado. Casi tenía dolor de estómago. ¿Quién podía competir con aquel potentado? No tenía más remedio que retirarme, abandonar todas mis pretensiones. De lo contrario, ¿qué utilidad tenía continuar mis pesquisas? Pero entonces descubrí un dato.

En enero de 1946, cuando Powers se casó con Krassy, tenía sesenta y cinco años de edad.

Sumé rápidamente. Powers contaba ya con setenta años. Aún vivía, porque no había ninguna esquila en el sobre.

Krassy contaría de veintisiete a veintiocho años...

¡Magnífico!

Todavía alertaba ciertas esperanzas...

Segunda Parte

KRASSY

Krassy volvía a mudarse de apartamento, y como reminiscencia de otro día semejante, también recaló en un salón de belleza. Sentada en el taxi, se trasladó desde Oak Park a una peluquería del Loop.

«Un nuevo apellido requiere una vida nueva... y una mujer distinta», murmuró para sí.

El taxi salió de entre el tráfico del paseo Michigan, continuando suavemente hasta el instituto de belleza. Krassy abonó el trayecto. El taxista la saludó golpeando la visera de la gorra con un dedo y observó cómo cruzaba la acera atestada de gente; antes de reanudar la marcha, esperó a que la joven desapareciese dentro del establecimiento.

Krassy se presentó en una salita de recepción.

—Soy Candice Austin. León me aguarda.

—Sí, señorita Austin —asintió la empleada—. Pase por aquí, por favor.

Krassy siguió a la chica por un largo corredor, con pequeños compartimentos a cada lado, cada uno ocupado por una cliente. Mujeres sentadas debajo de los secadores, otras con rizadores en la cabeza, otras aún sosteniendo la cabeza al lado de palanganas llenas de champú, o haciéndose cortar el pelo, o pidiendo que les hiciesen un peinado muy alto... La empleada se detuvo delante de un departamento desocupado.

—Siéntese, por favor; León vendrá al instante.

Krassy penetró en el cubículo y se quitó el sombrero y el abrigo. Después, se instaló en el sillón. A los pocos minutos apareció León, alto y de buen tipo, con una bata blanca abrochada hasta el cuello.

—Quiero que me arregle el pelo —le dijo Krassy.

—¿De qué se trata?

—Quisiera teñírmelo de negro.

—¿De negro? —repitió León, estupefacto. Enrolló algunas hebras entre sus afilados dedos—. Hay mujeres que pagarían una fortuna por una cabellera como la suya —murmuró melosamente.

—Pero puede usted teñirlos, ¿verdad? —insistió Krassy.

—Oh, sí, sin ningún inconveniente. Si es realmente lo que desea.

—Sí, es lo que quiero. Teñírmelos de un negro intenso.

León se encogió de hombros y puso manos a la obra.

Cuatro horas más tarde, Candice Austin se inscribía en el Lake Towers. El empleado de la recepción esperó en silencio, mientras a la mujer de cabellos negros,

ojos serenos y rostro gentil le asignaban el apartamento 1901. El empleado estaba profundamente impresionado.

A Krassy le gustó Lake Towers. Aquel edificio blanco, con grandes pretensiones de hotel, era de su gusto, con sus puertas correderas de cristal, la decoración rococó, los espejos y los candelabros colgados. Le gustaba el portero de uniforme, los botones y los ascensoristas... y el obsequioso personal. Por primera vez en su vida, se veía libre de los temores que siempre había padecido, incluso bajo la tutela temporal de Collins.

El apartamento era pequeño. Consistía en un saloncito, dormitorio y baño, con una cocina transformable en comedor. Los muebles de Oak Park los cambió de sitio muchas veces. Cuando por fin quedó satisfecha, contempló su nuevo hogar con aprobación. Resultaba tranquilo, relajante y poseía cierta dignidad.

En Evanston, el mes de octubre es de gran belleza. A Krassy le encantaba pasear por las calles que desembocaban en el lago, con árboles gigantes formando arcos, de unas tonalidades que abarcaban del verde al ámbar y del rojo al púrpura. Daba a menudo una vuelta por el recinto de la Universidad, lleno de jóvenes ataviadas con despreocupación, llevando suéteres y faldas chillonas, y muchachos uniformados, sin ninguna insignia; estudiantes con desesperadas ansiedades, en tanto aguardaban la orden de incorporarse a filas.

Pero el lugar que más atraía a Krassy era el lago. Le gustaba contemplar aquellos amontonamientos de bloques de piedra medio enterrados a lo largo de la playa, aquietando la cólera del agua. Y las rocas que, como una red protectora, preservaban las delicadas tierras circundantes de los embates de las olas. Bajo el cielo de octubre, el agua se extendía hasta más allá del horizonte.

A veces, el día era neblinoso y el cielo se entenebrecía con un humo espectral; entonces, el lago ululaba y blandía sus poderosos puños con terrible furor. Las olas escalonadas y con la cresta blanca de espuma eran fácilmente proyectadas, rompiéndose en la playa, pulverizándose en millones de arcos iris en miniatura. Krassy solía sentarse con las manos en torno a sus rodillas, dominada por una inquietud que se armonizaba con el ritmo intranquilo del lago. Entonces, se levantaba y regresaba a su apartamento... vagamente descontenta...

Krassy se enroló en noviembre en la Cantina Militar. Tres noches por semana se servían bocadillos, café y pastas... y en algunas ocasiones era pareja de baile. Escuchaba la conversación de jóvenes de Colorado, de Iowa o de Arizona; jóvenes de Maine, de Nueva York y Florida; muchachos llenos de añoranza y de sofisticación. En realidad, la tragicomedia del soldado raso no la afectaba en absoluto, dejándola indiferente. De ocho a doce de la noche, todos los lunes, miércoles y viernes, los veía ir y venir, como cuerpos sin rostro, desde las ciudades, las granjas y las localidades que sólo significaban un nombre para ella. Krassy escuchaba sus historias y sus

charlas sin prestar atención. La cantina era un sedante, una droga... en un período de transición. Esperaba algo... algo imprevisto. Krassy estaba segura de que sucedería algún acontecimiento. Naturalmente, ignoraba cuál sería. Tenía tiempo... días, semanas y meses. Sólo debía esperar.

No obstante, evitaba cuidadosamente todas las tiendas, restaurantes y diversiones del centro de Chicago. Collins y la existencia con él se borraban rápidamente de su memoria, como algo pasado. Cada semana se sentía más alejada de todo aquello, aunque ponía buen cuidado en evitar los lugares en que podía aparecer Collins. O donde podía ser reconocida.

La noche del 17 de diciembre de 1943, conoció a Dana Waterbury. No en la Cantina, sino en el Club de Oficiales, donde ella y otras enroladas de la Cantina eran invitadas como huéspedes de honor.

Inquieta como de costumbre, escuchaba con un solo oído al joven oficial con quien bailaba. Cuando cesó la música, intuyó que el joven acababa de formularle una pregunta.

—Lo siento —balbució—, pero con el estrépito de la música no he entendido lo que ha dicho.

—Le he preguntado cómo se llama.

—Candice Austin, ¿por qué?

—Porque pienso casarme contigo —replicó él.

—No olvide, capitán —dijo Krassy, riendo—, que en la Cantina me han hecho la misma proposición numerosas veces.

—Tal vez, pero ahora es distinto. ¡Ahora... va en serio!

—¿Y usted cómo se llama? Por lo menos, he de saber el nombre del hombre que se casará conmigo.

—Oiga... no estará ya casada, ¿verdad? —inquirió el capitán con inquietud.

—No, y sigo sin saber su nombre.

—Me llamo Waterbury. Dana Waterbury y soy de Filadelfia.

Volvió a sonar la música y las parejas invadieron la pista. Waterbury continuó contemplando el sereno rostro de la joven.

—Ven a mi mesa —la instó—, tomaremos un trago... y proseguiremos esta charla.

La condujo a una mesita donde había otros oficiales. Hizo las oportunas presentaciones, cogió una silla y la invitó a sentarse.

—Os ruego que me disculpéis —añadió—, pero Candice y yo tenemos varios asuntos de qué tratar.

Sus compañeros se echaron a reír y uno de ellos exclamó:

—Te disculparemos, Dana, si nos pagas algo en la barra.

—No has sido muy cortés con tus amigos —observó Krassy, después de que se hubieron alejado los oficiales.

—Estoy demasiado ocupado para andarme con contemplaciones —replicó Dana

—. Bien, creo que habrán comprendido que... —hizo una señal llamando al camarero y continuó—: ¿Dónde vives?

Krassy dio su dirección y luego preguntó:

—¿Estarás mucho tiempo en Chicago?

—Una temporada. Estoy de paso. Mis otros compañeros —y señaló hacia el mostrador—, y yo hemos regresado de Europa... especialmente para el gran acontecimiento. Tal vez —rió—, los capitostes creyeron que tendríamos alguna oportunidad antes de asignarnos otra misión. Esos dos —añadió—, casi han duplicado las tuyas.

—¿Y tú?

—También.

—¿Qué hacías antes de la guerra? —inquirió la joven, removiendo la bebida.

—Muy poco —repuso Waterbury—. Vivía en Filadelfia. Asistí a la Universidad de Princeton, y me diplomé, pero estudié muy poco. En verano, mi familia se marchaba a Cabo Code, y la mayor parte del tiempo lo pasaba navegando a vela. ¿Has estado algún verano en Cabo Code?

—Sí, a menudo.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—¿Te gusta navegar en un velero?

—Me entusiasma.

—¿Dónde aprendiste a navegar? ¿Aquí, en el lago?

—¿Has estado alguna vez en Berkeley? —preguntó ella a su vez, cautelosamente.

—No. Estuve en San Francisco a menudo, pero jamás crucé la bahía. ¿Por qué?

—Porque Berkeley es el sitio donde vivía... de pequeña —explicó ella—. Mi padre solía llevarme en su velero. ¿Vive aún tu padre? —quiso saber.

—Sí —replicó Waterbury—. Ahora está en Washington. Se dedica a la navegación comercial.

—¿Le imitarás después de la guerra?

—Probablemente —asintió el joven—. Toda la familia ha tenido la misma profesión desde que William Penn alquiló un esquife a uno de nuestros antepasados.

El joven rió y Krassy acompañó su sonrisa.

—Y el resto de la familia... ¿Y tu madre? ¿Tienes algún hermano o hermana?

—Sí, mamá vive, y tengo una hermana, dos años menor que yo. Diantre, tú eres la única que interroga.

—¿No te gusta?

—No mucho. Tengo que hacerte muchas preguntas. ¿Por qué eres tan bonita... y aún sigues soltera? ¿Están ciegos los hombres de Chicago?

—No, no están ciegos.

Krassy calló para aceptar un cigarrillo; aguardó a que él se lo encendiera.

—Lo cierto es que hace muy pocos meses que vivo en Chicago —continuó.

—¿Dónde vivías antes?

—De niña, siempre en Berkeley. Pero mis padres fallecieron en un accidente siendo yo aún muy pequeña. Desde entonces, he pasado casi todo el tiempo en la escuela... y ahora recorro el país.

—¿No tienes más parientes?

—No. Algunos muy lejanos, pero ninguno próximo.

—Lo siento —se compadeció Dana Waterbury.

—No lo sientas tanto —contestó vivamente Krassy—. Afortunadamente, mis padres me dejaron algún dinero... Es decir, no tengo preocupaciones monetarias... aunque resulte a veces algo triste vivir sola. Oh, se hace tarde —concluyó, después de consultar su relojito—: debo irme.

—Te acompañaré a casa —sugirió Dana—. Tenemos un coche a nuestra disposición.

—Te lo agradezco de veras.

Dana subió al apartamento de ella. Krassy le sirvió un vaso y le invitó a sentarse en el sillón favorito de Collins. Luego, batió huevos y preparó café. Comieron en la mesita del saloncito. Dana estiró sus largas piernas, encendió un cigarrillo y hundió las manos en los bolsillos.

—Estoy bien aquí —declaró.

—Lo cual me halaga —sonrió Krassy.

—No quisiera marcharme nunca.

Lo dijo inexpresivamente, contemplando el techo.

—También a mí me gustaría. Pero tienes que irte, lo sabes de sobra.

—Dispongo de tan poco tiempo... que me gustaría pasarlo contigo.

Krassy sacudió la cabeza. Dana se levantó del sillón y atravesó la salita yendo hacia el diván. Se sentó al lado de la joven y la rodeó con los brazos. La besó y Krassy contestó a sus caricias con fingido apasionamiento.

—No me eches... ¡al menos, esta noche! —murmuró él.

Krassy se deshizo lentamente de su abrazo. Sosteniéndole el rostro con ambas manos, lo miró fijamente.

—Deseas acostarte conmigo, ¿verdad?

—Sí —asintió Dana, con voz átona.

—No. Quiero esperar hasta estar completamente segura —denegó ella suavemente.

—Yo ya lo estoy... ¿y tú?

—No lo sé. De veras; no lo sé. Y aguardaré hasta que esté segura.

Las frases persuasivas y melosas de Dana no la conmovieron. El joven regresó de mala gana al Club aquella noche.

Una semana después, el 24 de diciembre, Krassy se casó con Dana Waterbury.

El capitán, contando con las influencias de que gozaba en el Cuerpo de Aviación, obtuvo con prioridad dos reservas de asiento, y la pareja voló a Filadelfia para pasar

las fiestas de Navidad con la familia del joven.

Los Waterbury habitaban en una mansión vieja, cuadrada, señorial, de ladrillos rojizos, con un porche de columnas blancas, ovalado; la casa estaba situada en un suburbio tranquilo, de casas residenciales, alejado de los demás distritos de la ciudad. Unas persianas verdes preservaban las ventanas, y el pesado tejado de pizarra estaba pulcramente barnizado. La casa se hallaba asentada lejos de la calle, y había que pasar para llegar a la puerta por una avenida estrecha y enlosada, que resultaba un poco tortuosa. El caminito estaba flanqueado a ambos lados por setos recortados con precisión militar. De vez en cuando, se veían unos árboles corpulentos que se hallaban a la sazón cubiertos de nieve, como si vigilasen silenciosamente la casa y la calle.

Dana Waterbury llegó al porche y dejó el equipaje para llamar ruidosamente con el pesado aldabón. La puerta la abrió una sirvienta de edad, correctamente vestida con un uniforme negro y un delantal blanco.

—¡Feliz Navidad, Ruby! —exclamó Dana, alegremente.

—¡Oh, feliz Navidad, Dana! Digo, señor Waterbury —gritó la sirvienta con alegría.

Después, al divisar a Krassy, sonrió y se apartó a un lado.

—Querida Candice —dijo Dana, rodeando a su esposa con un brazo y empujándola suavemente hacia el interior de la casa—, hemos llegado. Ésta es Ruby. Ruby, te presento a mi mujer, la señora Waterbury.

—Le deseo una feliz Navidad, señora Waterbury... y mucha felicidad en su matrimonio —turbada, añadió—: Bueno, felicidades a ambos.

—¿Dónde está la familia? ¡He de mostrarles un verdadero regalo de Navidad! —rió Dana.

Una joven alta y esbelta salió de una habitación contigua y se precipitó hacia Dana. Éste la vio llegar y correspondió a su abrazo.

—¡Dana! ¡Dana! —gritó ella, poniendo sus brazos en torno al cuello del capitán, besándolo con entusiasmo.

—Un momento, por favor —rogó el joven—. Interrumpe tus efusiones. He de mostrarte una cosa... Mejor dicho, a mi esposa, a mi flamante esposa.

Krassy veía a una joven que llevaba el cabello hasta los hombros.

—¿Esposa? ¿Tu esposa?

La joven dio media vuelta y contempló a Krassy maravillada. Luego, sonrió.

—¡Caramba, Dana, eres un hombre con suerte! —comentó—. ¿De dónde has sacado una belleza tan extraordinaria?

Alargó una mano hacia Krassy, añadiendo:

—A veces, Dana parece drogado. Siempre temí que se casara con una chica extravagante, o algo peor... —miró a su hermano con afecto—. Bien, me llamo Chris. Bienvenida, felicidades y buenas Navidades.

Krassy le devolvió la sonrisa y le tocó afectuosamente el brazo.

—Gracias, pero creo que la que ha tenido suerte he sido yo.

Dana cogió a ambas jóvenes con sus brazos y las oprimió con fuerza.

—Todo va bien... si las dos creéis que esto es maravilloso —sonrió.

Los señores Waterbury, padres del joven aviador, descendieron por la amplia escalinata.

—¡Se han casado! —gritó Chris, al verlos—. ¿No es estupendo?

—¡Dana! —exclamó la madre, deteniéndose en seco.

—Bien, muy bien... —murmuró amablemente el señor Waterbury.

Al llegar abajo se dirigieron apresuradamente hacia la nueva pareja.

—Felicidades —manifestó cordialmente el señor Waterbury—. Y creo que ha llegado el momento de besar a la novia.

Aquellas Navidades, los Waterbury tenían un invitado a cenar. Un caballero de elevada estatura y pelo blanco, de rostro fatigado y facciones pronunciadas, amigo de la familia desde muchos años atrás, y asociado en el negocio del viejo Waterbury. Un viudo que siempre pasaba las Navidades en Filadelfia, y se llamaba Howard Monroe Powers.

Sentada a la enorme mesa, con su mantel blanco, en el amplio y severo comedor, Krassy aceptó un poco de pavo con trufas, puré de patatas y boniatos con salsa. Estaba casi rodeada por entremeses, ensaladas y otras suculentas viandas.

«¿Dónde estará María? —se preguntó mentalmente—. ¡Dios mío! ¿Por qué habré pensado ahora en ella?».

De pronto, observó que tenía las manos heladas y trémulas. Las colocó sobre las rodillas y las mantuvo inmóviles.

«No —se dijo—, no quiero pensar en ella... ni en nadie. Ahora gozo de una buena situación. Pertenezco a esta sociedad».

Cogió el pesado tenedor de plata de ley y se dispuso a comer.

«¡Feliz Navidad —murmuró—, de parte de Krassy!».

—¿Cuánto tiempo estarás con nosotros, hijo mío? —quiso saber la madre de Dana.

—Sólo tengo cuarenta y ocho horas de permiso.

—¿Volveréis a Chicago? —preguntó su padre.

—Sí —asintió Dana.

—¿Y adónde iréis? —se interesó la señora Waterbury.

—Lo ignoro. Cuando haya terminado mi misión, seguramente me enviarán de nuevo a Europa.

—¿Dónde vivirás, Candice? —inquirió Chris.

—Pienso quedarme en Chicago por algún tiempo... —replicó Krassy—. Allí poseo un apartamento muy cómodo y coquetón, y cuento con bastantes relaciones.

—¿Por qué no vienes a vivir con nosotros? —la invitó el viejo Waterbury.

—Me gustaría... Bien, quizá más adelante —dijo Krassy, evasivamente.

—No te preocupes, Charles —intervino pomposamente Howard Powers,

dirigiéndose al padre de Dana—; no la perderé de vista mientras viva en Chicago.

Después de una pausa, el banquero se volvió hacia Krassy.

—Tenga presente, señora, que si en alguna ocasión necesita algo, lo que sea, mientras Dana esté en el frente, no ha de tener ninguna inhibición. Recorra siempre a mí.

—Lo tendré presente —afirmó ella, bajando la mirada.

—Tío Howard lo dice de corazón —comentó Chris—. Tiene tanto dinero que hasta resulta vergonzoso.

Powers se echó a reír muy divertido.

—De pequeña no pensabas igual. Recuerdo aquella ocasión en que tu padre no quiso regalarte el caballito...

—Oh, sí —exclamó Chris muy alegre—, y tú me lo compraste, lo cual enfureció a papá.

—Opinaba que eras todavía demasiado pequeña para tener un caballo... Ése fue el único motivo de mi enfado —puntualizó Charles Waterbury.

—La moraleja de este asunto —le susurró Dana a Krassy—, es que cuando yo esté en la guerra, si quieres un caballo... debes ir a visitar a tío Howard.

—No es cierto —protestó la madre de Dana, seriamente—. Tu padre puede comprarle todos los caballos que necesite.

Krassy coreó la carcajada general.

Al día siguiente, Krassy y Dana tomaron el avión de vuelta a Chicago. El día de la boda, Dana había trasladado todo lo suyo al apartamento de Krassy, de forma que se instalaron cómodamente en Lake Towers. De cuando en cuando, Dana se ausentaba dos o tres días, obligado por su misión de vender bonos de guerra, visitando Detroit, Cleveland, Indianápolis, San Luis, Kansas City, Minneapolis y Milwaukee. Cuando regresaba a Chicago, después de cada viaje, llegaba cansado, agotado.

—Esta guerra se hace con dinero y armamento —le contó a Krassy en una ocasión, mientras tomaba un trago y escuchaba el tintineo de la cucharilla de mango largo dentro del vaso—. A veces, me da la impresión de que soy un pobre diablo en plan de exhibición en una feria. ¡Aquí tenemos al capitán Waterbury! —se burló—. ¡El capitán Waterbury ha derribado veinte aviones nazis! ¡El capitán Waterbury, ese héroe nacional, está aquí para rogarles que adquieran más bonos de guerra! ¡Más bonos de guerra! —se retrepó en el sillón, sosteniéndose la cabeza entre las manos, y luego se enderezó—. La verdad es que al capitán Waterbury le importa un pimiento que la gente compre bonos de guerra. Lo que le preocupa al capitán Waterbury actualmente es saber cuándo llegará la orden de incorporarse otra vez a Europa... para dejar allí el pellejo.

Pasaron enero y febrero, y en marzo llegó la orden tan temida y esperada por Waterbury.

—Creo que se ha terminado la venta de bonos —le dijo a Krassy.

La noche anterior a la partida de Dana, los dos cenaron en el Yar.

Aquel restaurante que antaño fuera un local sosegado y digno, se había convertido en un establecimiento estruendoso, bullanguero, alborotado, con cantos y ruidos a porrillo. En un rincón, en torno a un velador, Dana encargó una buena cena y una botella de champaña de dos litros.

—No saldremos de aquí —le confió a Krassy—, hasta haber consumido la botella... y su pariente más allegado. Cuando salga de este local lo haré completamente borracho, y con una gran felicidad interior. Y tú también, amor mío.

La orquesta de cíngaros empezó a tocar y Waterbury llenó una y otra vez su copa, apurándola lúgubrementemente. Cuando, por fin, les sirvieron la cena, se limitó a picar en los platos. Krassy callaba y sólo contestaba a las preguntas directas que él le dirigía.

Krassy lamentaba la inminente partida. Se sentía apenada. Su dolor no era personal... ni por él ni por sí misma. Lo echaría en falta, no por estar enamorada de él, Dana, sino por quedarse sola igual que antes. De él había obtenido la protección de su nombre, que la rodeaba de una respetabilidad sólida y nueva para ella. No quería afrontar el futuro, una vez acabada la guerra, cuando debieran reanudar la vida en común.

Krassy se sentía segura al lado de Dana Waterbury. Su confianza en ella y el buen humor que siempre demostraba resultaban un muy divertido espectáculo. El amor del joven era sincero y la muchacha se hallaba satisfecha de su estabilidad. Partir él, significaba la pérdida de una compañía a la que ya se había acostumbrado.

Salieron del Yar y regresaron al apartamento de Lake Towers. Dana estaba completamente borracho... y no se sentía feliz.

—Hay muchos temas que no hemos tocado —murmuró Dana, repentinamente sobrio—. Podría pasar toda la noche asegurando y repitiendo que te quiero mucho, pero... he de decirte otras cosas...

—Tal vez sea mejor que no las digas —le atajó Krassy.

—No —objetó Dana—, lo que debo comunicarte guarda relación con los asuntos cotidianos, como por ejemplo, el dinero. Ayer visité a tío Howard y a su abogado. Te contaré cómo está el asunto monetario... por si me ocurriese una desgracia.

Krassy se quedó inmóvil.

—Lo he solucionado de forma que todos los meses pueda enviarte trescientos dólares —continuó él— de mi sueldo de ultramar. He modificado el seguro del Gobierno, para que recaiga a tu nombre... y el capital que me dejó mi abuela.

—No necesito nada —protestó Krassy—. Con lo que tengo puedo mantenerme.

—En conjunto no es mucho —prosiguió Dana, sin escucharla—. Cuando falleció mi abuela, nos dejó, a Chris y a mí, veinte mil dólares para cada uno. Ésta es la cantidad que tengo a mi nombre —calló un instante—. Si acaso... si acaso me ocurriese alguna cosa... y te hallaras apurada o necesitaras más dinero, mi padre se hará cargo de ti. Creo... creo que tiene una gran fortuna.

Krassy no respondió. Continuó acariciando la cara de Dana hasta que el joven se

durmió.

Al día siguiente por la mañana, Dana Waterbury se marchó a Europa. Su ausencia no influyó absolutamente en la vida de Krassy, aunque como consecuencia de haberse casado con Dana se produjeron varios hechos. Ante todo, en abril recibió un cheque de trescientos dólares. En mayo otro, y en el mismo mes la noticia de que el capitán Dana Waterbury había sucumbido en acto de servicio sobre Alemania.

Como resultado de tan luctuoso suceso, Krassy recibió diez mil dólares del seguro estatal, veinte mil de la herencia de la abuela de Dana y una prima. Ésta consistía en el efectivo de una póliza de seguro personal en caso de defunción del titular, que importaba siete mil quinientos dólares y que Dana olvidó mencionar.

Howard Monroe Powers fue una gran ayuda para Krassy, ya que gracias a él pudo entrar en posesión de todo el dinero sin dificultades. El propio abogado de Powers realizó las gestiones necesarias, con un mínimo de esfuerzo, molestias y pasos por parte de Krassy.

Como presidente del Lake Michigan National Bank and Trust Company, el despacho de Powers era un sitio majestuoso que inspiraba un temor reverencial. Krassy gozaba con el respeto y la callada consideración con la que era recibida y acompañada siempre a presencia de Powers. Habitualmente, el banquero se hallaba instalado detrás de su inmenso escritorio con aplicaciones de cuero y pisapapeles de cristal cilíndricos. Detrás suyo, había un alto ventanal en arco, de un solo vidrio, engarzado en un marco lo mismo que una joya. El marco era de ámbar brillante, con un barrote carmesí que dividía el vidrio por la mitad. En la parte inferior había una bellota de color marrón; encima de la barra un roble verde. Una cinta rodeaba el marco con un lema: «La confianza logra que de las bellotas nazcan los robles». A Krassy le impresionó, aunque tuvo que leerlo dos veces para entender correctamente su significado.

Powers se levantaba, rodeaba su mesa y cogía las manos de Krassy con suma galantería. A medida que menudeaban las visitas, el personaje aumentó, proporcionalmente, el tiempo del apretón de manos. Hasta que una tarde...

—Mi apreciada Candice, ya habrás observado que pienso en ti.

—¿De veras?

—Sí. Durante varios meses has vivido sin la menor diversión, lo cual no es justo. Todavía eres joven, y tienes una vida entera por delante.

—Opino que estando de luto no es correcto que lleve una vida divertida. Por lo menos, durante cierto tiempo.

Lo dijo abriendo el bolso para sacar un primoroso pañuelito, con el que suavemente se tocó las esquinas de ambos ojos.

—Sí, tienes razón... según cómo se mire —replicó rápidamente Powers, acariciándole la mano afectuosamente—. Pero todo tiene sus límites. Ciertamente, no

sería correcto ir... a beber y a frecuentar salas de fiesta y distracciones similares... Pero, ¿quién podría objetar de una sesión de ópera?

Krassy levantó la vista interrogativamente.

—Sí —continuó él—, contra eso nada puede objetarse. Yo estoy abonado a un palco para toda la temporada, como quizá sepas; esta noche representan la *Bohème*. Ya sabes, Puccini... Te llevaría con sumo gusto —sonrió forzadamente—. Al fin y al cabo, con mi edad podría ser tu padre...

«Hasta mi abuelo, carcamal», pensó Krassy.

—¿Cree usted que sería correcto? —preguntó en voz alta. Tras una pequeña pausa, agregó—: ¿No sería una falta de respeto a la memoria de Dana?

—¡En absoluto, no temas! —protestó el anciano, decidido a vencer los escrúpulos de la joven—. Incluso podríamos hacer algo más esta noche. ¿Qué dirías de cenar juntos en mi club?

—Me gustaría, pero... —contestó Krassy con leve vacilación.

—Entonces, decidido. Enviaré mi coche a recogerte.

Powers sonrió y volvió a cogerle afectuosamente las manos.

Krassy tenía un calendario en su apartamento, dentro de un estuche de piel. Las ilustraciones se debían a un artista famoso por los tipos de mujeres hermosas y piernas exageradamente largas, cinturas de avispa, bustos voluminosos y ojos sensuales. Todos los meses arrancaba cuidadosamente la última ilustración y la guardaba en un cajón del escritorio.

El calendario era de Waterbury y cuando partió se lo dejó olvidado. Del mes de diciembre sólo quedaba la última hoja, y Krassy recordó que Dana había fallecido seis meses antes. En un impulso momentáneo, abrió el cajón de la mesa y sacó las hojas de los meses anteriores. Cogió el estuche de piel, y junto con las láminas, lo llevó todo a la cocina, donde lo echó al cubo de la basura. Esto no le produjo el menor malestar, ni la entristeció. Sintió, en cambio, una sensación inopinada de intensa alegría. Había terminado un capítulo de su existencia, de igual forma como habían concluido las hojas del calendario.

Al principio, Krassy recibió algunas cartas de Chris y otras de la madre de Dana. La joven respondió a todas con breves notas de cortesía. Luego, la correspondencia quedó interrumpida, y finalmente las únicas noticias que tuvo fueron por mediación de Howard Monroe Powers.

El viejo empezó a acompañarla asiduamente, al teatro, a los conciertos y a la ópera. Al medio año de la muerte de Dana, la actitud paternal de Powers empezó a modificarse gradualmente.

Krassy le ayudó deliberadamente. Powers procuraba no excederse ni demostrar abiertamente su interés, más allá de cierto límite, lo cual habría significado perder su dignidad y su propia estima, caso de pisar terreno en falso. Seguía acariciándole las manos suavemente, y había progresado hasta el extremo de cogerle las manos en el teatro. En algunas raras ocasiones como al azar, se permitía descansar el brazo en el

respaldo del asiento de la joven en el coche, rozándole ligeramente los hombros. Krassy no hizo nada por impedir tales manifestaciones de aquel creciente deseo de posesión. Al contrario, aprovechó todas las oportunidades para pedirle al viejo su opinión respecto al vestido que debía ponerse, y de regreso lo felicitaba por su buen aspecto, por las prendas que estrenaba y por los teatros y conciertos que escogía para ella.

También le permitió que invirtiese pequeñas sumas de dinero de ella en acciones y obligaciones. Invariablemente, tales inversiones le proporcionaban a la joven una sustanciosa ganancia. En una ocasión, compró un encendedor de oro para regalárselo a Powers, y en el momento de ofrecérselo, le espetó:

—Es usted el hombre más agradable que he conocido.

Acto seguido, le besó... en broma. Powers fingió devolverle el beso de igual manera, pero Krassy fácilmente comprendió la emoción que le embargaba.

—Eres la mujer más exquisita que conozco —replicó el viejo banquero con galantería—. Bien, tendré que hacer algo muy delicado para corresponder a tu regalo.

El año 1944 cedió suavemente su sitio al 1945, y aquel verano Powers estaba ya apasionadamente enamorado de Krassy. Había llegado la oportunidad con la que ella soñaba hacía tanto tiempo y a la que contribuyó con su diligencia. Hasta dónde llegaría y cuál sería la meta final eran cosas que Krassy aún no había decidido.

Powers estaba bien conservado para sus sesenta años. Su esposa había fallecido veinte años atrás y no tenía hijos. Aun cuando fuese un hombre riquísimo, llevaba una existencia solitaria, con muy pocas relaciones, contando sólo con algunos amigos personales. Al morir su mujer, vendió una mansión que tenía en la ciudad y más adelante las granjas de Lake Forest. Como llevaba una vida modesta, alternando entre el club del centro de la ciudad y su apartamento de la Calzada de Lake Shore, gastaba muy poco dinero en sus necesidades personales.

La única excepción era la *Lorelei*, una goleta de diecisiete metros, impulsada por un motor Diesel. Durante la guerra la tuvo en una caseta costera, pero con gran alegría por parte de Krassy, Powers la reparó hasta dejarla como nueva, ya que proyectaba un crucero de un mes de duración a la isla de Mackinac, y a través de los grandes lagos, hacia Búfalo.

Krassy se entusiasmaba contemplando la silueta larga y graciosa de la embarcación, pasando horas enteras tendida en la popa, observando la estela en el agua azul del lago. Cuando se colocaba boca arriba, se cubría los ojos con el brazo y se extasiaba contemplando los palos que sobresalían de la cubierta de caoba, viendo cómo las velas de lona cubrían parte del cielo. A veces, Powers o el capitán de la embarcación le permitían manejar el timón, y entonces apuntalaba sus piernas, y así la rueda forrada de metal, pareciéndole que la *Lorelei* era un ser vivo al que dominaba con sus manos.

Al llegar la noche, se tendía inquieta en el pequeño camarote y reflexionaba.

«Esto puede ser mío... y eso... y aquello...».

En su imaginación enumeraba la fortuna y la influencia de Howard Monroe Powers. El banquero podía proporcionarle la seguridad financiera que siempre deseaba; una protección eficaz para no tener que volver nunca más a la miserable casa de los mataderos. Una barrera de oro entre ella y los vestidos imitación de seda y baratos comprados en tiendas de saldos, y la ropa interior adquirida en mostradores repletos de gente, en los bazares de cinco y diez centavos la pieza.

Alguna noche, el rechinar de los hierros de cubierta le recordaba los crujidos del lecho de su padre, y casi esperaba oír el sordo rumor de los pies de María, descalza, sobre el suelo.

Sabía que se casaría con Powers, y creía que era todo cuanto deseaba. Sin embargo, instintivamente, vacilaba en tomar esta determinación. No había otro hombre en su vida, ya que había tenido buen cuidado de apartar cualquier ocasión de relacionarse con varones tras la muerte de Dana. El apellido de su marido le proporcionó una respetabilidad aceptada sin vacilación por Powers y sus amigos. Krassy andaba con suma cautela, evitando perder aquella valiosísima posesión, y la conservaba inmaculada y resplandeciente. Representaba la llave mágica que le permitiría apoderarse de los millones de Powers... si conseguía obligarle a casarse con ella.

Quedaba otra alternativa, y Krassy solía considerarla a menudo.

«Puedo mantener unas relaciones extemporáneas con él —se decía—, pero es un tipo tan aburrido y respetable, que esto no le gustaría. Cualquier día, al levantarse, su conciencia empezaría a angustiarse y sería el final de mi oportunidad».

Y era cierto. Krassy se exponía a perder su más poderosa arma: el respeto que Powers le profesaba. Consideró asimismo que podía presionarlo como hizo con Collins; podía ser la amante del banquero, y después colocarlo ante un embarazo. Pero aunque en el caso de Collins tuvo éxito, y logró un beneficio, Krassy estaba convencida de que el mismo truco no daría resultado con Powers. Las situaciones familiares de ambos hombres eran totalmente distintas. Collins estaba casado y se hallaba económicamente a merced de su esposa. Powers era libre. Y era probable que, si a su edad tuviera un hijo, querría tener derecho a no perder el contacto con ella, llegando tal vez a adoptar al chiquillo.

Krassy meditaba el asunto constantemente en todas sus facetas, perdiendo muchas horas de hondas reflexiones. Su experiencia y su instinto le advertían de que debía estar en guardia contra el carácter de Powers. Y llegó a la desagradable conclusión de que sólo había una solución: casarse con él. La idea de mantener un contacto físico con aquel viejo le producía una enorme repugnancia.

«Pero tiene ya sesenta años —se tranquilizaba—; probablemente no vivirá mucho tiempo. Quizás uno o dos años. Además, un hombre a esta edad no puede ser muy difícil de manejar. Es posible que no pueda hacer el amor muy a menudo».

Era de día y algunos rayos solares incidían sobre la cubierta. Krassy observaba a Powers desnudo hasta la cintura, ataviado con unos pantalones de pana y zapatos

blancos de lona con suela de goma. Calculó la debilidad de sus brazos y su pecho liso y hundido. Aunque tuviese la piel bronceada, su aspecto era el de un auténtico anciano. Los músculos flácidos bajo el mentón y a los lados de la boca indicaban su verdadera edad. Sí, llevaba los años con distinción, manteniendo erguido su delgado y desmadejado cuerpo. Con los cabellos de plata y su apostura digna y sosegada, merecía cierto respeto.

«Pero no amor —murmuró Krassy—, y deseo aún menos».

El contacto de las palmas secas y cálidas cuando el banquero le acariciaba las manos y los brazos la inquietaba. Los besos fugitivos de sus labios exangües le resultaban hartamente desagradables.

«Pero es sólo un anciano —repetíase Krassy una y otra vez—. Podré resistirlo unos años, que no serán muchos y después... Después seré la señora viuda de Howard Monroe Powers, con más dinero del que pueda gastar en toda mi vida. ¡Todo lo que anhelo sería mío!».

Siguiendo la ruta de regreso, la *Lorelei* dejó a Krassy a veinticuatro horas de Chicago. La última noche, Krassy cenó con Powers en su camarote de propietario. Mientras el camarero quitaba el servicio de la mesa, Krassy y Powers sorbían sendas copitas de anís. De pronto, Krassy vertió el resto de su anís en la taza de café y exclamó, sonriendo:

—Esta noche me siento inspirada; bebería el licor a litros. Y, no obstante, estoy triste.

—¿Por qué, querida amiga? —inquirió Powers.

—Oh, este viaje tan fascinante... en esta hermosa y magnífica *Lorelei*... —hizo una breve pausa—. Me gustaría que este crucero durase toda la vida.

—No hay viaje que no concluya un día u otro —sentenció el banquero.

—No fue ése el caso del Holandés Errante.

—Pero a ti no te gustaría ir en el Buque Fantasma...

—No, claro que no. Pero, sinceramente... he pasado unos días maravillosos, Howard... —bajó la mirada como avergonzada—. Ahora, sin verle... sé que le echaré de menos.

—Bien, nos veremos como de costumbre —protestó el banquero.

—Oh, sí... pero no todos los días —suspiró Krassy—, y no como aquí. ¿Piensa acaso, Howard, que lo que digo es incorrecto?

—Oh, al contrario... Me halaga sobremanera.

—Por otra parte, he terminado dependiendo completamente de usted... —añadió la muchacha suavemente—. Todas las cosas más agradables y halagüeñas de mi existencia se hallan relacionadas con su persona... Cenas, diversiones... gente distinguida...

—Esperaba que algún día lo reconocerías —sonrió el viejo.

—¡Es... es la pura verdad! Siempre pienso en el momento de estar con usted, Howard. Y me considero la mujer más feliz del mundo cuando estoy a su lado.

—A veces temía robarte demasiadas horas, querida —musitó Powers lentamente—. Tal vez te gustaría... —tragó saliva antes de proseguir— salir con gente más joven.

—¿Con hombres jóvenes? —se horrorizó Krassy, burlona—. Estoy harta de la juventud... Son todos egoístas, pedantes y crueles, Howard. No son como usted... tan amable, tan gentil, tan simpático.

—Sin embargo —objetó Powers, en el fondo muy halagado—, me estoy haciendo viejo.

—¿Viejo? Permita que me ría de su vejez —replicó Krassy con candor—. Creo que usted es el hombre más interesante que he conocido. Su aspecto es estupendo. Oh, sí, Howard, he observado que otras mujeres le miraban con gran interés.

Powers se miró de reojo en el espejo colgado en el tabique del camarote.

—Además, resulta usted tan... tan distinguido —añadió Krassy.

—¿Eso es cierto, Candice? —se interesó Powers.

—¡Jamás había hablado con el alma como ahora... jamás!

—Candice... tú también me has dado la felicidad. Para mí ha sido una auténtica distracción darte gusto en todo. Pero a causa de Dana... y de su padre... En fin, no puedo añadir nada más.

—Olvídese de Dana —le urgió ella—. Y de los Waterbury. Dana murió... Y nunca más intervendrá en mi vida. Apenas me acuerdo de él, Howard. ¡Usted hizo que lo olvidara!

—Entonces... —el banquero respiró profundamente—, me gustaría continuar haciéndote olvidar a Dana.

—¿De veras? ¡Es la declaración más agradable que he oído en mi vida! —exclamó Krassy riendo, mientras Powers callaba repentinamente, mirándola sorprendido.

—Sí —repuso después con firmeza—, confieso que puede serlo.

Krassy empujó su silla hacia atrás, se apartó de la mesa y se dejó caer sobre las rodillas de Powers. Luego, le pasó los brazos en torno al cuello.

—¡Querido mío! —suspiró junto a su oído—. ¡Mi querido y amado Howard...!

Powers la besó en los labios.

—¿Cuándo nos casamos? —preguntó luego.

—Aún no —le cortó Krassy, muy práctica—. Ante todo, tenemos que mantener un pequeño noviazgo. Esto será maravilloso para mí. Gozaremos una temporada espléndida. Después, nos casaremos. Como si reservásemos el postre para el final.

Él se echó a reír, mientras ella acariciaba efusivamente al anciano.

Al día siguiente por la mañana, la *Lorelei* estaba ya en Chicago. Aquel mismo día, Powers adquirió un anillo de compromiso con un diamante de ocho quilates para Krassy. Pero el noviazgo no se anunció oficialmente.

Powers insistió en comunicar la fausta nueva a los Waterbury. Krassy quiso quitarle esa idea de la cabeza, mas terminó cediendo; entonces, envió una carta a

Chris, obligada por la insistencia del viejo. Powers, por su parte, escribió una larga misiva a Charles Waterbury, explicándole las peripecias de su compromiso. Chris no le contestó a Krassy; no obstante, el banquero recibió una breve nota, de sólo cuatro líneas, felicitándole de forma convencional. Después, Krassy y Powers jamás volvieron a mencionar a los Waterbury.

Krassy siguió citándose todas las noches con Powers, cenando con él y acompañándolo a la ópera durante aquel otoño e invierno. De vez en cuando, ella le invitaba a cenar a su apartamento. El viejo se mostraba contento dejando que Krassy continuase con sus actividades habituales; jamás se inmiscuyó en su vida privada.

El noviazgo no aportó ninguna novedad en la conducta de sus relaciones mutuas. El deseo de posesión de Powers no aumentó ni disminuyó. Debido al asco que experimentaba Krassy ante el contacto físico con el anciano, a veces fingía estar medio dormida, y él no insistía jamás. Powers deseaba que la boda se celebrara antes de la fiesta de Acción de Gracias, o sea el cuarto jueves de noviembre. Pero ella lo aplazó hasta Navidad, y luego hasta después de Año Nuevo.

Finalmente, Krassy se casó con Howard Monroe Powers el 17 de enero de 1946. Visolotti, el juez de paz del distrito los casó en la misma oficina de Powers. Fue una boda sosegada, en la que sólo intervinieron Krassy, el banquero, el juez de paz y dos testigos profesionales. Inmediatamente, y antes de que la Prensa divulgase la noticia, la pareja salió hacia la capital de México.

La luna de miel no transcurrió tan plácidamente como ella suponía. El deseo de posesión de Powers quedó bien patente en tal ocasión. Desde la primera noche, Krassy tuvo que luchar desesperadamente para disimular su repugnancia. Todas las noches, con Powers durmiendo a su lado, trataba de calmar el temblor que se apoderaba de su cuerpo y dominar los chillidos de histerismo que le subían a los labios. Manteniendo los párpados entornados, obligaba a su imaginación a pensar en un telón de terciopelo negro.

«El telón es negro —murmuraba entre dientes—, y yo me estoy durmiendo».

Esta frase la repetía innumerables veces. En algunas ocasiones, era ya de día cuando el negro telón se diluía ante sus ojos cerrados, y entonces conciliaba el sueño.

Hacia 1949, Krassy no tuvo ya necesidad de pensar en el telón negro para dormirse. Había reconocido la excelencia de unas pastillas de barbitúrico.

DANNY Y KRASSY

1

Hallar la dirección de Powers resultó tan sencillo como rascarme un grano en la punta de la nariz. Consulté la guía telefónica y allí estaba... un gran edificio de apartamentos propiedad de los inquilinos, en la calzada de Lake Shore. Di unas vueltas en torno al edificio, durante algunos minutos... con la esperanza secreta de que Krassy saliera y me ofreciese la oportunidad de verla. Al cabo de unos minutos me marché, ya que no era prudente dejarme ver rondando por los alrededores.

Aquella noche reflexioné detenidamente en mi habitación.

«Danny, la has encontrado; pero, ¿qué diablo harás cuando la veas?».

No podía enfrentarme directamente con ella y espetarle:

—Oye, chica, te conozco. Tú no me has visto nunca... ni has oído hablar de mí, pero yo he seguido todos tus pasos desde el distrito de los mataderos, desde que eras una jovencita, y supongo que fue una terrible experiencia vivir en aquel ambiente.

Tenía que hallar una fórmula más correcta.

Por fin tuve una idea. No era excepcional, pero fue lo único que se me ocurrió. Compré una libreta azul de bolsillo y una pequeña calculadora automática, uno de esos artilugios sumadores que, al oprimir un botón, dan el resultado y es posible sumar cifras elevadas. Volví al edificio del apartamento de Krassy y me situé disimuladamente en una esquina. Registraba todos los coches que pasaban oprimiendo el botón. De este modo, me enteré del número de autos que pasaban cada hora. De repente, un chiquillo vino hacia mí y me preguntó qué hacía, a lo que contesté que yo era un inspector del tráfico que tomaba nota de los vehículos que circulaban. Nadie más se molestó en hacerme preguntas.

Hacia las once y media, vi a una mujer de elevada estatura que salía de uno de los apartamentos y se metía en un coche. El taxi había aparcado al otro lado de la calle. Desde el sitio, algo alejado, donde yo estaba, no pude averiguar si era Krassy o no. Cuando el coche arrancó, pasé otra hora esperando.

Al día siguiente, casi con idéntico horario, la misma mujer volvió a salir del edificio. Esta vez me hallaba más cerca y la vi mejor. No cabía la menor duda: se trataba de Krassy.

Era más delgada de lo que yo imaginaba, y llevaba un sombrerito con un velo

corto, que le ocultaba los ojos, lo cual me impidió contemplarla a mi placer. Se metió en el taxi y se alejó. Tuve el presentimiento de que probablemente todos los días, a la misma hora, actuaba de igual forma. Creí poco prudente seguirla, subiendo a un taxi detenido en la otra acera. Era posible que el taxista la conociese. Por tanto, aguardé hasta el día siguiente, y alquilé un taxi en el centro de la ciudad que me condujo a Lake Shore a las once y media. El vehículo dio la vuelta al edificio, y frenó junto a la acera. Aguardamos. A los pocos minutos, Krassy salió, cruzó la calle y subió a un taxi. El coche arrancó hacia el Loop y yo ordené a mi taxista que lo siguiera.

Fuimos hasta Michigan, y después de cruzar el puente, el otro taxi giró a la derecha, hacia Wabash, adonde se dirigió pasando por debajo de las calzadas. Al sur de Monroe se detuvo ante un edificio de oficinas. Krassy se apeó. Pagué mi carrera y la seguí hasta el vestíbulo. La joven fue en busca de un ascensor. Estaba lleno, pero aún quedaba bastante gente para entrar, y yo conseguí apretujarme en último lugar. Krassy no reparó en mí.

Salió en el tercer piso y anduvo hasta el final del corredor sin mirar hacia atrás. Allí había una puerta sin número ni nombre. Llamó, aguardó un instante, y la puerta se abrió. Entró y yo me quedé allí, clavado como un espantapájaros, contemplando la puerta.

No podía hacer nada por el momento, por lo que me dirigí al extremo opuesto del pasillo y encendí un cigarrillo. Estuve allí fumando un ratito y reflexionando en qué estaría haciendo Krassy. El ascensor volvió a detenerse en el piso y salieron otros dos individuos, que siguieron el mismo trayecto de Krassy, penetrando por la misma puerta. Unos minutos más tarde, fue una dama, luego un hombre, otros dos y finalmente dos damas más los que continuaron la misma procesión. Todos se colaron por la misma puerta de Krassy.

Bien, me imaginaba ya de qué se trataba. Era una timba donde jugaban a las carreras de caballos. Una timba particular, a la que me resultaba imposible asomarme, ni tampoco me interesaba entrar. Todavía no era oportuno darme a conocer a la joven, ni quería que comprendiera que la estaba espiando.

Pero tenía ya un dato: Krassy apostaba a los caballos. Naturalmente, podía hacerlo. Con el fortunón del viejo Powers podía jugar a los caballos, comprar unos cuantos corceles y regalarlos. A la una se abrió la puerta y salió Krassy. Al penetrar en el ascensor, me volví de espaldas. Cuando la puerta se cerró, bajé la escalera de tres en tres y al llegar al vestíbulo Krassy salía ya del edificio y llegaba a la acera. Fue hacia Michigan, luego giró al sur, encaminándose al Hotel Congress. Entró y se dirigió al restaurante. Estuve fuera un instante y luego entré decidido a indagar qué hacía en tal lugar. Se hallaba sola, sentada a una mesa; se tomó tres *martinis* dobles sin apenas respirar. Después, encargó una comida ligera. Tal como se conducía, no parecía esperar a nadie... y lo cierto es que comió sola.

Estudió lo servido, tomó unos cuantos bocados y pagó la cuenta. Al salir cogió un taxi que la dejó en su apartamento. Por mi parte, regresé a la oficina.

Intenté estudiar su situación. No entendía por qué Krassy acudía diariamente a la timba de las carreras, cuando habría podido apostar fácilmente por teléfono. Tal vez el viejo Powers no le permitía jugar... En su calidad de banquero, tal vez considerase que era una mala costumbre dilapidar dinero de esa forma... Pero ella se hallaba en condiciones de perder muchos miles. Llegué a la conclusión de que Krassy se aburría o que, sin saber qué hacer, apostaba a las carreras sólo como distracción. Lo de tomarse tres *martinis* al mediodía me dio a entender que no era demasiado feliz... o que estaba harta del anciano.

Pero aún no había resuelto el problema más importante para mí. ¿Cómo me presentaría a ella? ¿Y qué excusa daría para seguir viéndola luego? Contaba con todo el tiempo necesario para reflexionar los medios a emplear, o sea que no tenía por qué apresurarme. Lo que hiciese, debía ser perfecto.

La semana siguiente no fui a dar vueltas en torno al edificio de Krassy. Pero una mañana no pude contenerme, ya que necesitaba obtener más informes, y me encaminé hacia allí. Una manzana de casas después del edificio, doblé al oeste de la calzada Lake Shore, y me interné en la calle Astor. A mitad de camino entre Astor y North State se alzaba una finca inmensa, muy decrepita, de piedra gris, habilitada para apartamentos de lujo. En la parte posterior, que daba a un callejón interior entre edificios, se hallaba una casa bajita. Junto a la acera, entre la finca y la casa bajita al otro lado del callejón, había una furgoneta azul, con incrustaciones de madera clara. Sin embargo, la casa no tenía entrada por el callejón. Sólo disponía de una puerta de emergencia, y la puerta principal se hallaba en la fachada que daba a la calle.

Un individuo joven, aproximadamente de mi edad, cargaba unas maletas en el compartimiento de equipajes del vehículo. Las maletas eran de lujo, con el aspecto de las cosas de precio. En el momento en que yo pasaba, una camioneta cargada con ropa lavada se detuvo. El conductor bajó, con varios trajes recién lavados y planchados, y se dirigió al joven de la furgoneta. Éste dejó su trabajo, giró en redondo e increpó al recién llegado:

—¡Dije que los trajes los necesitaba ayer! Todo está ya en las maletas y no me hace ninguna gracia volver a deshacer el equipaje para meter esa ropa.

El conductor dijo algo que no entendí, y luego el joven le indicó la puerta de emergencia, diciendo malhumorado:

—De acuerdo, pase y déjelo todo allí.

El conductor-repartidor traspuso la puertecita del callejón y salió poco después sin los trajes.

—Lamento mucho este retraso, señor Homer —dijo en son de excusa—; de todos modos, le deseo buen viaje.

Después de cerrar con llave el maletero, el joven volvió hacia la parte delantera del coche.

—¿Cuándo regresará? —quiso saber el conductor.

Homer comprobó que las portezuelas de los lados se hallasen bien aseguradas y

subió al coche.

—No antes del mes de mayo... o más tarde —replicó, presionando el pie en el pedal de arranque—. Le avisaré mi llegada.

—Gracias, y buen viaje —repitió el conductor.

Homer se despidió agitando la mano. Seguí mi camino, reflexionando que hay tipos con suerte. He aquí un joven que al volante de una furgoneta azul se marcha a Florida, a Arizona, a California o a cualquier otro paraje para pasar seis meses. Sin embargo, en aquel momento lo olvidé casi al instante, y unos minutos más tarde, ni me acordaba del tal Homer. Pero aquella noche volví a pensar en él.

Me senté en la cama, saqué un cigarrillo del paquete y empecé a meditar de qué modo podía presentarme a Krassy. De repente, me acordé de Homer. Y se me ocurrió una idea.

Volví a la casa de Homer varias veces. A su alrededor, no se observaban señales de vida. Por el lado que daba a la parte trasera del gran edificio, sólo existía un muro liso. Había ventanas en ambos extremos de la casa... pero daban a la otra calle, siendo imposible verlas desde el gran edificio. La puerta principal, situada encima de dos peldaños, franqueaba la entrada a la casa por la acera de la calle. Cerca de la puerta había un buzón con el nombre de «Edward A. Homer». También existía la portezuela de emergencia que había divisado antes, en el callejón.

Me instalé en mi oficina y envié un par de sobres a mi nombre... escrito suavemente a lápiz. Dentro de los sobres metí unas hojas de papel en blanco, los cerré y los envié por correo. Al día siguiente por la mañana, recibí ambos sobres en mi despacho, con el matasellos de Correos. Con una goma borré mi nombre y dirección y mecanografié: «Señor Edward A. Homer», con las señas de su domicilio. Calculé que Homer habría dejado su cambio de dirección en la central de Correos, y yo necesitaba una identificación personal para mi propósito.

Me dirigí a la calle Clark, a una tiendecita que no era más que un agujero en el muro. Fuera había un cartel que anunciaba: «Llaves de encargo a cincuenta centavos». Entré. Un individuo de edad, de ojos legañosos, se hallaba sentado en una silla detrás de un mostrador pequeño, cual una mesita de cartas. Detrás, colgado en la pared, había un tablero con llaves colgadas.

—Necesito una llave —le expliqué—. Es decir, necesito que la haga.

—¿Duplicada?

—No. Estuve fuera y he perdido las llaves. No puedo entrar en el piso. Tendría que acompañarme y hacer una allí.

—¿Tiene algún documento como identificación?

—Naturalmente —respondí, dejando sobre el mostrador las cartas dirigidas a nombre de Homer—. ¿Basta esto?

Fingí buscar en mi bolsillo el permiso de conducir.

—De acuerdo, es suficiente —se conformó el viejo.

Cogió unas llaves del tablero, sin terminar, y varias herramientas de poco tamaño

y se lo metió todo en los bolsillos. Cerró la tienda y en un taxi nos trasladamos al domicilio de Homer, eludiendo sus preguntas lo mejor que supe. Ya allí, el viejo se dirigió a la puerta principal.

—No, no es esta puerta. Dejé la cadena puesta. He de entrar por aquella puerta de emergencia —y señalé al callejón.

No deseaba que alguien le viese forcejeando en la puerta principal. El viejo se encogió de hombros, dio la vuelta a la esquina y se encaminó a la puertecita. Me apoyé en la pared, a su lado, y empecé a fumar... con los ojos muy abiertos, vigilando por si pasaba algún coche por el callejón. No pasó ninguno.

Mientras el cerrajero trabajaba, iba charlando sobre cerraduras y llegó a proponerme, sin mucho interés, que le comprara un cerrojo nuevo para la puerta. Por fin halló la llave más adaptable. La restregó con esmeril, y volvió a introducirla en la cerradura. La sacó y la examinó un instante. Por fin, extrajo de un bolsillo una lima y se dedicó a afilar el dentado. De vez en cuando volvía a restregarla con esmeril, metía la llave en la cerradura y la probaba. Cuando terminó, la llave giró sobre sí misma y se abrió la puerta.

—¡Magnífico! —le alabé, trasponiendo casi el umbral—. ¿Qué le debo?

—Tres dólares.

—¡Diantre! —exclamé sacando la llave de la cerradura y metiéndomela en el bolsillo—. ¡Su cartel anuncia cincuenta centavos!

—Cincuenta centavos es el precio de la llave —replicó—, y dos dólares y medio por el desplazamiento.

Pagué y tan pronto el viejo se marchó, entré en el domicilio de Homer. La puertecita daba a un corto y oscuro vestíbulo que conducía a la cocina, que resplandecía pintada de esmalte blanco y cromo gris. A un lado, había una mesita negra y cuatro sillas de madera ligera, pintadas en claro, con los asientos colorados. Una pesada cortina de tejido ligero con dibujos chinos, como una alfombra, colgaba del techo, pudiendo subirla o bajarla a conveniencia. Cuando estaba corrida, separaba completamente la cocina de la parte que servía de comedor.

Saliendo de la cocina, se llegaba a la salita, muy amplia y que era el final de la planta baja. El suelo estaba alfombrado de pared a pared con un tapiz verde. En torno al centro de la sala, había varios muebles modernos tapizados de rojo, frente a una chimenea inmensa. Las mesitas de juego y de café eran negras, así como el enorme hogar, que tenía unos apliques dorados. Encima había una cornucopia muy grande, desde la repisa hasta el techo. Las paredes eran de color gris, con grupitos de cuadros con marcos estrechos, y orlas amplias de cartón blanco. Las ventanas daban a la calle, con persianas interiores, y un conjunto de grandes cortinajes, verdes como la alfombra, llegaban desde el techo al suelo. Podían correrse como un telón, y en aquel momento estaban echadas por completo, cubriendo el final de la sala con las tres ventanas cerradas.

Efectivamente, era una estancia espléndida y confortable.

Una escalera de caracol comunicaba la sala con el piso superior. En éste había un cuarto de baño, con un cubículo para la ducha, un dormitorio con una cama inmensa, descomunal, y otra habitación, que era tan grande como la primera, y estaba convertida en estudio. Había un escritorio labrado, un diván, dos sillones, un aparato de radiogramola y un pequeño televisor. Las paredes quedaban ocultas por estanterías repletas de libros y armarios con discos.

Bajé de nuevo y entré en la cocina. Detrás de la puerta estaban colgados los trajes que el joven de la tintorería había dejado hacía casi una semana. Encendí la luz y comprobé que funcionaba. Probé el grifo de la cocina y también estaba en servicio. Pero el teléfono de la salita se hallaba desconectado.

Aquella tarde fui a la compañía telefónica, di el nombre de Edward A. Homer y avisé que deseaba que volvieran a conectar la comunicación.

—No obstante —advertí—, necesito un número particular, que no figure en la guía.

Al día siguiente conectaron el teléfono, con el nuevo número particular.

Creí entonces que me hallaba en situación de conocer personalmente a Krassy.

Nadie puede planear las cosas con mucho tiempo de antelación. Sabía que no podía presentarme a ella como Danny April, un modesto agente de cobros; de todos modos, yo era bastante inteligente para comprender que tampoco podría representar el papel de un personaje de categoría por tiempo indefinido. Mas pensaba que después de conocerme, tal vez llegara el momento en que pudiese confesar quién era yo, sin que ello tuviese ya ninguna importancia.

Sirviéndome del domicilio de Homer, era preciso emplear su nombre. No me atreví a quitar la placa de la puerta, ni podía cometer el menor error. Me probé uno de los trajes del dueño de la casa, que me sentaba a las mil maravillas; escogí una corbata entre las varias docenas colgadas detrás de la puerta del dormitorio, y ya bien ataviado, anduve las dos manzanas de casas que me separaban de la calzada de Lake Shore. Luego, torcí a la izquierda y seguí otra manzana hacia el norte, hasta donde habitaba Krassy. Un portero vestido con una chaqueta de corte militar de un marrón fuerte me abrió la puerta.

—¿En qué piso se halla situado el apartamento del señor Powers? —pregunté.

—En el vigésimo tercero —repuso—. ¿Le esperan?

—Sí. ¿Por qué?

—El señor Powers se halla ausente en estos momentos.

Me separé del portero con gran dignidad y me dirigí a la puerta del ascensor, antes de que el otro tuviera tiempo de preguntarme el nombre y telefonar para anunciarme.

—Vigésimo tercero —le dije al ascensorista.

La caja metálica subió hasta detenerse con suavidad. Salí y me hallé en un saloncito de descanso con un banco de mármol y un pequeño surtidor. Una pesada puerta, con un gran aldabón de bronce, se hallaba al final del saloncito. Fui hacia allí,

y cuando iba a llamar observé un botoncito a la derecha de la puerta. Lo oprimí y al cabo de unos instantes me abrió la puerta un mayordomo. Tenía un rostro grueso y pálido, con unas desmesuradas bolsas bajo los ojos. Llevaba raya al lado y se peinaba el pelo gris hacia atrás, inclinado a los lados. Me contempló, tras saludarme.

—Deseo ver a la señora Powers —dije tranquilamente.

—¿Le espera la señora Powers?

—No, pero sé que le gustará mi visita. Un momento, por favor.

Arranqué una hojita de mi bloc y garabateé: «Un jugador de caballos a otro». Doblé el papel varias veces y lo entregué al mayordomo.

—Tenga la bondad de darle esto a su señora —le dije—. Comuníqueme que soy el señor Edward A. Homer, y que deseo verla.

El mayordomo cerró la puerta con suavidad y me dejó en la salita. Me acerqué al surtidor y descubrí que a su alrededor había pececitos de colores, vivos y nadando.

Poco después se abrió la puerta a mis espaldas.

—¿Desea usted verme? —preguntó una voz tranquila y algo enronquecida.

Me volví rápidamente. Era Krassy.

Por un momento no supe qué decir. Era tan hermosa como me la imaginaba; era la mujer más bella que había visto en mi vida. Pero aparentaba más edad de la que tenía... parecía más vieja y cansada. Detrás de su serenidad se observaba una fatiga inexplicable. Tal vez se debiera a sus pupilas, excesivamente intensas, que parecían mirar y no ver nada al mismo tiempo. La negra cabellera le llegaba a los hombros, formando un marco que daba un aspecto de dignidad a su semblante. Sus ojos, bajo sus delicadas cejas, me dirigieron una mirada breve, mientras aguardaba mi respuesta. Ni siquiera recordaba su pregunta. La repitió.

—Sí, deseo verla —afirmé—. Me llamo Homer.

Meneó la cabeza negativamente.

—Bien... la vi no hace mucho... en el club.

—¿El club?

—En las apuestas de caballos.

—¡Oh!

—Sí, de eso se trata, señora Powers —balbucí torpemente—. Soy corredor de apuestas, ésta es la verdad. Me dedico modestamente a tramitar apuestas y... bien, vivo cerca de aquí y pensé que tal vez le interesaría efectuar sus apuestas a través de mí.

Continuó muy erguida, mirándome, y escuchándome con suma atención.

—Bien... de este modo, no tendría que desplazarse al centro de la ciudad —añadí—, y nadie la vería.

—¿Qué importa que me vean?

—Nada en absoluto. Vaya, podría darse el caso de que el señor Powers no aprobara este... esta distracción...

—Tal vez —murmuró, contemplándome pensativamente.

Me puse nervioso. No podía sospechar qué pensaba; pero no tardó en decidirse, como si hubiese reflexionado rápidamente. Sonrió de súbito y esto me tranquilizó.

—De acuerdo —dijo—. Al fin y al cabo, siempre me ha gustado ayudar al pequeño... negociante.

Sus pupilas dejaron de mirar con tanta intensidad, y vi que se relajaban sus facciones. Saqué el bloc y escribí mi dirección y el número de teléfono, luego arranqué la hoja y se la di.

—Homer. Puede hacer las apuestas personalmente o telefonarme, si lo juzga más oportuno.

Me dirigí al ascensor y oprimí el botón de llamada. Ella dio media vuelta y abrió la puerta de su apartamento. Me volví para despedirme, y la vi mirándome de pie en el umbral. Me hizo un breve movimiento con los dedos y cerró la puerta.

Salí del edificio con la sensación de ir andando entre nubes, con las piernas dotadas de muelles de acero, por lo que daba unas tremendas zancadas desconocidas por mí. Estaba radiante... En plena forma... ¡Embriagado de felicidad! Por fin acababa de conocer a Krassy y estábamos de acuerdo en una pequeña intriga. Se había tragado mi cuento y el camino estaba libre... completamente libre. La vería otra vez. Y continuaría viéndola. Era tan encantadora como había imaginado en mis sueños. ¡Era una mujer perfecta!

Pero estaba algo inquieto. No sabía cuándo me visitaría o llamaría por teléfono. Si llamaba más de una vez y no obtenía contestación, probablemente dejaría de pensar en mí. Tenía que permanecer en el domicilio de Homer casi todo el día; por la noche no era necesario. No creía que llegara a llamar de noche.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, fui al piso de Homer. Estuve allí hasta las seis de la tarde, sin saber nada de ella. Resultaba muy molesto estar allí, inactivo, aguardando el timbrado del teléfono. Bien, no llamó. Me tumbé en el sofá y traté de echar la siesta, pero no pude porque mil ideas parecían taladrarme el cerebro. Por la tarde, me entró apetito, y en el piso no había comida. Por la noche regresé a mi apartamento totalmente desmoralizado.

Al día siguiente, el teléfono llamó a las once de la mañana. El corazón se puso a latir con gran vehemencia, y apenas logré contestar con calma. No era ella, sino de la compañía telefónica, que deseaba saber si me hallaba satisfecho del servicio. Repuse que era algo espléndido. Aquel día, Krassy no llamó.

Al otro día apenas me quedaban esperanzas. Pensé que se había limitado a escuchar amablemente mis explicaciones y que me había despedido cortésmente. Y fue entonces cuando repiqueteó el timbre de la puerta. Espié desde las persianas. Allí estaba ella, frente a la puerta principal. Me apresuré a abrir. Krassy penetró en el saloncito, que contempló con indiferencia.

—Se me ha ocurrido visitarle para saber qué tal anda su negocio, señor Homer —manifestó.

—Eso me satisface y halaga.

—Por lo visto, no abundan los clientes...

—No, la mayoría me llama por teléfono encargándome sus apuestas. He de andar con cuidado —añadí—; si entrara y saliera mucha gente de la casa, alguien podría denunciarme a la Policía, y me cerrarían el piso.

Asintió gravemente con la cabeza.

—Bueno, no volveré a molestarle nunca más —dijo, disculpándose.

—No, nada de eso. No me refería a usted... señora Powers —agregué con precipitación—. Puede venir cuando guste. Lo dije para explicarle por qué no hay gente aquí. Vea —cambié de tema—, iba a servirme un traguito... ¿le apetece algo? ¿*Whisky, martini* o anís?

Sabía que el verdadero Homer poseía una buena provisión de botellas. Se hallaban dentro de un armario esmaltado, bajo el fregadero de la cocina.

—No es mala idea. Tomaré un *martini*... seco —añadió.

Fui a la cocina a preparar la mezcla del *martini*. Al volver al saloncito, se había quitado el abrigo de pieles y se hallaba cómodamente sentada en una butaca. Le entregué el vaso.

—Muy bueno —alabó, después de degustar la bebida.

Charlamos de caballos y luego se refirió a su goleta *Lorelei*. Cuando hubo tomado un segundo *martini*, abrió el bolso y me dio veinte dólares.

—Apuéstelos a *Rocket Lady*, en Santa Anita, para la sexta carrera de hoy. Como ganadora.

Anoté en el bloc el nombre de la yegua.

—¿Tiene muchas probabilidades de ganar? —quiso saber.

Esto me aturdió. Pero no tardé en salir del compromiso.

—Se lo preguntaré a mi socio, que se fija más en estos detalles. Yo sólo me ocupo de inscribir las apuestas.

Cogí el teléfono y marqué el número de un amigo mío que se encargaba de correr apuestas, situado detrás de un mercado de carne, cerca de donde yo vivía. Era un individuo rechoncho, llamado Sam, que trabajaba para un sindicato. Solíamos vernos de vez en cuando los sábados por la noche. Bebíamos y charlábamos un buen rato. Pero hacía ya algunos meses que no le había visto, por lo cual sudaba de angustia. Si no reconocía mi voz, no me daría ninguna información sin haberme identificado previamente, enterraría todas mis esperanzas.

—Hola, Sam —exclamé—. ¿Qué posibilidades de ganar tiene *Rocket Lady*, de la sexta de hoy en Santa Anita?

—¿Quién es? —preguntó él con desconfianza.

—Oye, no puedo esperar, a fe de April.

—¿April? —el tono era de perplejidad—. ¿April...? ¡Ah, sí, Danny April!

—Exactamente —corroboré.

—La yegua se cotiza seis a dos —me informó.

—Gracias, volveré a llamarte.

Colgué y me volví hacia Krassy.

—Seis a dos —repetí.

—Perfectamente, me gusta —replicó ella.

Se puso de pie y la ayudé a ponerse el abrigo. Cogió el bolso y los guantes y se encaminó a la puerta.

—Señora Powers... —le cerré el paso—, ¿no preferiría salir por la puerta de emergencia?

Se detuvo y me observó fijamente.

—Lo digo por su bien... —continuó—. Por eso tengo la puertecita. Usted puede entrar o salir por el callejón y nadie la verá desde la calle.

—No —sonrió ella—, me da lo mismo, señor Homer. De todos modos, creo que es una buena idea.

Cuando hubo salido, volví a llamar a Sam y le encargué la apuesta sobre *Rocket Lady*.

—Eso es mucho dinero para ti, ¿no es cierto, muchacho?

—Tienes razón —le concedí—, pero ahora trabajo por mi cuenta.

—Ganas pasta, ¿eh?

—No va mal...

—Oye —dijo de pronto—, ¿por qué no apuestas en la tercera por *Bregorteen Lad*? Ese corre que se las pela, y es muy seguro en las curvas...

—No me interesa —le corté la propaganda—. Escucha, antes de la carrera de esta tarde tendrás la pasta. Pero quiero hacerte una pregunta. ¿Hasta dónde llega mi crédito?

—Bueno —Sam estaba a la defensiva—, la cosa va de esta forma. Cuando alguien no necesita dinero, el crédito es excelente. A mi entender, siempre has sido un chico con buena cabeza. ¿No es así?

—Exactamente —asentí—. Ahora llevo una temporada muy ocupada. A veces, no me acerco por la oficina en varios días. Lo que deseo saber es si pasándote el encargo por teléfono podrías cursarlo para mí.

—Ciertamente... dentro de un límite razonable.

—Cuando vaya por ahí te daré el dinero —repuse—. ¿No sería preferible saldar la cuenta cada mes?

—Oye, Danny, nosotros somos amigos, y no me gusta ver en apuros a una persona amiga mía. Claro que puedo concederte crédito si te hace falta, pero... oh, Danny, yo no hago los cobros. El sindicato tiene ciertos individuos... que se dedican exclusivamente... al cobro.

—Lo sé.

—Bien, me alegro de que lo hayas entendido.

Mi existencia tomó un rumbo desconcertante. Al principio no veía a Krassy cada día. A veces, me hablaba por teléfono dos o tres días consecutivos y me encargaba una apuesta; luego, se presentaba en persona algunos días sucesivos, deteniéndose el

tiempo suficiente para tomar un trago. Sin embargo, las horas de llamada telefónica y las de visita siempre eran las mismas, entre las once de la mañana y la una de la tarde. Motivado por un lado por las horas de las carreras, y por otra, en razón de su vida privada, a mi entender. Casi siempre hacía una o dos apuestas diarias. Y siempre a ganador. Cada apuesta importaba de veinte a cincuenta dólares, y yo se las transmitía a Sam.

Cuando llevaba unos días sin verla, venía personalmente y me entregaba el dinero de las apuestas que yo había efectuado telefónicamente en su nombre. Cuando se marchaba, le pagaba lo ganado, que yo a mi vez le daba a ella. Solía perder, y sus pérdidas ascendían de cuatrocientos a mil dólares mensuales. Krassy no se enfadaba, dando a entender que le daba lo mismo perder que ganar.

Había una cosa que me intrigaba. La mayoría de los que apuestan a las carreras de caballos llevan el juego en la sangre, y cuando apuestan están febriles. Pero Krassy no pertenecía a esta categoría. No parecía interesarle particularmente la ganancia o la pérdida. Naturalmente, podía permitirse el lujo de perder aquel dinero y mucho más; sin embargo, cuando ganaba no se traslucía nada en su semblante. Otra cosa: casi todos los jugadores pasan muchas horas informándose sobre el peso de los caballos, las condiciones de la pista, el *jockey* que monta al animal y las actuaciones anteriores de éste. Un jugador auténtico conoce cada una de las briznas de hierba del interior de cualquier pista de caballos. Pero Krassy lo ignoraba todo. Escogía el caballo que le gustaba, a capricho, y jugaba a ganador.

Sus llamadas telefónicas se fueron espaciando, menudeando sus apariciones personales. Continué representando mi papel correctamente, sin apartarme del mismo con salidas de tono extemporáneas. Siempre le daba el tratamiento de señora Powers, a pesar de que ella me llamaba simplemente Eddie...

De este modo adopté la costumbre de ir muy temprano a mi oficina por las mañanas; a las once me dirigía a casa de Homer, donde estaba hasta la una. Cuando Krassy se iba, yo salía a almorzar, y trabajaba el resto de la jornada. El negocio iba viento en popa hasta el extremo de que tuve que contratar a otro auxiliar llamado Henry Spindel, para que me ayudara en mis cobros personales. Ni Spindel ni Bud Glasgow se imaginaban cuándo me dirigía a casa de Homer. Jamás les conté nada y menos aún la existencia de Krassy. Consideraba que no era asunto suyo.

Krassy empezó a frecuentar la casa todos los días a las doce. Yo tenía siempre dispuesta una coctelera con *martinis* y nos sentábamos a charlar un buen rato. Un día me habló de música y repliqué que en el otro piso había una radiogramola con muchos discos. Quiso saber qué clase de música gozaba de mis preferencias, por lo que subimos al piso y Krassy fue leyendo los títulos de los discos. Todos eran de larga duración, y Krassy apartó algunos, y los puso en la gramola. Se sentó cómodamente en el sofá, sorbiendo su *martini*, escuchando la música.

—Eddie, a cada paso me sorprende más —exclamó al fin.

—¿Yo?

—Sí. Nunca creí que le gustara esa música. Hábleme de sus asuntos.

—¿De qué asuntos?

—¿Nació en Chicago?

—No... En Nueva York, en la ciudad. Allí nací y me crié.

Pensé que de este modo no corría el menor peligro, porque, por lo que sabía, la joven no conocía Nueva York. Y creí que la mención de aquella ciudad le produciría mejor impresión.

—¿Fue a la Universidad?

Me complacía la idea de deslumbrarla. Decidí que Edward Homer, con aquel piso y la música que le gustaba, había nacido en Nueva York y había asistido a la Universidad.

—Ciertamente. Pero sólo dos años... en la de Columbia.

Columbia era la Universidad de Nueva York, y yo sabía algo de ella gracias a sus equipos de *rugby*.

—Oh —exclamó—, no habla usted como un universitario. Ni como un nativo de Nueva York.

—¿Se refiere a mi pésimo inglés? La culpa es de mis malas compañías. Al fin y al cabo, no hay que tener una carrera para entender de caballos... aunque se trate precisamente de caballos de carreras.

Rió el chiste y volvió a la carga.

—¿Y su familia?

—Oh, mis padres viven aún en Nueva York.

—¿No se queja su madre de que se dedique al juego?

—Lo ignora. Cree que trabajo para un corredor.

Krassy pareció estudiar la marca circular que había dejado el *martini* en su vaso. Poco después se marchó.

Otro día vino más tarde que de costumbre y tomó rápidamente varios vasos.

—Eddie, hábleme de su amiguita.

—No hay ninguna amiguita.

—Pensé que tendría al menos una docena —se burló—. Usted es guapo, bien parecido... y no anda escaso de dólares.

—Estoy siempre muy atareado.

—Nunca pensé que un hombre pudiera estar tan atareado como para no ocuparse de una amiguita.

—Bueno, no tanto —me defendí—, pero, ¿a qué perder tiempo y dinero con una dama que no interesa?

—¿No ha encontrado todavía la muchacha que signifique algo en su vida?

—Sí.

—¿Quién? Hábleme de ella.

—Tal vez no le gustase lo que diría —le manifesté, contemplándola fijamente.

—Si hace la prueba, lo sabrá —repuso, agachando lentamente la cabeza.

De repente, me falló mi firmeza, mi voluntad; me sentí asustado, temiendo mis palabras... no añadí nada más.

Se acercaba Navidad y yo tenía unos dólares en el Banco. No muchos, pero la Agencia de Cobros Clarence Moon había ganado un poco de pasta, por lo que les di a Spindel y Glasgow cincuenta dólares de aguinaldo a cada uno, y saqué el resto, que eran unos trescientos dólares. Fui a la casa de préstamos de Jacobson, de la calle North Clark, y adquirí un pequeño collar de perlas... auténticas, procedentes de empeño. Las perlas no eran muy grandes, pero se veía que eran genuinas. Luego, compré un estuche de terciopelo negro y metí en él el collar. Acto seguido, lo llevé a la tienda de un amigo mío para que lo envolviese en forma de obsequio navideño. De vuelta a casa de Homer, compré un árbol de Navidad. Lo dejé encima de la mesa, ya que era pequeño, con algunas bombillas de colores diferentes.

Lo instalé en la salita y empalmé la guirnalda a la corriente eléctrica; después, escribí una nota: «Felices Navidades para la señora Powers».

Coloqué la tarjeta encima del estuche del collar, que dejé al pie del árbol. Al día siguiente, cuando llegó Krassy, se entusiasmó al ver el árbol encima de la mesa.

—¡Oh, qué encantador, Eddie!

—¿Le gusta?

—Naturalmente. Creo que es usted un sentimental.

Se aproximó al árbol y cuando vio el paquetito lo cogió y se volvió hacia mí.

—¿Para mí?

Asentí.

—¡Deje que lo abra ahora! ¡Los regalos me vuelven loca! ¡No puedo aguardar para verlo!

Daba vueltas al estuche como una niña.

—Puede abrirlo —concedí.

Rápidamente, desgarró el papel de plata y abrió el estuche. Cogiendo el collar con las manos, se dirigió al espejo y se colocó las perlas en torno a la garganta.

—¡Son magníficas, Eddie! —exclamó alborozada—. ¡Oh, me gustan muchísimo!

Luego, volvió junto al árbol y cogió la tarjeta.

—Deseo que me hagas un favor...

—Lo que guste, señora Powers.

—No me llames más «señora Powers» —objetó, manteniendo la tarjeta en la mano—. Llámame Candice y tutéame.

—De acuerdo, Candice.

Fue directamente hacia mí, se puso de puntillas y me abrazó, dándome un beso.

—En pago del precioso obsequio de Navidad.

Tenía los ojos casi pegados a los míos, y yo veía en su interior, como si contemplase una gran extensión de agua, muy profunda, tanto, que parecía moverse y dilatarse sin ningún oleaje. Le devolví el beso. La besé febrilmente y me resarcí de todos los meses que había soñado con ella, de todo el tiempo perdido en su

búsqueda... La besé por todo el amor que sentía por ella.

—¡Oh, Eddie, Eddie... Eddie! —chilló entonces, apartándome de su lado.

La solté y retrocedí dos pasos.

—Tal vez no debí... —balbucí.

—No, precisamente lo estaba aguardando. Lo deseaba desde el primer día que nos conocimos.

—Entonces, esos chillidos...

—No sé... Histerismo puro. ¡Considera que estoy casada! ¿Qué ha de pensar la gente de una mujer casada que permite que otro hombre la bese de esa forma, Eddie?

—Si ocurre entre los dos... creo que es espléndido.

—Eddie —expresó suavemente—, antes de continuar... antes de comprometernos excesivamente en lo que pensamos y deseamos, he de decirte algo.

—No tienes que decirme nada.

—Prepara más *martinis* y subiremos al estudio a escuchar música... y charlaremos —terminó.

—Está bien.

Fui a la cocina y preparé más *martinis*; luego, ambos subimos al primer piso. Krassy escogió unos discos de Bach, que puso en la gramola. Se acurrucó en el sofá y yo me acomodé a su lado, dejando la coctelera en el suelo.

—¿Por qué crees que me casé con Howard Powers? —me espetó.

—No sé...

—No por amor. Nunca le quise... ¡Nunca! ¿No sabes que estuve ya casada antes? Vacilé, pero creí preferible afirmar que lo ignoraba.

—No sabía nada.

—Pues sí, estuve casada. Con un hombre maravilloso, distinguido... Dana Waterbury. Murió en la guerra. Le amaba de todo corazón, Eddie... Adoraba todo cuanto él hacía. Era dulce y atento, muy considerado. Dana fue el primer hombre que amé, y también mi primer marido.

Se le quebró la voz y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—Cuando murió mi mundo se vino abajo. No deseaba seguir viviendo. No habla ningún... ningún hombre que pudiera ocupar su sitio... La idea de ser de otro... de querer a otro hombre, era algo que ni soñaba.

Lo dijo con un acento tan apenado que me conmoví profundamente.

—Fue un hombre muy afortunado —conseguí tartamudear al fin.

—También yo fui muy afortunada. Howard era un viejo amigo de la familia. Los Waterbury lo conocían desde hacía muchos años. Le llamaban tío Howard. Al morir Dana, Howard se portó muy bien conmigo. Hizo cuanto pudo para que yo olvidara mi pesar, mi gran dolor, mi desesperación, mi desamparo. Pero Howard era viejo, con suficientes años para ser mi abuelo. Nunca me habló de amor... Eddie. Sólo trataba de ayudarme y protegerme. Y al fin me propuso el matrimonio..., a lo que accedí.

—¿Por qué? —pregunté, sirviendo otra bebida.

—¡Porque no lo amaba! ¿No lo entiendes, Eddie? Me imaginé que sería como... bien, como un padre y una hija. Que no habría nada... íntimo entre los dos. Que ambos viviríamos dichosamente, haciéndonos mutua compañía. Creí que Howard era demasiado viejo para enamorarse.

—¿Y...?

—Al principio, todo fue así. Pero luego, Howard empezó a mostrarse posesivo y celoso. Se empeñó en hacerme el amor... ¡y yo no podía soportarlo, Eddie! ¡Me repugnaba! Traté de que me dejara tranquila, pero constantemente me solicitaba como mujer. ¡Era un auténtico incesto!

Empezó a temblar y a chillar, todo a la vez. La abracé fuertemente. Odiaba ya tanto a Powers que hasta me dolía el estómago.

—El viejo quiere saber adónde voy... y lo que hago. Por eso vengo aquí a apostar, Eddie, para escapar a su vigilancia. Es la mía una victoria muy pequeña... ¡Y Howard detesta la bebida! Antes, yo jamás bebía, pero ahora me he aficionado a ello. Ahora, por ejemplo, puedo volver a mi casa con el cerebro lleno de ideas agradables y nebulosas, y echarme a dormir un rato. ¡Y olvidar que soy tan desdichada!

Con los ojos ardientes y las facciones desencajadas, bajó la vista al suelo.

Le cogí la barbilla con una mano y acerqué mi cara a la suya. Y le di un beso.

—¿Por qué no abandonas a ese viejo estúpido? —le pregunté.

—Quisiera hacerlo, Eddie... Oh, sí, lo deseo con toda mi alma, pero no tengo dinero... ningún sitio adonde ir... ni nadie que quiera ayudarme.

—¡Yo te ayudaré!

—Eddie, ¿sabes lo que dices? Howard posee muchos millones. Es poderoso y tiene muchas y buenas relaciones. Podría quebrarte... como si fueses una débil caña.

—No me asusta.

—¿Tanto me quieres?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. ¿Y tú...?

—No seas tonto, querido... —exclamó, mirándome directamente a los ojos—. Te quiero... de lo contrario no estaría aquí... Oh, ahora que me acuerdo —gritó, poniéndose de pie y haciendo una mueca, una brusca transición—. He de ir a comprarte un regalo de Navidad. Un presente maravilloso, espléndido y enorme, amor mío.

—Aguarda un instante —la obligué a sentarse nuevamente a mi lado—. No quiero ningún regalo comprado con dinero de ese viejo imbécil. Antes que cualquier obsequio, prefiero tenerte unos segundos más entre mis brazos.

—¿De verdad? ¡Oh, cómo me encanta que digas esto, querido!

Sentada en el sofá, colocó un brazo en torno a mi cuello y me besó apasionadamente... con un frenético deseo. Pasé mis manos en torno a su maravilloso cuerpo, por su cintura, y la atraje hacia mí.

—Sólo te deseo a ti —murmuré.
Me besó con un furioso delirio, sin responder.

2

Los meses siguientes se disolvieron en un resplandor rosado. Todos los días veía a Krassy, excepto los sábados y domingos. Me explicaba que Powers se quedaba en casa los fines de semana, y que ella no podía escabullirse. Entonces, yo daba vueltas por la casa, de una habitación a otra, sintiendo unos celos terribles y detestando la idea de que Krassy estuviese con él. Siempre me preguntaba, además, cómo terminaría todo el embrollo. Deseaba que Krassy abandonase a Powers, que solicitara el divorcio, que me siguiera a cualquier parte... ¡A cualquier parte! Sin embargo, aún no le había confesado la verdad sobre mi situación, quién era: un modesto Danny April, propietario de una pequeña agencia de cobros. Me hallaba tan enredado en mis propios embustes, que temía confesarle la verdad. Por otra parte, ella aún desempeñaba ante mí el papel de Candice Waterbury Powers, lo cual me daba a entender que no sería prudente por mi parte contarle que sabía toda su historia, puesto que en tal caso nuestras relaciones podían evolucionar de forma negativa.

Yo seguía siendo Eddie Homer, jugador y corredor de apuestas de caballos. Al cabo de muy pocas semanas, el verdadero Eddie Homer regresaría a su casa; la idea de su vuelta y de que pudiera sorprendernos a Krassy y a mí me hacía perder el sueño. Por tanto, me hallaba en una situación en la que no podía enfrentarme con la realidad; con lo real y lo ficticio; con lo que era mentira y lo que era verdad. Estaba todo tan entremezclado, tanto en la vida de Krassy como en la mía, que dejé transcurrir los días sin tomar una decisión. No quería cometer ninguna acción que me impidiera ver a Krassy.

Una vez, la joven compareció con ojos relucientes y ojerosos, y hasta me pareció que tenía la cara hinchada.

—Eddie, querido, ¿qué haremos ahora? —exclamó gimiendo.

—Ya te lo dije. Abandona a Powers y vente conmigo.

—Ya hemos discutido eso antes. Howard me da miedo, Eddie... Tanto por ti como por mí.

La besé en los ojos, aproximándome a su adorable cuerpo. Noté que temblaba.

—No temas por mí —contesté—. Haré lo que tú decidas.

—Oh, haz algo, Eddie... Sé que te parecerá pueril, pero sería tan feliz...

—¿Qué es ello?

—Podrías telefonarme todos los días a la hora de cenar... sólo para decirme «hola». La hora de la cena es la más fastidiosa de todas, Eddie querido. Pienso en ti y en la tarde que hemos pasado ambos, y sin embargo, he de estar sentada delante de Howard...

—Pero, ¿por qué llamarte a la hora de 1 a cena? ¿No será motivo de enojo para él?

—Durante el día mantengo varias conversaciones telefónicas... con distintas personas. Él no sabrá nada. Si no puedo contestarte, colgaré sin hablar. De este modo comprenderás de qué se trata. Sólo deseo saber que piensas en mí...

Me sentí loco de alegría y la abracé con todas mis fuerzas.

—Seguro, Candice. Te llamaré todas las noches. Diré que soy John... Fulano de Tal. ¿Qué nombre te parece más adecuado?

—El tuyo, Eddie. Howard no sabe quién eres, y si se enterase... no ocurriría nada. Además, me gusta oír continuamente tu nombre. Jamás me cansaría de escucharlo.

—De acuerdo.

—Y recuerda, amor mío, que si no respondo... será porque Howard está muy cerca. Supongo que no te enfadarás...

—Contigo... jamás, amor mío.

Por tanto, todas las tardes telefoneaba a las seis. La llamaba a su piso y contestaba el mayordomo. Con regularidad me preguntaba el nombre y regresaba diciendo que la señora había salido. Luego, colgaba y yo sentía un mal sabor de boca, odiando al mayordomo y a Powers. A veces, contestaba Krassy, y susurrábamos una conversación breve, en la que aseguraba que me amaba. Entonces, el mundo se transformaba en el vergel más florido para Danny April.

Por las tardes, Krassy venía a casa, pero ya no apostaba tan a menudo como antes. Tomábamos unos *martinis*, escuchábamos música, y finalmente, nos hacíamos el amor. Llevaba el aparato tocadiscos al dormitorio, y nos tumbábamos en la cama, con las cortinas de las ventanas echadas. La habitación era cómoda, oscura y cálida. Yo me apoyaba de lado y en la oscuridad adivinaba las exuberantes formas de Krassy que destacaban sobre el fondo blanco de la sábana. Encima de la almohada, sus negros cabellos formaban una mancha oscura esparciéndose como un halo en torno a su cabeza. A veces, palpaba con los dedos su barbilla y seguía el contorno de su cuerpo, hasta las caderas. Ella no se movía, como si fuese una estatua de marfil. Contenía la respiración y sólo murmuraba, diciéndome frases agradables.

—Amor mío, ¿tienes mucho dinero? —me preguntó en una ocasión.

—No, no mucho. No tanto como Powers.

—No se trata de eso —replicó sonriente—. Quiero decir si tienes bastante para comprarme regalitos.

—De vez en cuando...

—Naturalmente, no a diario. ¿No puedes comprar un obsequio de veinticinco centavos para tu amante?

—No digas esto... ¡No me gusta esa palabra!

—Creo que estás muy cohibido, Eddie —sonrió—. ¿No soy acaso tu amante?

—Contigo me siento aturdido.

—Bien, cómprame obsequios. Cada día uno distinto. Pero que no cuesten más de veinticinco centavos.

—¿A qué viene eso?

—Sencillamente, me gusta recibir regalos —se justificó. Se me acercó y me besó. Después de esta pausa, continuó—: Siempre me han gustado los obsequios... y el momento de quitarles la envoltura. Ahora tú eres mío e insisto en tener todos los días un regalo... ¡pero barato! Que no cueste más de veinticinco centavos... ¡Acuérdate!

Aquello me divirtió. Era una idea muy graciosa.

—De acuerdo —accedí—. Te haré regalos de ese precio.

—Y envuélvelos bien —me recomendó—. Mételes en cajas y estuches bonitos.

La broma pronto se convirtió en una costumbre ritual. Todos los días le compraba alguna bagatela donde podía; un ramito de margaritas o una batidora de huevos. A veces, una libreta, una novela de edición de bolsillo o una sarta de cuentas de colores... esos objetos que venden en las bisuterías. Lo envolvía en un papel especial y lo metía en una cajita de cartón adecuada al objeto.

Con la sarta de cuentas de colores, añadí una tarjeta que decía:

*Ponte estos zafiros en torno
a tu garganta... adorada.*

Eddie.

En la novela escribí:

*Esto te demostrará mis propósitos...
¡Imagínate lo que pasará
si no abandonas a Powers!*

Eddie.

Así sucesivamente. Le hice unos veinticinco o treinta regalos más. Y todos eran puras bagatelas sin importancia, pero a Krassy le encantaban. Fingía contener la respiración, y cuando desenvolvía el paquetito, se quejaba si se resistía la cinta o cordel. Luego, se echaba a reír con el obsequio en las manos.

—¡Es espléndido, amor mío! —proclamaba muy contenta, echándose el cabello hacia atrás. A veces añadía—: Es lo que necesitaba.

Y me besaba al leer la dedicatoria, sin dejar de reír.

Mi existencia era magnífica. Todo cuanto hacía giraba en torno a Krassy. De noche, dormía aún en mi dormitorio porque temía que desde la calle alguien viese las luces en casa de Homer. Todas las mañanas iba a la oficina y trabajaba hasta las diez y media. A las once estaba ya en casa de Homer, aguardando a Krassy. Cuando llegaba, se quedaba conmigo hasta la una y media o las dos. Cuando se iba, yo volvía al centro de la ciudad, dedicándome a actuar para mis clientes todo el resto del día. A las seis telefoneaba a Krassy desde cualquier cabina pública, me iba a cenar y volvía a la oficina... o me marchaba a casa. Glasgow y Spindel se hallaban sumamente ajetreados, el negocio marchaba bien, y yo tenía a Krassy, por lo que me sentía tremendamente dichoso.

Fue entonces cuando hubo un fin de semana en que Powers debía salir de la ciudad.

—Fíjate, amor mío —exclamó Krassy excitada—. ¡Tres días maravillosos para nosotros solos!

—¿Adónde va?

—A Washington —replicó sin darle importancia—. Por negocios... o política, no sé.

—¿Qué quieres hacer?

—Cosas maravillosas —estaba muy ilusionada ante la perspectiva que se nos ofrecía—. ¡Algo apasionantemente endiablado! —reflexionó un instante—. ¡Ya está! Vámonos a cualquier parte... fuera de Chicago. A un sitio donde no nos conozca nadie... donde podamos estar juntos... solos.

—Tu idea es espléndida —concedí, contagiado de su entusiasmo.

—Howard se marcha el viernes por la noche. De modo que ese día no podremos hacer nada. Daré fiesta a los criados el fin de semana, y podrás ir a buscarme el sábado al mediodía.

—Recuerda que no tengo coche.

—Lo mismo da. Nos serviremos del mío. Podríamos ir hacia Wisconsin. Tal vez hallemos un pequeño albergue, con una gran chimenea de piedra, muchos pinos alrededor y un estanque...

—Naturalmente, nena —asentí—, seguro.

—Prepara un maletín con tus cosas. Y vas a recogerme a mediodía. No llames porque estaré lejos de la puerta y no te oiría. Dejaré la puerta entornada y podrás entrar sin llamar. Si no me ves, estaré en el fondo del apartamento preparando la maleta.

—Tal como hablas, me hace el efecto de que tu piso es la Estación Central.

—Lo es. Peor aún. Es frío, tenebroso y aburrido. ¡No lo resisto, amor mío...! Pero piensa que ahora estaremos ausentes tres maravillosos días.

El día siguiente era viernes y Krassy vino como acostumbraba y terminamos de discutir nuestros planes. Yo había comprado unos planos de Wisconsin, que

examinamos hasta hallar un pequeño albergue invernal. Aquella noche no pude conciliar el sueño. El sábado me levanté muy temprano y me afeité; luego, metí en un maletín dos camisas de hilo, unos pantalones de franela y unos calcetines gruesos.

A mediodía estaba ya delante del edificio donde vivía Krassy, con el maletín en la mano. Después de reflexionar, creí más prudente no entrar en la casa con el maletín. Habría parecido raro y no deseaba llamar la atención. Atravesé la calle y me dirigí a una parada de taxis, cogí el último estacionado, ya que no quena perder de vista el maletín. Le dije al taxista que tardaría unos diez minutos y le pagué un dólar por anticipado.

Cuando entré muy decidido en el edificio, el portero me detuvo.

—¿A quién desea ver?

—A la señora Powers.

—Lo siento. La señora Powers no está en casa.

—Sé que está y que me aguarda.

—La señora Powers no está —repitió el portero.

Por un momento me quedé aturdido. Luego, me acordé de que Howard y los criados se habían ido, por lo que el portero debía creer que Krassy también estaba ausente.

—Perfectamente —le manifesté—, no quiero discutir. Avísela por el teléfono interior de que he llegado yo.

—Lo siento, la señora Powers no está en casa.

Empezaba a irritarme. Sólo me quedaba una solución: salir a la calle, buscar una cabina y telefonarla al piso. Así, ella advertiría al portero. Pero a cada momento me hallaba más furioso, por lo que al fin le di un empujón al hombre. Me asió del brazo.

—¡Quíteme las manos de encima! —grité iracundo—. ¡De lo contrario, le aplasto los sesos!

Apartó rápidamente sus manos, mirando a su alrededor.

—Llame a la señora Powers y comuníqueme que subo. Me llamo Homer.

Entré en el ascensor, desde donde me contemplaba el empleado con la boca abierta.

—Sin discusiones, amiguito —le dije—, o empiezo a repartir caricias.

Sin hablar, cerró las puertas y subí al piso vigésimo tercero. Volví a encontrarme en el saloncito de la otra vez. Se cerraron a mi espalda las puertas del ascensor y la cabina descendió a la planta baja. Di una vuelta en torno al surtidor poblado de peces de colores, y fui hacia la puerta para llamar al timbre. De pronto, recordé las instrucciones de Krassy, puse la mano en el picaporte y giró, abriendo la puerta. Entré... y me hallé cara a cara con el mayordomo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Me quedé estupefacto. Sin aliento. Estaba aún enfurecido con el portero y, de repente, me encontraba delante del mayordomo dentro del piso.

Sin meditar, le contesté que no era de su incumbencia, pero antes de poder

continuar, oí la voz de Krassy.

—Deje, Robbins, yo solucionaré este asunto.

El llamado Robbins hizo una reverencia y desapareció por una puerta del pasillo.

Krassy, aplicando un dedo sobre los labios, me hizo una señal para que la siguiese. Se dirigió hacia una puerta alta rematada por un arco, que daba a un salón grandioso, muy elevado de techo. Había que descender tres peldaños para entrar en la estancia, que estaba en la penumbra. Los cortinajes de los ventanales se hallaban medio corridos. A un lado del salón había una chimenea monumental... lo suficientemente grande como para asar un buey.

Krassy iba vestida de calle, con un lindo sombrerito y guantes negros. En la mano llevaba un bolso grande.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó una voz masculina.

Sobresaltado, observé de pronto que delante de la chimenea había un hombre sentado, hundido en un sillón, por lo que no lo había divisado en el primer instante. Estaba de espaldas a nosotros y sólo conseguí distinguir sus blancos cabellos, que sobresalían por encima del sillón.

—Nada, Howard —repuso Krassy, avanzando hacia él lentamente.

El individuo sentado allí era Howard Monroe Powers.

No volvió la cabeza y Krassy se le aproximó por detrás... en tanto hablaba para calmarlo. Yo estaba helado por el asombro, de pie, algo alejado ya de la puerta.

—¿Es otra vez ese Homer? —insistió el banquero.

—No te preocupes, Howard —murmuró suavemente Krassy—. Ya me encargaré yo de...

Se hallaba ya directamente a espaldas del anciano y le acariciaba la cabeza. Rápidamente, retiró la mano y abrió el bolso retrocediendo un paso.

Con un movimiento silencioso, sacó del bolso un revólver y lo apuntó hacia la cabeza del viejo. Luego, oprimió el gatillo.

¡Sonó una detonación!

Una parte del cráneo de Powers pareció volar por el aire.

3

Krassy giró en redondo y me puso el arma en la mano. Me quedé petrificado con el revólver, sin saber qué decir. Ella huyó rápidamente por la puerta acabada en arco que conducía al pasillo. Entonces, me di cuenta que chillaba.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ha asesinado a Howard!

Sus chillidos eran en verdad histéricos.

El viejo mayordomo de albos cabellos apareció repentinamente en el arco y me miró horrorizado.

—¡Llamen a la Policía! —gritó Krassy—. ¡Nos matará a todos! ¡Es un loco! ¡Un loco rematado!

El mayordomo desapareció y yo contemplé a la figura postrada en el sillón. Sus cabellos tenían el brillo del jugo de tomate... que parecía hubieran vertido de un bote encima de su cabeza, jugo de tomate que iba goteando con una inevitabilidad rítmica hacia el suelo, manchando la tapicería. Entonces, vi que en la estancia acababan de entrar varias personas. Formaban un grupito al fondo de la habitación, compuesto por una doncella, un cocinero con delantal blanco y el chófer.

Comprendí que tenía que huir a toda velocidad. Cuando me recobré de la sorpresa y el horror de la situación, mi cerebro volvió a funcionar a toda presión. Krassy seguía chillando. El mayordomo debía de haber telefoneado ya a la Policía, que no tardaría en venir a arrestarme. A la carrera me dirigí hacia el grupo de criados. Pensé que en aquella dirección hallaría la cocina, o alguna puerta de emergencia... tal vez la escalera del servicio. La doncella y el cocinero, asustados, se apartaron a un lado. El chófer quiso impedirme la huida por un instante, pero luego dio media vuelta y desapareció por una puerta situada a sus espaldas. Pisándole los talones, le seguí por un comedor amplio y bien amueblado, me adelantó por una habitación que servía de despensa, y se metió en la cocina. Cuando aún forcejeaba para abrir la puerta, logré alcanzarlo. Como un animal acorralado, con los ojos dilatados por el espanto, dio media vuelta y me embistió. Le propiné un puñetazo capaz de abatir a un toro y con la culata del revólver le golpeé en un costado. Cayó al suelo, cerca de la puerta, con los ojos desorbitados y la boca abierta. Tuve que apartarlo para poder pasar y forzar la puerta. A lo lejos, muy lejos aún, oí un rumor... un rumor que aumentaba por momentos. La sirena de la policía.

Eché a correr precipitadamente por un pasillo al fondo del piso. Al cabo de un segundo, y de explorar con la mirada todos los rincones, decidí oprimir el botón del ascensor del personal de servicio. Una lucecita colorada me indicó que estaba ya subiendo.

Fue entonces cuando noté que la sirena había enmudecido. Acababa de llegar la policía y probablemente en aquel momento se hallaban ya en el edificio, subiendo hacia el piso. Retrocedí a la carrera y me dirigí hacia la cocina. Abrí el cajón de una mesa y empuñé un cuchillo de plata y una cuchilla de carnicero. Regresé al pasillo y la lucecita me indicó que el ascensor pasaba por el piso decimoctavo. Me precipité por la escalera de servicio hacia el piso superior, que era el vigésimo cuarto. Oí cómo el ascensor se detenía en el de abajo. Con el oído puesto en las puertas de la cabina, no escuché ruido que indicara la presencia de la policía.

Pasé el cuchillo entre la abertura de las puertas de entrada al ascensor,

sirviéndome del mismo como de un alzaprime para moverlas. Luego, manteniendo una pequeña abertura entreabierta, hice pasar la hoja de la cuchilla, forzando una de las puertas hacia atrás, a fin de abrirla. Sosteniéndola ya abierta, miré directamente a la parte superior del ascensor de servicio. Se hallaba a medio metro de distancia debajo de mí. Siempre sosteniendo la puerta abierta, me senté en el suelo y me metí en los bolsillos, cuchillo, cuchilla y revólver. Luego, solté la puerta, me dejé deslizar sobre el techo del ascensor, e inmediatamente la puerta se cerró con estrépito. El pozo del ascensor estaba oscuro y frío. El techo de la cabina por arriba era como un gran cajón de madera, donde me senté con los brazos y las piernas abrazando el grueso cable metálico.

De pronto, se abrió la puerta del ascensor y se llenó de policías.

—No ha utilizado este ascensor —murmuró uno—, de lo contrario no estaría en este rellano.

—¡Seguramente se ha marchado por la escalera de servicio ese mal nacido!

—¿Arriba o abajo?

—¿Cómo demontre puedo saberlo? Seguramente hacia abajo. En ese caso lo pillaremos cuando intente salir por detrás.

El ascensor se puso en marcha hacia la planta baja, yendo yo sentado sobre el techo. Probablemente, serían las doce y media. Pero en aquella situación no estaba de humor ni en condiciones de consultar la hora. Toda la tarde la pasé viajando arriba y abajo encima del ascensor, en tanto los policías me buscaban registrando los pisos, la escalera y hasta el pequeño compartimento de la azotea donde se hallaba instalada la maquinaria del ascensor.

A las seis de la tarde, los policías se convencieron de que había logrado salir del edificio. Por las conversaciones que llegaban a mis oídos me enteré de que se habían llevado el cadáver de Powers, y que Krassy había ya declarado, y que todas las salidas de la ciudad estaban vigiladas. A la hora de cenar, la policía se marchó, dejando un agente de retén en la salida trasera de la casa, para evitar que pudiera volver a entrar... si así lo deseaba. El agente sería relevado a medianoche.

A las nueve, el ascensor de servicio dejó de funcionar. Quedó estacionado en la planta baja y nadie lo usó ya. Oí cómo el agente arrastraba una silla y se sentaba junto a la entrada posterior del edificio... cerca del ascensor, hacia la derecha. Luego oí restregar unos papeles y comprendí que estaba leyendo.

Me llevé una mano al bolsillo y saqué el encendedor. En el hueco del ascensor soplaba el viento y resultaba difícil mantener la llama encendida. A la parpadeante luz, examiné la parte superior del ascensor y descubrí una trampilla, que servía para las reparaciones, y que se abría por la parte de adentro de la cabina. La trampilla funcionaba con goznes, por lo que logré abrirla completamente, estando echado boca abajo sobre el techo del ascensor.

Tumbado completamente sobre el estómago, alargué el brazo a través de la trampilla abierta. Podía tocar la bombilla enroscada al techo de la cabina. Estaba

caliente y me produjo cierta sensación de bienestar en los dedos, entumecidos por el frío. Durante unos minutos me calenté las manos en la bombilla hasta recuperar el tacto normal. Luego, aflojé la bombilla, dejando el interior del ascensor a oscuras. Lentamente, me puse de pie, levantando y bajando los pies hasta restablecer la circulación.

De vez en cuando, el agente se aclaraba la garganta o se rebullía en la silla. Lo oía perfectamente. Me arriesgué a fumar un cigarrillo, no porque el policía pudiera verme, sino por el olor del humo. Tenía los nervios destrozados y necesitaba relajarme. Mientras la sensibilidad volvía a mis pies, encendí el cigarrillo y empecé a lanzar el humo hacia arriba... con la esperanza de que desapareciese por el hueco del ascensor.

Al terminar de fumar el cigarrillo, la sensibilidad había vuelto completamente a mis manos y mis pies. Me volví en dirección a la abertura de la trampilla, y me coloqué en cuclillas. El interior del ascensor estaba negrísimo en comparación con las tinieblas que me rodeaban. Hurgando en mi bolsillo saqué un montón de monedas sueltas. Separé una y la dejé caer por la trampa.

En el silencio de la noche, el ruido fue muy audible.

Comprendí que el agente escuchaba, y luego volví a oír el crujido del papel. Dejé caer otra moneda dentro del ascensor. Esta vez oí rechinar la silla, y comprendí que el policía se había levantado, prestando mayor atención. Sus pisadas lentas y pesadas se iban acercando. Se detuvo delante del ascensor, siempre alerta. Entonces, solté otra moneda. El ruido fue más fuerte... era medio dólar y rebotó en el suelo de la cabina.

El interior del ascensor se inundó de luz, después de haber abierto el agente las puertas de par en par, con la claridad procedente del pasillo. El policía empuñaba el revólver y examinaba con desconfianza el interior del ascensor. Pero la falta de luz lo dejó perplejo y volvió a retirarse, dejando las puertas cerradas. Oí cómo volvía a su silla. La cogió y volvió a abrir el ascensor, colocando la silla de modo que mantuviese las puertas abiertas. Se quedó de pie en el umbral, inspeccionando todos los rincones de la cabina. Por fin, di visó el brillo de la moneda de medio dólar en el suelo.

Se metió en el ascensor y se agachó para cogerla. Yo veía sus hombros, situados precisamente debajo de la trampilla.

Me dejé caer por ésta.

Aterricé encima de su espalda y el agente cayó a gatas sobre el suelo del ascensor. Me hice a un lado y con el revólver le aticé un golpe por la parte de la culata. Cayó desplomado.

Mientras me dirigía a la salida posterior de la casa comprendí que mi aspecto era siniestro. Estaba cubierto de grasa y aceite. Ya fuera del edificio, atravesé el callejón sin que nadie me viera. A mitad del callejón, entre la parte posterior de las dos hileras de casas, en un paraje muy oscuro, me detuve junto a un montón de nieve sucia, restos de la nevada de la semana anterior, y traté de lavarme la cara y las manos,

limpiándome con el pañuelo. Hice cuanto pude y me hallé un poco mejor; luego, metí el pañuelo en el bolsillo y me dirigí hacia la avenida del Norte.

¡Tenía que darme prisa! ¡Debía coger un taxi! Tenía que dominar el pánico; el poco seso que me quedaba me decía que no podía arriesgarme. Un hombre que corre resulta sospechoso; un chófer de taxi tiene memoria; un auto robado puede sufrir un accidente. Por tanto, continué andando. En la avenida del Norte torcí por la calle Clark y fui hacia el sur, en dirección a mi domicilio. Empezaba a sentirme más despejado. Nadie podía reparar en mi sucio aspecto, ya que por aquellos parajes mucha gente mostraba un aspecto semejante.

Al pasar por delante de un quiosco de bebidas, comprendí que estaba hambriento. Un individuo y su amiguita se hallaban encaramados ante el mostrador, y un viejo vagabundo sorbía una taza de café. Entré y pedí un tazón de salsa y pimienta caliente, un bocadillo de salchichas y café. Lo comí lentamente.

En la esquina cogí un tranvía y me apeé en Superior. Yendo hacia casa, sólo me detuve a comprar unos diarios.

Cuando penetré donde vivía, no había nadie en el vestíbulo. Subí a mi habitación, y, tras desnudarme, salí al pasillo, hacia el cuarto de baño. Estuve un buen rato en el agua, aunque no con exceso porque estaba bastante fría.

Por el momento, podía descansar tranquilo.

No obstante, tan pronto como me metí en la cama me entró un violento temblor convulsivo. Era como si tuviese un *delirium tremens*, y no conseguía dominar las convulsiones. Hasta entonces, no había podido dar rienda suelta a mi espanto. ¡Pero en aquel momento me sobrevino como un garrotazo! Salté de la cama... Pero comprendí que no podía ir a ninguna parte. Había vuelto a mi casa..., el único sitio que conocía. Y era un lugar tan bueno como cualquier otro.

Otra vez en la cama, me encontré mareado. Corrí hasta el cuarto de baño y vomité. No me sirvió de mucho, porque continué con el mareo auestas. Me puse a pensar en Krassy. ¿Por qué? ¿Por qué había obrado de manera tan estúpida? ¿Por qué me había acusado? Empecé a dar vueltas en la cama, tan caliente como si estuviera con cuarenta de fiebre, con ardor en la boca. Sudé y las sábanas quedaron empapadas, pegándoseme al cuerpo. El tiempo transcurrió de forma extraña y angustiosa, hasta que recordé un detalle comprometedor. No podía ya pensar con claridad, pero recordé que conservaba el arma con la que había sido asesinado Powers. Era preciso deshacerme de ella, era preciso que... En el cerebro me bailaban mil ideas a la vez. Luego, se esfumaban rápidamente. ¿Dónde esconder el revólver? La policía vigilaría los cubos de basura y las cloacas. No... Tenía que deshacerme rápidamente del revólver. Y de ese modo se desbocaban mis pensamientos.

A pesar de todo me vestí y me encaminé a la avenida de Chicago. Una parte de la noche la pasé en Evanston, y luego tomé unas copas en la calle Howard. Di marcha atrás. Cogí el tren elevado y me alejé de Howard. Eché a andar más tarde hacia el norte, en dirección al lago. Por allí había un cementerio, que no me costó mucho

localizar. La puerta principal estaba cerrada, por lo que seguí la alta tapia hasta hallar un sitio apartado de la vista de la calle. Tropezando y con los brazos casi paralizados, me costó mucho encaramarme a la tapia y saltar al interior del sagrado recinto. Estaba en tinieblas y no brillaba la luna; a los veinte minutos llegué a una sepultura cubierta de tierra removida.

Me arrodillé y en esta postura hice un hoyo. Procuraba dejar a mi lado cada puñado de tierra escarbada, a fin de encontrarla cuando la necesitara para cubrir el hoyo. Trabajaba con los dedos sangrando, ya que la tierra estaba helada, hasta que el agujero pudo contener el revólver, el cuchillo y la cuchilla. Lo cubrí todo con la misma tierra extraída, procurando dejar el terreno liso. Cuando terminé, coloqué encima unos puñados de nieve sucia, enfangándolo todo un poco. Cuando la nieve se derritiera, no quedaría ningún signo delator de mi trabajo.

Volví sin novedad a mi cuchitril. Luego, noté que había pasado toda la noche sin calcetines ni camisa. Ni se me había ocurrido coger el abrigo. Me metí rendido en la cama.

Al cabo de dos semanas, esto fue la última cosa que recordé.

Bueno, con claridad. Durante ese tiempo, de día y de noche, todo lo que sucedió no existió para mí. Contraí una pulmonía. Al día siguiente, viendo Glasgow que no iba a la oficina, fue a mi casa, y dado mi estado me llevó al hospital. Durante aquellos días no supe qué me sucedía. A veces... a veces pensaba... algo... porque en el fondo de mi inconsciencia se perfilaba un confuso y vago recuerdo. No era precisamente un recuerdo, sino una idea que daba vueltas en torno a mi cerebro, como queriendo decirme algo.

Por fin me recuperé, y sentado en la cama del hospital, logré ordenar algo mis recuerdos. Aquella idea obsesionante volvió a presentarse. Le pedí a Glasgow que fuese a mi casa y me trajese todos los periódicos que compré la noche que huí de manos de la policía.

El asesinato merecía el honor de las primeras páginas, junto con retratos de Powers y Krassy. Ella llevaba un vestido negro y el mismo sombrero de aquella tarde. El velo le cubría los ojos y la parte superior del rostro, y tenía la cabeza algo ladeada. No era una buena foto, ni dejaba entrever su gran belleza, aunque podía adivinarse que era una mujer agraciada.

Leí un titular:

«¡UN JUGADOR ASESINA A UN BANQUERO MILLONARIO!»

Otro diario, de noticias resumidas, proclamaba:

«UN JUGADOR DONJUANESCO DISPARA Y MATA A UN BANQUERO DELANTE DE LOS OJOS SUPLICANTES DE SU ESPOSA».

Los dos periódicos contenían unos relatos del crimen muy similares.

Uno narraba:

Edward Homer, un jugador de Chicago, muy conocido, penetró este mediodía por la fuerza en la mansión de Howard Monroe Powers, famoso banquero y filántropo de esta ciudad, y le disparó, matándolo delante de su esposa.

La señora Powers, que ya llevaba algún tiempo siendo objeto de los asedios de Homer, había ordenado que no dejasen pasar a aquél a su apartamento. Hacia mediodía, cuando ella se hallaba a punto de salir de compras, Homer amenazó al portero de la finca, se dirigió al ascensor, y entró en el piso por la fuerza, después de servirse seguramente de una llave maestra. Tras empujar a un lado al mayordomo, Herbert Robbins, Homer se introdujo en el salón para enfrentarse con el célebre banquero.

Según la señora Powers, que se hallaba presente, aunque sin poder intervenir, Homer se acercó a Powers, diciendo: «He esperado mucho tiempo para darte tu merecido». Empuñó una pistola y disparó contra el cráneo del banquero en el momento en que éste intentaba levantarse de su sillón.

La señora Powers corrió fuera de la estancia, pidiendo auxilio al mayordomo. Robbins llamó a la policía, que se presentó inmediatamente en el lugar del crimen. Pero Homer logró huir por la puerta trasera del edificio, tras haber agredido brutalmente a Arthur Buehler, chófer de los Powers, que intentaba heroicamente detener al criminal.

El diario seguía informando con las declaraciones del portero, que afirmaba haber recibido de la señora Powers órdenes categóricas para impedir subir a Homer, pero que yo le había amenazado con un revólver en las costillas, obligándole a dejar expedito el paso. El ascensorista declaraba que le había amenazado con romperle la cara.

El mayordomo Robbins sostuvo que yo había forzado la puerta del piso con una palanqueta o una llave maestra. Explicó que me sorprendió en el pasillo y que mi cara estaba congestionada de rabia, con una mirada colérica. También añadió que me vio en el salón apuntando hacia Powers con el arma aún humeando.

El chófer realizó una detallada descripción de la lucha sostenida por ambos en la cocina, y que yo me había salvado de ser capturado cuando le propiné un culatazo.

El conjunto quedaba muy bien combinado. ¡Vaya encadenamiento de hechos tan convincente! Krassy había preparado una perfecta ratonera. ¡No tenía ni una posibilidad de salvación! Le dije a Glasgow que deseaba enterarme de todo lo ocurrido mientras estuve enfermo y que me trajese ejemplares de todos los periódicos que no había podido leer. Los encontró todos.

El crimen continuaba figurando en primera página, con muchos retratos de

Powers, ya antiguos, así como de Robbins, de Buehler, del portero, y hasta ¡retratos robot de Homer, dibujados por un policía artista sobre la base de las descripciones efectuadas! ¿Y Krassy? ¡Krassy era muy astuta! Se había negado a dejarse retratar ni a entregar fotos suyas, alegando que sus consejeros no se lo permitían, y la única foto disponible fue la del día del crimen, con el rostro medio velado.

Lo cual no impidió que la gente siguiese comentando tan espantoso hecho. La señora Powers declaró que las habitaciones del corredor de apuestas estaban amuebladas de forma fastuosa. La policía sacó copias de las huellas dactilares del piso, viendo que no podían identificarlas.

Krassy explicó que yo le había regalado una multitud de objetos... carísimos, que me había devuelto rápidamente. Como prueba, mostró las tarjetas adjuntadas por mí a los obsequios.

Ponte estos zafiros en torno a tu garganta... Eddie, y las demás.

Y Robbins, inocentemente, apoyaba sus declaraciones. Afirmaba que yo llamaba todos los días a la hora de cenar, y que la señora Powers se negaba a «hablar con aquel individuo».

La señora Powers repitió el cuento muchas veces. Tenía sus testigos... muchísimos, que podían confirmarlo todo. Robbins, la doncella, el cocinero y el chófer. Dijo que me había conocido en un hipódromo y que yo empecé a asediarla con mis atenciones. Que jamás salió conmigo... ni nos habíamos visto a solas, salvo el día que pasó por mi casa para rogarme que la dejara tranquila. Hizo constar que en dicha entrevista hubo otras personas presentes que me encargaban apuestas. Pese a todo, esas personas no se presentaron nunca —naturalmente— a testificar.

El chófer del taxi a quien confié mi maletín creyó necesario ganarse un poco de propaganda y entregó el neceser que yo le dejé la mañana del crimen. La policía revisó su contenido y llegó a la conclusión de que yo tenía todo dispuesto para huir al Canadá. La investigación prosiguió en esa dirección.

Mientras tanto, el asunto llegó al momento actual. La enfermera entró en la sala donde me encontraba en cama y me espetó:

—Según el médico, ya está en condiciones de ser dado de alta, señor April.

Ésta era la realidad. Yo era Danny April, por lo que no podía ser Eddie Homer. ¡Diantre! No existía la persona que la policía buscaba como Eddie Homer. No era yo... Algún día hallarían al verdadero Homer... que no era yo. A mí nunca me había arrestado la Policía, por lo que no podía comparar mis huellas dactilares en ningún fichero. De todos modos, tenía que adoptar una gran precaución. *Jamás... mientras viviese*, podía permitir que la Policía me detuviera, o que me tomasen las huellas dactilares de ningún objeto. De lo contrario, el peso de la ley caería entero sobre mí.

Podía alegrarme de haber amado a Krassy. Porque la había amado muchísimo, y había salvado mi pellejo. La había querido tanto, que fingí ser alguien que para ella llegó a cobrar realidad efectiva. Y Krassy le había tendido una trampa a un individuo que, para poder quererla, había vivido toda una mentira.

Eddie Homer, el jugador que habitaba en una magnífica mansión, que se entusiasmaba con Bach, que había nacido en Nueva York y que había estudiado en la Universidad de Columbia, el Eddie Homer de quien ella fue amante... ¡no existía! No existía en ningún rincón del planeta.

Excepto en mi imaginación.

La Policía se afanaba por encontrarlo, sin hallar el menor rastro. Había desaparecido como por arte de magia.

Transcurrió una semana y un día en la oficina vi que Glasgow y Spindel leían los periódicos. Entonces, estalló la gran bomba.

¡Habían hallado a Eddie Homer!

Al verdadero Eddie A. Homer, que fue detenido, incluso con la furgoneta azul, al dirigirse a su casa, cayendo en manos de la Policía.

Pero no era el *verdadero* Eddie Homer. La señora Powers no pudo identificarlo... ni los demás testigos. Y el señor Homer estaba furioso y amenazaba con pedir daños y perjuicios por difamación. Demostró, de modo irrefutable, y con la ayuda de veinte testigos solventes, que el día, la hora y el minuto del crimen se hallaba en Miami, Florida. Que no conocía a la señora Powers y, además, no parecía lamentarlo mucho. Entonces, apareció el viejo cerrajero. Éste manifestó que le habían encargado una llave de la casa de Homer, mas no logró identificar al verdadero dueño de la mansión. Sólo recordaba que hizo una llave para otra persona. Todo estaba sumamente embrollado.

No era posible dudar sin embargo, de que el auténtico Eddie Homer era inocente; además, demostró que llevaba viviendo en aquella casa tres años y que jamás se había dedicado a correr apuestas. Ni allí, ni en parte alguna.

¡Vaya enredo fenomenal! La Policía estaba a oscuras, y no sabía qué hacer. Después de muchas indagaciones, llegaron a la conclusión de que posiblemente la señora Powers se hallaba algo confundida. Pero en lo referente a la existencia de un «Eddie Homer», se mantuvo incommovible, llegando a ser para ella una auténtica obsesión. Su sinceridad, más los treinta millones de dólares heredados de su marido, más los consejos de los mejores abogados, convencieron plenamente a la Policía.

La encuesta concluyó dando por definitivo que Howard Monroe Powers había fallecido asesinado voluntariamente por una persona desconocida que actuó bajo nombre falso.

Y nunca la encontraron. La señora Powers, sin poder dominar su pesar, se marchó a Francia, a la Riviera.

Yo no soy más que Danny April, propietario de la Agencia de Cobros Clarence Moon. Y el negocio va viento en popa. Salvo de noche. Entonces veo una mujer hermosísima a mi lado, con el cabello negrísimo, como un halo a su alrededor. Su cara no se precisa. Es vaporosa como el humo, y cuando voy a besarla, se disuelve y no queda nada de ella.

Escucho el rumor agudo de una sirena y las puertas se abren con violencia dando

paso a los policías. Vienen a detenerme y me llevan a la comisaría. Allí, me toman las huellas dactilares. Después, un corpulento agente me mira y se echa a reír en mi cara, exclamando:

—Bien venido, Danny April; hacía tiempo que te esperábamos.

Me registra los bolsillos, se apodera de las monedas sueltas, y avisa a la compañía de electricidad. Luego, le dicen a una persona invisible:

—Tenemos otro cliente para ti.

Dejan caer las monedas en un contador y en algún lugar empieza a funcionar una dinamo que chirría y las luces se apagan o disminuyen de intensidad, y empieza a oírse un ruidito que a cada instante se oye más potente en todas las galerías de la cárcel. Y entonces, los policías dicen con mucha cortesía:

—¿Quieres entrar, por favor, y sentarte un ratito?



BILL SANBORN Ballinger (Oskaloosa, Iowa, 13 de marzo de 1912 - Tarzana, California, 23 de marzo de 1980), fue un prolífico escritor estadounidense de novela negra. Después de terminar sus estudios en la Universidad de Wisconsin, trabajó en la radio y la televisión de la ciudad de Chicago como director y productor de filmes, lo que le obligó a viajar por varios estados. Finalmente se trasladó a vivir a Nueva York, donde inició el Escrituras de novelas policíacas.

Fue uno de los más populares escritores americanos en Europa. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas y se venden a gran parte del mundo. La mayoría de sus novelas han sido llevadas al cine. Destacan entre otros: *El segundo más largo*, *El diente y la uña*, *En el silencio de la noche*, *Retrato de humo*, *Cazadores de herederas*, *El cuatro en la eternidad*, *Caída al infierno* y *La mujer del pelirrojo*.

Notas

[1] *passer-par-tout*: No tengo claro el significado que el autor le quiere dar. En francés significa: comodín (que sirve para todo); llave maestra . (N. del Ed.). <<

[2] Fragmento de la opereta Marietta la Traviesa. (*N. del T.*). <<